

# **ORACIONES DE LOS APÓSTOLES III**

## **ORACIONES POR LOS CRISTIANOS EN CORINTO**

Iglesia Cristiana Evangélica  
C/ San Isidro nº 55  
21710. Bollullos Par del Condado  
Huelva (España)  
[www.icebollullos.org](http://www.icebollullos.org)



# **ORACIONES DE LOS APÓSTOLES III**

## **ORACIONES POR LOS CRISTIANOS EN CORINTO**

**Asociación Gracia Soberana**



*Oraciones de los apóstoles III.*  
*Oraciones por los cristianos en Corinto*

Publicado por Asociación Gracia Soberana  
C/ San Isidro, nº 55  
21710 Bollullos Par del Condado (Huelva)  
España  
www.icebollullos.org  
bollullosice@gmail.com

Primera edición: 2023

El texto de este libro se puede copiar y divulgar por cualquier medio, siempre que se cite su procedencia.

Diseño de la cubierta: Daniel Abad  
Imagen de la portada por cortesía de Wikimedia Commons

Las citas bíblicas están tomadas de la Versión Reina-Valera 1960

© Sociedades Bíblicas Unidas, excepto cuando se cite otra  
LBLA = La Biblia de las Américas © 1986, 1995, 1997

The Lockman Foundation. Usada con permiso

RVR 1909 = Versión Reina-Valera 1909

RVR 1995 = Versión Reina-Valera 1995

BT = Biblia Textual

N-C = Versión Nácar-Colunga

ISBN: 978-84-124092-6-0

Depósito legal: H 171-2023

Impreso en España

*Printed in Spain*

# ÍNDICE

Introducción .....	7
1. Oración por los hermanos más débiles I. La soberanía de Dios en la salvación .....	28
2. Oración por los hermanos más débiles II. La gracia y el amor .....	41
3. Oración por los hermanos más débiles III. La gracia confirmada .....	54
4. Oración tras la tribulación I. Dios y su misericordia .....	65
5. Oración tras la tribulación II. El precio de nuestro consuelo .....	77
6. Oración tras la tribulación III. Una finalidad de nuestro consuelo .....	90
7. Oración en la aflicción I. El peligro del orgullo.....	103
8. Oración en la aflicción II. El peligro del orgullo .....	116
9. Oración en la aflicción III. El peligro del orgullo .....	129
10. Oración en la aflicción IV. Los pensamientos de Dios y los nuestros .....	143
11. Oración en la aflicción V. La gracia del Señor.....	157
12. Oración en la aflicción VI. La debilidad y la fortaleza.....	170

13. Oración de bendición I. La vida cristocéntrica .....	184
14. Oración de bendición II. El Dios trino .....	196
15. Oración de bendición III. Mostrando al trino Dios.....	208
Tabla con motivos de oración .....	223

## INTRODUCCIÓN

Antes de nada, quiero dejar constancia que la base para estos estudios fue el de una antigua publicación de Arthur W. Pink, *Gleanings from Paul* (aunque se podrá comprobar que se han consultado otras muchas fuentes), que llegó a manos del que escribe de una forma un tanto extraña, como un regalo, desde una librería de antigüedades, y con el sello de haber pertenecido a un pastor del país de Gales en el Reino Unido. Sin saber mucho inglés, fui movido a curiosidad, la cual, tras comenzar a leer, se transformó en gozo y gratitud a Dios, así como en un sentido de deuda hacia la iglesia en la que ministro y, en general, hacia todo el pueblo de habla hispana. De esos sentimientos y convencimiento surgieron unas trescientas predicaciones que se fueron haciendo en un período de casi siete años cuando la iglesia del Señor en Bollullos Par del Condado (Huelva, España) se reunía en los cultos de oración, y que son las que han servido para realizar esta serie de estudios sobre las Oraciones de los apóstoles.

Uno de los pilares fundamentales de la vida cristiana y que nadie cuestiona es el de la oración. El Señor habló *una parábola* a sus discípulos *sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar* (Lc 18:1), el apóstol Pablo, en una de sus exhortaciones a una iglesia que podía llamarse ejemplar (véase 1 Tesalonicenses 1:6-10), escribió: *Orad sin cesar* (1 Ts 5:17), y hay otros muchos pasajes que podían citarse y que confirman esta necesidad.

Ahora bien, cuando se conocen las vidas de los cristianos y de las iglesias como tales, es decir, cuando se examinan las conductas respecto a este asunto, tanto individual como colectivamente en los llamados «Cultos de oración», se puede sacar fácilmente la conclusión de que la oración no se considera una necesidad tan grande y que, para muchos cristianos e iglesias, no es un pilar tan esencial en sus vidas y existencias. La frase que dice que «una iglesia que no ora se muere» —y la iglesia la componen cada uno de sus miembros— ha quedado relegada a un segundo plano (o se desprecia), como también el pan de cada día de la Palabra de Dios, dando como resultado un cristianismo lánguido, si es que existe, que poco glorifica a Dios.

Esa comunicación en ambos sentidos, mediante la Palabra y la oración, entre Dios y su pueblo, es esencial, es uno de los grandes privilegios que se nos han concedido, pero, en general, el moderno cristianismo actual (como si pudiera hablarse de un cristianismo que cambia con los tiempos) no le da mucho valor ni considera su importancia. En esto, Satanás también usa sus artimañas y sabe tener entretenidos a muchos que dedican a otras cosas el poco tiempo de que disponen —redes sociales incluidas—, más atractivas para la carne. Y a estos solo quiero decir que presten atención a la Palabra que dicen creer, y la obedezcan en cuanto a su lectura y en cuanto a la oración.

Pero también hay otros cristianos e iglesias que oran, y que quieren que se les enseñe *a orar* (Lc 11:1), y esta enseñanza se encuentra de manera amplia en las que podemos llamar *Oraciones de los apóstoles*, esto es, en aquellas que pronunciaron o escribieron los apóstoles y en aquellas otras que enseñaron y solicitaron de sus primeros lectores. No es que estas sean más importantes que la oración del

Padrenuestro que nos enseñó el Señor Jesucristo, ni que la que tenemos de sus propios labios en el capítulo 17 del Evangelio de S. Juan: no es cuestión de importancia, sino de conocimiento; y puesto que se dispone de muchos comentarios acerca de dichas oraciones, y que son bastante conocidas por los cristianos, no nos vamos a detener en ellas.

Por tanto, vamos a considerar las *Oraciones de los apóstoles*, aquellas que encontramos en las cartas del Nuevo Testamento (en el libro de Hechos de los Apóstoles no tenemos ninguna), y que tomamos como oraciones para aprender a orar y cambiar aquellas cosas que necesiten ser cambiadas en este aspecto. Si nuestras vidas de oración son deficientes, es necesario que sepamos qué y cómo hemos de pedir, y de esa manera obtener mayores bendiciones y más respuestas de Dios, porque estaremos haciendo las cosas conforme a su voluntad.

Estamos llamados a crecer ***en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo*** (2 P 3:18), y es obvio que la oración formó parte esencial de su vida. Él mismo nos dijo que debíamos escudriñar ***las Escrituras*** (Jn 5:39), y eso es lo que pretendemos hacer en este asunto de la oración; pero repito: no solo para tener un mayor conocimiento intelectual, pues también dijo él en otra ocasión: ***Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la obedecen*** (Lc 11:28 BT)

Evidentemente, no quiero decir que la forma y el contenido de nuestras oraciones garanticen la concesión de lo que pedimos. Si estas no van acompañadas de una vida de santidad y esfuerzo por vivir para la gloria de Dios, tampoco tendremos resultados, y solamente por la gracia de Dios podremos ver alguna que otra vez su respuesta a nuestras súplicas.

Así que creo que es necesario que aprendamos, y que aprendamos mucho, pero a medida que lo hagamos y nos va-

yamos dando cuenta de nuestros errores, la consecuencia no debe ser que dejemos de orar, sino que lo sigamos haciendo, pero haciéndolo bien. Hay hermanos que, por una falsa humildad o timidez, no oran, y hay otros que dejan de orar cuando se les enseña a hacerlo correctamente porque prefieren seguir orando mal antes que ajustarse a lo que Dios enseña en su Palabra, y esto es orgullo. Ambas conductas están equivocadas y deben corregirse, pues son análogas a las del niño caprichoso que quiere salirse con la suya, se enfada, y dice: «Ya no juego». La oración no es un juego, y todos entendemos que sería muy triste que, al pasar los años, un hijo se dirigiera a sus padres con el mismo balbuceo con que lo hacía cuando tenía pocos meses.

A modo de ejemplo cito varias cosas que se observan en las oraciones públicas en las iglesias, y quizá también en las privadas, y que muestran lo deficientes que son; y no solo me refiero al tiempo que se dedica a ellas, sino a lo que se hace en ese tiempo, que puede estar muy equivocado.

## DEFICIENCIAS EN CUANTO A LA ORACIÓN

1. En ocasiones, se entra en la presencia de Dios precipitadamente, como el muelle que salta de un resorte, aunque Dios nos dice en su Palabra: ***Cuando fueres a la casa de Dios, guarda tu pie; y acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios; porque no saben que hacen mal. No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras*** (Ecl 5:1-2).

Muchas veces el que ora no se para a pensar ante quién va a orar, ni en cuál es su propia condición espiritual para ha-

cerlo, ni en las palabras que va a decir o dice, y parece más bien que solo intenta rellenar un espacio de tiempo en el culto; o no se tiene en cuenta la falta de comunión habitual con Dios en la oración privada, que luego queda reflejada en la oración pública. Se olvida muchas veces que aunque Dios es nuestro Padre, *él está en el cielo*, como hemos leído que dice Salomón, y que al orar nos acercamos a su trono; ciertamente *al trono de la gracia* (He 4:16), pero que también es el del infinito y santo Dios.

Si tuviéramos que comparecer ante la presencia de un rey, seguro que lo haríamos con un traje y unos modales distintos a los que utilizamos entre nosotros como compañeros, amigos o hermanos, y seguro que nos prepararíamos para ello con antelación; ¿no es cierto? Pero estas cosas se olvidan fácilmente cuando entramos en la presencia de Dios: cómo está nuestra justicia y santidad, y cómo son nuestras palabras.

Repito, el *Padre nuestro*, el de los cristianos y solo de los cristianos (cf. Ro 8:15-16), está *en los cielos* (Mt 6:9), y puede tenerse familiaridad con él, pero familiaridad que nace de la gracia y es obra del Espíritu Santo; no debe haber falta de reverencia ni el atrevimiento de un rebelde que no quiere someterse a su rey. Hemos de acercarnos con la confianza de un niño que se acerca a su padre, y lo teme porque lo ama, y lo ama porque lo teme.

2. En otras ocasiones, las oraciones, por así decirlo, se arrastran por la tierra. No interesan, ni se encuentran en ellas, las cosas celestiales, la gracia o la gloria; no interesan las almas de las personas (véase Efesios 3:14-19), y se centran en las cosas de aquí abajo. En este sentido, algunos oran en público y se olvidan de que están ante Dios, de modo que dirigen sus oraciones hacia el resto de los que están presentes: unas ve-

ces para enseñarlos, otras para que se enteren de algo que ha sucedido, otras para buscar los aplausos, y otras incluso para amonestar a alguien en público cuando falta valor para hacerlo en privado. Y no debe ser así, porque cuando oramos, entramos en un terreno santo donde debemos quitarnos el calzado.

También nos arrastramos por la tierra cuando empleamos palabras vulgares, y no quiero decir con esto que hayamos de ser académicos o tener un gran vocabulario, sino que hemos de pensar en nuestras palabras. A veces incluso se cae en la crítica hacia otras personas, olvidándose de nuevo que estamos ante el trono del Altísimo. Puede parecer gracioso, pero no podemos pedir por un hermano como aquel que dijo: «Señor, te pido para que hagas el corazón del hermano tan blando como su cabeza».

3. También es muy frecuente el uso repetitivo y constante de la palabra «Señor», lo cual puede ser admisible cuando nos convertimos, pero no debe ser el modo normal cuando ha pasado un cierto tiempo. ¿No es cierto que no hacemos esto cuando estamos hablando con otra persona? No decimos al hablar: «Oye, Manolo, mañana, Manolo, te llamaré, Manolo, porque tengo un problema, Manolo, a ver si me ayudas, Manolo...».

La repetición constante de la palabra «Señor», además de ser innecesaria, carga los oídos y denota que se está usando como un recurso del que se echa mano cuando faltan las palabras. Hay un mandamiento que dice: “**No tomarás el nombre del SEÑOR tu Dios en vano**” (Éx 20:7 LBLA) y, aunque no estamos *bajo la ley* (Ro 6:14), o aunque podamos dejar de cumplirla sin darnos cuenta, cualquier transgresión de esta es pecado, pecado grave.

Hemos, pues, de usar con la mayor reverencia el nombre de Dios, el del Señor, o cualquiera de sus otros nombres. Los judíos habían llegado a tal grado de reverencia que no pronunciaban la palabra «Jehová» porque la consideraban demasiado santa para ser nombrada. No necesitamos llegar a este grado de superstición, pero es bueno que seamos más reverentes.

4. En otras ocasiones puede observarse en las iglesias que hermanos con muy poca espiritualidad son los encargados de hacer la oración inicial o final de los cultos. Y esto no debe ser: por el propio bien del hermano —que se pone, por su condición y atrevimiento al hacerlo, bajo la ira de Dios—, y por el propio bien de la congregación, que oye la oración como una simple formalidad. Cuando la condición espiritual no es buena, y se sabe que falta comunión con Dios o con los hermanos, hay que tener cuidado de dirigirse a Dios en nombre de todos si no es para hacer en primer lugar una confesión de pecado. Por tanto, nadie debe pensar mal para sus adentros cuando los ancianos o responsables de las iglesias no le conceden este servicio, porque no es solo un privilegio o un derecho, sino un deber santo, ante el cual quizá el único deseo de hacerlo esté motivado por el orgullo.

Creo que esto es fácil de entender, y del mismo modo que nos parecería intolerable que cualquiera fuese predicador de la Palabra, también debe parecernos el que cualquiera pueda dirigir la oración. La oración es también una parte del culto muy importante y provechosa, y no debe ofrecerse por un hermano desprevenido o cuya condición espiritual deje mucho que desear. Y es triste que con demasiada frecuencia los cultos de las iglesias comiencen con tan poca devoción que parece que va a iniciarse cualquier tipo de espectáculo: se re-

piten las palabras, no se piensa en el significado de estas, no salen del corazón, no llevan al resto de la congregación ante el trono de Dios, no tienen un propósito definido para la ocasión (se pide por cosas que no tienen nada que ver con el culto que comienza o con el que acaba de terminar), etc.

En algunas ocasiones, esto lleva a otros hermanos a estar con los ojos abiertos, mirando hacia cualquier parte, distraídos, porque sienten que esa oración es una simple formalidad. Esto no quita que también, aunque la oración sea la más elevada y sublime, haya otros hermanos que no presten atención y que se dedican a buscar canciones, a mirar para otro lado, o a cualquier otra cosa, como si la ocasión no tuviera que ver con ellos, aunque al final digan «amén» a algo que ni siquiera han oído.

Y en relación con esto, hemos de considerar que las oraciones públicas han de ser audibles para que el resto de la congregación pueda decir amén. Hay miembros de las iglesias que tienen una voz normal, e incluso un torrente grande, pero que en las oraciones públicas fingen una voz afectada de modo que es difícil oírlos a corta distancia. Hay que corregir esto también.

5. Y podríamos decir muchas otras cosas, pero, puesto que estaremos aprendiendo acerca de la oración, Dios mediante, durante mucho tiempo, en esta introducción indico solamente otro de los errores que se observan.

Todos los cristianos creen en la Santísima Trinidad, y aunque ese Dios infinito, trino y uno no puede concebirse en la mente, todos diferencian entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, a menos hasta donde se nos ha revelado. Y puesto que nos ha sido revelado, también se sabe que cada una de las personas divinas tiene una parte en la obra de re-

dención. Todos los cristianos saben que no fue el Padre ni el Espíritu Santo quien murió en la cruz, sino el Hijo encarnado, aunque nos encontramos con el misterio indicado en la Palabra de que **Dios** [el Padre] *estaba en Cristo* (2 Co 5:19). Y todos saben también que, normalmente, la palabra «Señor» en el Nuevo Testamento se usa en referencia al Hijo. Y que el Hijo no engendró ni envió al Padre, ni el Hijo ni el Padre proceden del Espíritu Santo.

También pienso que se sabe —como el propio Señor Jesucristo nos indicó— que nuestras oraciones han de dirigirse al Padre. Es lo que él dijo a sus discípulos cuando estos le pidieron que les enseñase a orar: que se dirigieran al **Padre nuestro que está en los cielos** (Mt 6:9), y es el mismo ejemplo suyo que tenemos en el capítulo 17 del Evangelio de Juan.

Así que nuestras oraciones deben ir dirigidas al Padre (aunque es cierto que también aparecen en el Nuevo Testamento oraciones en las que se invoca al Hijo, y podemos hacerlas), y deben hacerse en el nombre del Mediador, el Señor Jesucristo, en el sentir y la comunión del Espíritu Santo.

Pues bien, aunque se saben estas cosas, no es difícil oír que se den gracias al Padre porque murió en la cruz, o gracias al Señor porque envió al Señor o a su Hijo a la cruz, o gracias a Dios (este nombre generalmente hace referencia al Padre) porque derramó su sangre en la cruz; no es inusual oír que se comience una oración dirigida al Padre en la cual, en pocos segundos, se cambia el destinatario y pase a ser el Señor.

Y si todas estas cosas (no pensar ante quién estamos ni en la propia condición espiritual, no pensar sino en las cosas de aquí abajo, no pensar en Dios mismo sino en los oyentes por

cualquier motivo no santo, no pensar en las vanas repeticiones del nombre «Señor» ni en la importancia de la propia oración, no pensar que la oración pública no es un derecho que puedo exigir, no pensar en que los demás han de oír, no pensar en aquello a lo que decimos «amén», ni en lo que decimos de cada una de las personas divinas, etc.), y muchas otras, las mezclamos, ¿nos parece extraño que diga que debemos aprender, y aprender mucho, en nuestras vidas de oración?

Y con este objetivo —aprender, cambiar, y crecer en gracia y en santidad con el fin de glorificar a Dios y tener mayores bendiciones para nosotros y los que nos rodean—, hacemos este estudio de las oraciones de los apóstoles.

## EL EJEMPLO APOSTÓLICO

Es siempre una bendición escuchar a un cristiano entrado en años, que hace mucho que camina con Dios y que disfruta de su comunión íntima, derramar su corazón ante Dios. ¿Pero no nos habríamos sentido más bendecidos si hubiésemos tenido el privilegio de escuchar las alabanzas y peticiones dirigidas a Dios por aquellos que anduvieron con Cristo durante los días de su ministerio? Y si alguno de los apóstoles estuviese aún sobre la tierra, ¿no sería un gran privilegio escucharlo en oración? Sería un privilegio tan grande que, seguro que estaríamos dispuestos a todo tipo de inconvenientes y a viajar largas distancias para ser bendecidos. Y si llegáramos a escucharlo orando, ¿no prestaríamos atención a sus palabras y diligentemente las guardaríamos en nuestra memoria y corazón?

Pues bien, no es necesario que pasemos ningún inconveniente ni que hagamos un largo viaje, pues, a fin de instruir-

nos y satisfacernos, al Espíritu Santo le pareció bien dejar constancia de algunas de estas oraciones. Y hemos de valorar este don tan grande, y hemos de estudiarlas, y hemos de meditar en ellas, y hemos de cambiar en nuestras oraciones todo aquello que es deficiente y que deba ser cambiado. Ese va a ser nuestro objetivo.

La pregunta que ahora podíamos plantear es: ¿Por dónde empezar? Y podría parecernos lógico comenzar con el libro de Hechos para después continuar con las cartas en el orden en que las tenemos en el Nuevo Testamento. Ahora bien, aunque parezca extraño, el libro de Hechos, que nos da la mayor parte de la información que tenemos acerca de los apóstoles, no contiene en sus veintiocho capítulos ni una sola oración apostólica. No obstante, si pensamos un poco, veremos que esta omisión está en armonía con el carácter especial de este libro; porque el libro de Hechos es mucho más histórico que devocional, y es más una crónica de lo que el Espíritu obró por medio de los apóstoles que de la obra que hizo en ellos.

El libro destaca los hechos públicos de los embajadores de Cristo, y no tanto sus ejercicios privados. Es cierto que en él vemos a los apóstoles dados a la oración, tal como sus propias palabras lo muestran: ***Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra*** (Hch 6:4). Una y otra vez los vemos dedicados a este santo ejercicio (*cf.* Hch. 9:40; 10:9; 20:36; 21:5; 28:8). Sin embargo, no se nos dice cuáles fueron sus oraciones, el contenido de estas. Lo que más se parece a una constatación de palabras claramente atribuibles a los apóstoles es lo que Lucas nos ofrece en Hechos 8:14-15, pero allí solo nos da la esencia de lo que Pedro y Juan oraron. La oración de Hechos 1:24 pertenece a todos los discípulos, y la de Hechos 4:24-30 también perte-

nece a toda la compañía y no solo a Pedro y a Juan, como podemos comprobar en el versículo 23.

## ASPECTOS DE LAS ORACIONES APOSTÓLICAS

Finalmente, destacamos en esta introducción otros aspectos de las oraciones apostólicas que también se consideran importantes.

*En primer lugar*, hay que resaltar que la mayoría de ellas que han llegado hasta nosotros provienen del corazón de Pablo y, hasta cierto punto, podría esperarse que esto fuera así. Pablo fue el apóstol de los gentiles, los cuales habían salido del paganismo, y lo más lógico era que su padre espiritual fuese también su padre devocional (Pedro, Santiago y Juan ministraron principalmente a los creyentes judíos —*cf.* Gá 2:9—, quienes aun en sus días de inconversos estaban acostumbrados a orar y a doblar las rodillas delante del Señor). Además, Pablo escribió el doble de epístolas inspiradas que todos los otros apóstoles juntos, y en ellas hay ocho veces más oraciones que en el conjunto de las demás.

Pero, aparte de estos números, debemos recordar lo primero que el Señor dijo de Pablo después de su conversión: ***He aquí, él ora*** (Hch 9:11), lo cual da la nota clave de lo que sería su vida. Pablo se distinguiría primordialmente como hombre de oración, a pesar de su mucha actividad que también vemos en los escritos del Nuevo Testamento.

Esto no quiere decir que el resto de los apóstoles no tuviesen este espíritu. Dios no utiliza a ministros que no oran, y el propio Señor afirmó que la marca distintiva de los cristianos, ***escogidos por Dios***, es ***que claman a él día y noche*** (Lc 18:7). Pero Dios permite que algunos de sus siervos disfruten de un compañerismo más estrecho y constante con él, y

así le ocurrió al hombre que en una ocasión **fue arrebatado** incluso **al paraíso** (2 Co 12:1-4). A Pablo se le otorgó una medida extraordinaria de **espíritu de gracia y de oración** (Zac 12:10), de modo que parece haber sido ungido con mayor espíritu de oración que el resto de los apóstoles.

*En segundo lugar*, quiero indicar que, en estos estudios, no vamos a limitarnos a las oraciones de los apóstoles que expresan peticiones, sino que abarcaremos un espectro más amplio. La oración debe incluir mucho más que las peticiones y, en una época como la nuestra caracterizada por la superficialidad y la ignorancia de la Escritura, los creyentes tenemos necesidad de que se nos instruya en todos los aspectos de esta. En Filipenses 4:6 (donde la segunda parte del versículo **en toda oración y ruego, con acción de gracias** se encuentra en el original griego antes que la primera con las peticiones), tenemos unos de esos aspectos, cual es la acción de gracias. Si no expresamos nuestra gratitud a Dios por las misericordias ya recibidas, y damos gracias a nuestro Padre por concedernos poder presentarle nuestras peticiones, ¿cómo podemos esperar que nos atienda para recibir respuestas?

Pero hay más aspectos, porque la oración, en su sentido más sublime y pleno, trasciende la gratitud por los dones recibidos y eleva el corazón a contemplar al Dador mismo, de modo que el alma se postra ante él en adoración. Además, debe preceder a la gratitud y a las peticiones el autoaborrecimiento y la confesión de nuestra indignidad y pecaminosidad. Debemos recordar que nos acercamos en oración al Altísimo, ante quien los **serafines** mismos cubren **sus rostros** (Is 6:2), y aunque la gracia divina nos haya hecho hijos, todavía estamos a una distancia infinita e inconcebible del Creador. Debemos recordar que, por naturaleza, somos criaturas pecadoras, y debemos tener conciencia de esto al incli-

narnos delante del Santo, porque solo así podremos invocar, con algún sentido y realismo, la mediación y los méritos de Cristo como fundamento de nuestro acercamiento. Solo así, «en el nombre de Jesús» será algo más que una simple coletilla final.

Es por esto por lo que, hablando en términos generales, la oración debe incluir confesión de pecado, peticiones para que nuestras necesidades sean suplidas, y adoración de nuestros corazones al Dador mismo. En otras palabras, podemos decir que los principales elementos de la oración son la humillación, la súplica y la adoración (véase el Salmo 100). *El incienso* ofrecido en el tabernáculo y en el Templo era un compuesto de diversas *especias* (Éx 30:34-35), cuya mezcla hacía que aquel perfume fuese muy fragante. Dicho incienso era un tipo de la intercesión que efectuaría nuestro gran Sumo Sacerdote y de *las oraciones de todos los santos* (Ap 8:3-4; cf. Mal 1:11). Por ello, al acercarnos al trono de la gracia debe haber una mezcla proporcionada de humillación, súplica y adoración; sin exclusión de ninguna, sino una mezcla de todas ellas.

*Finalmente, en tercer lugar*, concluimos estas observaciones generales y preliminares señalando otros aspectos de las oraciones apostólicas.

## OTROS ASPECTOS

*El primero* que debemos destacar, por su importancia, es que la forma más frecuente en que se invoca a la Deidad es usando el nombre de *Padre*, como en 2 Corintios 1:3; Efesios 1:3,17; 3:14; 1 Pedro 1:3; etc. Muchas personas han usado y usan el apelativo Padre para dirigirse a Dios de manera ilícita y superficial. Pero el abuso no justifica nuestra negligencia para reconocer esta relación. Nada ha sido mejor calcu-

lado para producir calidez en nuestro corazón, y darnos libertad de expresión, que el reconocimiento de que nos estamos acercando a nuestro Padre. Si en verdad hemos recibido el verdadero *Espíritu de adopción* (Ro 8:15 RVR 1995), no lo apagamos, sino más bien sigamos su impulso y clamemos: *Abba, Padre* (Mr 14:36; Gá 4:6).

*El segundo* que debemos resaltar es la brevedad de las oraciones apostólicas. Son oraciones cortas. No solo algunas, o la mayoría, sino todas son extremadamente breves, y la mayoría de ellas se encuentran en no más de uno o dos versículos; la más prolongada, en solo siete versículos. Martín Lutero dice en sus comentarios sobre el Padrenuestro, dirigidos a hombres sencillos del pueblo: «Cuando ores, que tus palabras sean pocas, pero tus pensamientos y afectos, muchos; y, sobre todo, que sean profundos. Cuanto menos hables, mejor orarás...».

*El tercero* es que debemos prestar también atención al hecho de que estas oraciones eran muy específicas. Aunque muy breves, las oraciones apostólicas eran muy explícitas. No había en ellas vanas divagaciones ni meras generalizaciones, sino peticiones específicas de cosas concretas. También existe mucho error en este sentido. Hay muchas oraciones incoherentes y sin propósito, carentes de precisión y de unidad, que cuando llegan al amén final, difícilmente podemos recordar una sola cosa por la que se haya dado gracias o alguna petición que se haya hecho. Solamente queda una impresión borrosa en la mente.

*El cuarto* aspecto que destacamos es la esencia y contenido de estas oraciones. Casi sin excepción no encontramos súplicas que pidan a Dios que provea para las necesidades temporales. Tampoco se pide que Dios intervenga providencialmente en favor de quienes oran (aunque las peticiones de

este tipo son legítimas cuando conservan la adecuada proporción respecto de los intereses espirituales). Las cosas que se piden son de naturaleza totalmente espiritual, y que pertenecen a la gracia.

Así, por ejemplo, se pide al Padre que dé *espíritu de sabiduría y revelación* para conocerlo, que alumbre *los ojos del entendimiento*, de modo que pueda conocerse cuál es *la esperanza a que él [...] ha llamado, las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos* (Ef 1:17-19). Se le pide que conceda, *conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; que habite Cristo por la fe en nuestros corazones, que se conozca el amor de Cristo que excede a todo conocimiento*, y que seamos *llenos de toda la plenitud de Dios* (Ef 3:16-19). Se pide que *nuestro amor abunde más y más en ciencia y en todo conocimiento*, que *seamos sinceros e irreprochables*, y que estemos *llenos de frutos de justicia* (Fil 1:9-11); que andemos *como es digno del Señor, agradándole en todo* (Col 1:10); que seamos santificados *por completo* (1 Ts 5:23); etc.

*El quinto* que también debemos resaltar es la universalidad de estas oraciones. No está mal ni es poco espiritual orar por nosotros mismos, y tampoco es incorrecto que supliquemos por misericordias temporales y providenciales. Pero si prestamos atención a lo que los apóstoles hacían, veremos una sola vez a Pablo orando por sí mismo, y muy pocas veces por individuos en particular. Esto es lógico y era de esperar, pues se trata de oraciones dirigidas en su mayor parte a iglesias y no a individuos.

Tengo la seguridad de que, en privado, los apóstoles oraron mucho por casos y cosas individuales, pero las oracio-

nes constatadas, que podemos considerar como públicas, nos muestran que, en general, acostumbraban a orar por toda la iglesia a la cual se dirigían. En esto siguieron el ejemplo dado por Cristo: **Padre nuestro** [...] **danos...**, etc. (primera persona del plural). Así, encontramos pasajes tales como los de Efesios 3:18 o 6:18 que son un gran correctivo para el egocentrismo, porque al orar **por todos los santos**, por todos los hermanos de la Iglesia, ya me estoy incluyendo a mí mismo.

Ahora bien, en este punto, como en todos, hemos de ser cuidadosos, pues orar «por todos tus hijos en el mundo», o «por los cristianos de tal ciudad», a los cuales no conozco ni me interesan, no sirve para nada. Podemos y debemos orar por hermanos desconocidos, y también por los conocidos, pero solo cuando nuestra oración es más que una simple petición que forma parte de una lista que vamos presentando. Si es una simple lista con la cual esperamos, casi de forma mágica, la respuesta, tampoco sirve para nada.

Hoy es frecuente que nos lleguen listas de oración desde muchas partes, pero no sirve de nada utilizarlas si no sentimos una carga por las cosas que en ellas aparecen. Muchas veces da la sensación de que incluso los que las hacen y distribuyen no pretenden que sean más que eso: una simple lista. Se nos dice: «El lunes orad por tal tema, el martes por este otro...». O: «La primera semana por tal cosa, la segunda por tal otra...». Y las cosas son tan generales como «que la alabanza sea mejor en los cultos», cuando cada uno puede tener una idea distinta de ella y estar pidiendo cosas distintas. Esto es absurdo y, como en tantas otras cosas, la oración en nuestras iglesias se está convirtiendo en la misma clase de **vanas repeticiones** (Mt 6:7) que encontramos en todas las religiones, perdiéndose el sentido que tiene.

No puedo dejar de señalar lo que sucede incluso en organismos y asociaciones evangélicas que tienen sus propias comisiones o grupos de oración, y que se encargan de difundir los motivos que creen más pertinentes. Uno de ellos por el que se animó a orar a las iglesias no hace mucho tiempo es el siguiente: «Oremos a Dios para que nadie se pierda y que tengan vida eterna». Parece muy escritural, pero al pensar en él vemos que es todo lo contrario. Si por «nadie» y por «todos» entendemos a todas las personas, la petición es antibíblica, pues el Señor nos ha dicho que muchos van por *el camino espacioso [...] a la perdición* (Mt 7:13). Si, por el contrario, entendemos que se habla solo de los creyentes, estaríamos pidiendo a Dios algo que no tiene sentido, pues el Señor también ha dicho que todas sus ovejas tienen *vida eterna* (Jn 10:27-30).

Y así, nos encontramos con oraciones para que «nadie esté en paro» (independientemente de su diligencia o negligencia, de su fe o incredulidad, del objetivo fundamental que debe haber si se consigue trabajo, etc.), para que algún hijo o nieto «apruebe un examen» (sin tener en cuenta su esfuerzo, aprovechamiento del tiempo, responsabilidad, etc.), para quienes «sufren los efectos de la crisis», para que «los gobiernos prioricen en sus presupuestos la solución del problema del hambre», para que «disminuya el tiempo de padecimiento», para el «crecimiento de las ofertas de empleo», para que «desaparezca la avaricia y la desidia en las relaciones laborales», y un largo etcétera que casi da vergüenza nombrar.

Muestro otro ejemplo antes de dejar este asunto. En alguna ocasión se ha pedido que se ore «por quienes buscan la verdad», como si hubiera personas que estén buscando al Señor Jesucristo o al propio Dios, y Dios no quisiera revelar-

se a ellas, como si no fuera cierta la Palabra que dice: **No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios** (Ro 3:10-11). ¿No estará sucediendo con este asunto de la oración que hay verdaderos ciegos (no dudo de sus buenas intenciones) intentando guiar a otros?

Así que oremos por nosotros mismos, oremos por los hermanos de la iglesia con los que nos relacionamos más directamente, oremos por aquellos que no están por diversos motivos, oremos por otras iglesias y por hermanos de otras iglesias, oremos por hermanos en otras partes del mundo... pero que, en cada caso, sus asuntos nos preocupen casi, o sin el «casi», tanto como los nuestros. **No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros**, dice Pablo (Fil 2:4), porque al buscar cada uno **lo suyo propio** no se considera lo **que es de Cristo Jesús** (Fil 2:21; véase Isaías 56:11). ¿De qué sirve pedir a Dios trabajo para un hermano si no me preocupa mucho su situación, si no le ayudo en sus carencias económicas si las tiene, ni voy a hacer lo que pueda por conseguirlo para él?; ¿o de qué sirve pedir que Dios ayude a un hermano en su soledad, si no voy a ir nunca a visitarlo? Y así un largo etcétera.

*Finalmente*, hay que señalar también una omisión, algo que no aparece, y es que en ninguna de las oraciones apostólicas vemos que se pida a Dios que salve al mundo en general, o que derrame su Espíritu sobre toda carne sin excepción. Ni una sola vez los apóstoles oraron por la conversión de toda una ciudad en donde estuviera localizada una determinada iglesia, y en esto nuevamente se conformaron al ejemplo de Cristo (*cf.* Juan 17:9,20-21).

De nuevo creo que este punto necesita explicación. No es bíblico orar por una ciudad, por el mundo, o por personas en general cuando sabemos que el propio Señor no lo hizo, y

cuando sabemos que no todas las personas son elegidas por Dios *desde el principio para salvación* (2 Ts 2:13). Debemos orar por aquellos que algún día creerán en él. Pero como nosotros no sabemos quiénes son, también es lícito orar por personas concretas que no son creyentes, para que Dios tenga misericordia de ellas y derrame en ellas su gracia, pero siempre siendo conscientes de que él es el Soberano a cuya voluntad hemos de someternos y cuya voluntad pedimos que se cumpla.

Por cierto, Pablo enseña que se hagan *oraciones*, súplicas y *acciones de gracias por todos los hombres*, por *los reyes* y por todas las autoridades (1 Ti 2:1-2), tarea en la que muchos son deplorablemente remisos; pero esto que se pide no es para la salvación de todos ellos, sino para que tengamos paz y tranquilidad y llevemos una vida piadosa y digna.

Hemos de aprender, pues, mucho, y hay mucho que aprender de las oraciones de los apóstoles, y todos los cristianos debemos aprender, puesto que la oración es algo que se nos encomienda a todos. Si leemos Hechos 6:4, vemos el orden de prioridades establecido por los propios apóstoles, pero esto no indica que la oración sea una tarea exclusiva de los predicadores. Los pastores y ancianos de las iglesias hemos de orar mucho por el bien de la propia iglesia local y por el de la Iglesia universal, y por el nuestro propio, pero las epístolas van dirigidas no solo a los pastores sino a todos los creyentes, y todos necesitamos practicar lo que en ellas se indica.

Y puesto que debemos orar mucho no solo por nosotros mismos sino también por los hermanos y hermanas en Cristo, debemos hacerlo de acuerdo con estos modelos escriturales, y pedir las bendiciones concretas que en ellos se especifican. Indudablemente, una buena manera, valiosa, y efi-

caz, de expresar nuestra solicitud y amor por los santos, es presentarlos en oración delante de Dios, pero hacerlo conforme a su voluntad.

Esta es también la oración del que escribe para todos sus lectores, y es la petición que les hace para sí mismo: que Dios derrame su gracia en nuestras vidas, en general, y en nuestras vidas particulares de oración, para que también en ellas sea glorificado. Si todos los cristianos somos indignos, más todavía es aquel que enseña, como pretendo hacer, cuando el conocimiento intelectual supera a la aplicación espiritual. Pero ***cuando el pecado abundó***, y ***donde*** el pecado abundó, ***sobreabundó la gracia*** (Ro 5:20), de modo que, con el apóstol, nos quedamos extasiados ante ***la sabiduría y la ciencia de Dios*** y, sabiendo que ***de él, y por él, y para él, son todas las cosas***, también decimos: ***A él sea la gloria por los siglos. Amén*** (Ro 11:33-36).

1

**ORACIÓN POR LOS HERMANOS  
MÁS DÉBILES I  
LA SOBERANÍA DE DIOS  
EN LA SALVACIÓN**

**1 Corintios 1:4-7**

**Lectura introductoria: 2 Crónicas 33:9-13**

*Manasés, pues, hizo extraviarse a Judá y a los moradores de Jerusalén, para hacer más mal que las naciones que Jehová destruyó delante de los hijos de Israel. Y habló Jehová a Manasés y a su pueblo, mas ellos no escucharon; por lo cual Jehová trajo contra ellos los generales del ejército del rey de los asirios, los cuales aprisionaron con grillos a Manasés, y atado con cadenas lo llevaron a Babilonia. Mas luego que fue puesto en angustias, oró a Jehová su Dios, humillado grandemente en la presencia del Dios de sus padres. Y habiendo orado a él, fue atendido; pues Dios oyó su oración y lo restauró a Jerusalén, a su reino. Entonces reconoció Manasés que Jehová era Dios.*

En este tercer libro en el que nos proponemos, como se indica en su título general, estudiar las *Oraciones de los apóstoles*, se van a exponer cuatro que se encuentran en las cartas de Pablo a los Corintios, y que han dado lugar al subtítulo de la presente obra: *Oraciones por los cristianos en Corinto*.

A su vez, cada una de ellas llevará un título particular, a saber: *Oración por los hermanos más débiles* (1 Co 1:4-7), *Oración tras la tribulación* (2 Co 1:3-5), *Oración en la aflicción* (2 Co 12:7-10), y *Oración de bendición* (2 Co 13:14), títulos que nos llevan a decir lo mismo que se indicó en el libro anterior respecto a las oraciones de Pablo por los hermanos en Roma, y esto es que ya podemos apreciar, a partir de ellos, la importancia de los temas que van a considerarse.

Ahora bien, como las condiciones y circunstancias de los hermanos en Corinto eran muy distintas a las de los que estaban en Roma (aunque siempre hay muchas cosas comunes para todos los cristianos en cualquier parte del mundo y en cualquier época), será necesario realizar una introducción, al igual que hicimos cuando comenzamos a comentar las oraciones que aparecen en la Carta a los Romanos, para conocer el trasfondo que llevó al apóstol a orar por aquellos hermanos y a escribir de la manera en que lo hizo. Leamos, pues, la oración, y pidamos la bendición de Dios para la explicación, comprensión, interiorización y aplicación de su Palabra.

***Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús; porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia; así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo*** (1 Co 1:4-7).

Oración personal a Dios.

## 1. INTRODUCCIÓN

La ciudad de Corinto fue una gran metrópoli del antiguo Imperio griego cuando este estaba en su pleno apogeo y aún no había surgido el Imperio romano. Para que nos hagamos una idea de su ubicación, diré que Corinto se encontraba cerca de la capital, Atenas, en la región de Acaya, (prácticamente la actual Grecia), al sur de Macedonia (englobaba la actual Bulgaria), y ambas regiones al este de Asia, que no era otra cosa sino la actual Turquía. Esta ciudad, pues, era importante en autoridad, y famosa por su riqueza y grandeza, pero también importante y famosa en lujuria y en libertinaje. No hemos de olvidar que en ella se encontraba el templo de Afrodita, (la Venus romana), diosa del amor, la lujuria, la belleza, la sexualidad, y la reproducción, el cual era asistido por mil sacerdotisas dedicadas a la prostitución «sagrada». Así pues, era una ciudad en la que abundaban los pecados sexuales cometidos con la excusa de servir de adoración a la diosa. Además, es digno de mencionar que en ella se celebraban los llamados «juegos ístmicos» en honor del dios Poseidón (el istmo de Corinto era una lengua de tierra no muy amplia que unía la península con el continente), parecidos a los juegos olímpicos, y que tenían lugar cada dos años.

Pues bien, esta ciudad fue destruida por los romanos en el año 146 a. C., de modo que sus habitantes fueron dispersados, y algunos llevados a Roma junto con el botín más rico que jamás consiguió ningún general romano. Después, durante un siglo aproximadamente, aquella ciudad permaneció deshabitada y en ruinas, pero Julio César, percibiendo su importante ubicación militar y para el comercio, mandó reconstruirla. Para ello envió a Corinto una colonia compuesta por hombres libres, ciudadanos romanos, y es por eso por lo que

se citan nombres romanos, no griegos, de habitantes de aquella ciudad que se habían convertido: **Justo** (Hch 18:7), **Crispo** y **Gayo**, **Fortunato** y **Acaico** (1 Co 1:14; 16:17). Así que la ciudad comenzó a resurgir. Comerciantes de todas partes fueron a ella, y también muchos judíos atraídos por el comercio, los cuales constituyeron su propia sinagoga. Y con este resurgir, comenzó de nuevo el arte, la literatura, los juegos ístmicos indicados, pero también la lujuria.

Esta nueva ciudad de Corinto fue constituida como capital de la región de **Acaya**, la cual se cita con frecuencia en las Escrituras (Hch 18:8-12; Ro 15:26; 16:5; 1 Co 16:15; 2 Co 1:1; 9:2; 11:10; 1 Ts 1:7-8). Y para el año 50 d. C., época aproximada en la que el apóstol Pablo escribe su primera carta y en ella la oración que se ha leído, la ciudad era la más importante de Grecia, habiendo alcanzado mucho de su antiguo esplendor, de su gloria material, pero también de su desenfreno sexual.

Esta era la ciudad, pero, a pesar de todo, y como dice la Palabra, **cuando** y donde **el pecado abundó, sobreabundó la gracia** (Ro 5:20), y Dios determinó que este sitio de gran maldad fuera testigo de uno de los triunfos más grandes de la cruz de Cristo. Además, es fácil entender también lo bien situada que estaba la ciudad para ser un centro desde el cual se difundiera el propio evangelio. No solo era el centro político de Grecia y la sede de su vida comercial e intelectual, o el lugar de reunión de muchos pueblos, sino también un lugar del que las influencias de cualquier clase salían en todas las direcciones.

Y a esta ciudad fue enviado el apóstol Pablo; sin acompañamiento, sin comitiva, a pesar de ser un **embajador** (Ef 6:20) del **Rey de reyes** (1 Ti 6:15; Ap 17:14; 19:16), y como un completo desconocido (los **camino**s del Señor no son

nuestros *caminos*: Is 55:8-9). Allí, tal como leemos en Hechos 18:1-3, encontró a un matrimonio cuyos cónyuges serían después sus colaboradores, *Aquila y Priscila*, y se quedó con ellos trabajando en hacer *tiendas*. Una vez ubicado, Pablo acudía *todos los días de reposo a la sinagoga* para hablar tanto a los *judíos* como a los *griegos* (v. 4). Un poco tiempo más tarde fue fortalecido por la venida de *Silas y Timoteo*, que se juntaron con él, *testificando a los judíos que Jesús era el Cristo*. Pero ellos se opusieron y blasfemaron (vv. 5-6). Nada intimidado, Pablo sacudió sus vestidos y les dijo: *Vuestra sangre sea sobre vuestra propia cabeza; yo, limpio; desde ahora me iré a los gentiles*. Y el Señor honró su decisión: primero salvando a *Crispo, el principal de la sinagoga*, y a *toda su casa*; después, *muchos de los corintios, oyendo, creían y eran bautizados* (vv. 7-8). Pero estos fueron solamente las primicias; una gran cosecha habría de venir después (cf. vv. 9-11).

Por tanto, Pablo estuvo allí durante año y medio porque había allí pueblo de Dios, a pesar de que todavía permanecían en su condición natural, *muertos en [...] delitos y pecados* (Ef 2:1). Y podemos pensar en cuál era la condición de muchos de aquellos que se convirtieron para de nuevo admirar la Soberanía de Dios y su elección eterna por gracia. El propio Pablo la describe: *¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios* (1 Co 6:9-11).

Así que durante año y medio se fue constituyendo la iglesia en Corinto, hasta que Pablo tuvo que salir de la ciudad, forzado tanto por los judíos como por los griegos (*cf.* Hch 18:12,17-18). Y fue después de su salida cuando empezaron a surgir problemas en la asamblea y varios males se desataron.

Debemos recordar que era una iglesia muy heterogénea, con miembros muy distintos en cuanto a culturas y trasfondos. Muchos habían sido criados en el paganismo, acostumbrados a todo tipo de excesos y bajo la influencia de vanas filosofías (hemos de recordar que en aquel tiempo aún no estaba en circulación una buena parte del Nuevo Testamento). Otros eran judíos convertidos, con sus rígidas costumbres. Y, además, no hemos de olvidar que también estaban los judaizantes, que propagaban sus errores y sembraban sus semillas de discordia. Así, empezó a surgir en la iglesia un fuerte espíritu partidista, de modo que las divisiones, los desórdenes, y una gran carnalidad, estaban estropeando el testimonio cristiano.

En la primera carta se citan algunas de estas cosas que debemos recordar para hacernos una idea del funcionamiento de aquella iglesia. *En primer lugar*, se estaban formando camarillas y facciones (*cf.* 1 Co1:11-13; 3:4-5). *En segundo lugar*, el séptimo mandamiento, que habla del adulterio, se estaba violando en varias formas (*cf.* caps. 5:1-5; 6:15-16). *En tercer lugar*, la propia iglesia era negligente en cuanto a ejercer disciplina en estos temas, y algunos hermanos eran denunciados por otros ante extraños, ante la ley y los magistrados paganos (*cf.* caps. 5:2,6; 6:1-8). *En cuarto lugar*, estaban surgiendo problemas en los matrimonios porque algunos cónyuges se negaban a cumplir el deber conyugal con su pareja (*cf.* cap. 7:3-5), y en otros casos, acostumbrados a los di-

vorcios, se estaban produciendo separaciones (*cf.* cap. 7:11). *En quinto lugar*, estaban surgiendo también problemas por comer o no comer **lo sacrificado a los ídolos** (cap. 8:1-13). *En sexto lugar*, la Cena del Señor fue degradada a una comida común (*cf.* cap. 11:17-22). *En séptimo lugar*, algunos estaban volviendo a la idolatría (*cf.* cap. 10:7). *En octavo lugar*, había desorden y poco espíritu de hermandad en las reuniones (*cf.* caps. 11:17-22; 14:26-33). *En noveno lugar*, las mujeres con sus atuendos y comportamientos también causaban problemas (*cf.* caps. 11:6; 14:34; los temas del velo y el hablar en la congregación, que siguen siendo asuntos en el día de hoy mal entendidos por muchos y que también siguen originando muchos problemas). *En décimo lugar*, se ejercían los dones, sobre todo el de profecía y el de hablar en lenguas, sin tener como objetivo la **edificación** de la Iglesia (cap. 14:26). Además, se estaba desarrollando una falsa doctrina sobre la resurrección, se negaba la propia resurrección de Cristo (*cf.* cap. 15), y el asunto de las ofrendas no era muy bien entendido (*cf.* cap. 16:1-3).

Esta era la situación de aquella iglesia, pero por si faltaba algo, hemos de indicar también que muchos de los hermanos se estaban rebelando contra el propio apóstol Pablo y lo estaban acusando (*cf.* caps. 4:18-21; 9:1-3).

Estas eran las noticias que fueron llegando a los oídos del apóstol, y aunque la carta fue escrita para contestar a preguntas concretas que Pablo había recibido de ellos, hay muchas cosas en ella acerca de doctrina fundamental y otras también muy importantes. Y ante todos estos problemas, y para aquella iglesia, el apóstol escribe esta carta, la cual después del saludo inicial de los tres primeros versículos, presenta la oración que vamos a considerar.

## **2. PRINCIPIOS FUNDAMENTALES**

Como en ocasiones anteriores, los principios fundamentales y los motivos de oración se encuentran resumidos en la tabla recogida al final de este volumen.

Si volvemos a leer la oración: ***Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús; porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia; así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo***, alguien podría preguntar: «¿Cómo es que se le ha dado el título de *Oración por los hermanos más débiles*, cuando aquí el apóstol habla de ellos de modo tan espléndido?». La respuesta es inmediata si tenemos en mente todo lo que hemos recordado acerca de la condición y situación de aquella iglesia, pues verdaderamente eran cristianos débiles y ***carnales*** (cap. 3:3).

Y por estos cristianos tan débiles y carnales el apóstol se dirige a Dios en la forma en que hemos leído, dirigiéndose también a aquellos hermanos, hijos suyos en la fe. Así que podemos ver la oración en dos vertientes: por una parte, en la relación de Pablo con Dios, y por otra, en su relación y en lo que hace con los cristianos en Corinto.

*El primer* principio fundamental que debe destacarse tiene que ver con el modo de actuar de Dios en su soberanía. Ya lo hemos indicado, pero de nuevo hemos de resaltar que Dios puede hacer su obra donde más abunde el pecado, como lo hizo en aquella ciudad de Corinto. Por tanto, hermanos, no tenemos razón para perder la esperanza en ningún caso: ni por familiares difíciles, ni por compañeros en los

trabajos, ni por nadie en concreto de la ciudad o el pueblo donde Dios nos haya puesto. Dios tiene sus planes, y nada hay *quien resista* a su *poder* (2 Cr 20:6).

*El segundo y tercer* principios que deben resaltarse están más dirigidos a nuestra propia conducta y modo de actuar. Para entenderlos, simplemente hemos de pararnos a ver cómo el apóstol Pablo comienza su carta, lo cual es de mucha bendición para todos nosotros. Podemos resumirlos del modo siguiente: El amor debe estar siempre presente en la corrección (*cf.* Gá 6:1), y: Es necesaria la constancia en la oración por los hermanos más débiles (*cf.* 1 Ts 5:17). Vamos, pues, a desarrollarlos.

Según hemos visto, Pablo tenía muchas más razones para censurar que para alabar, pero aun así, después del saludo inicial, les dice: ***Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros (v. 4).*** Y aquí tenemos sabiduría para todos nosotros, sobre todo para los líderes de las iglesias, pero también para los padres cristianos, los dirigentes cristianos en algún sitio, los responsables o encargados cristianos de algo. Pablo, antes de cargarlos directamente con sus conductas desordenadas, les asegura el lugar que ellos tenían en sus sentimientos. A pesar de todos los problemas y los pecados, ellos no estaban ausentes de la mente de Pablo, y tenían un lugar sincero en su corazón. Pablo constantemente los traía ante el trono de la gracia, como podemos comprobar que escribe en el capítulo 4:10-14, y en su segunda carta a estos mismos hermanos: ***No lo digo para condenaros; pues ya he dicho antes que estáis en nuestro corazón, para morir y para vivir juntamente [...]. Así que, aunque os escribí, no fue por causa del que cometió el agravio, ni por causa del que lo padeció, sino para que se os hiciese manifiesta nuestra solicitud que tenemos por vosotros delante de Dios*** (2 Co 7:3,12). Y otra vez: ***Además de***

***otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno?*** (2 Co 11:28-29).

Quizá sea bueno recordar aquí brevemente también lo que ya dijimos con respecto a la primera oración que aparece en la Carta a los Romanos, aunque los cristianos de Roma eran muy distintos en conducta y fe a estos de Corinto. A aquellos les escribió el apóstol diciéndoles: ***Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros...*** (Ro 1:8). Es decir, que en ambos casos el apóstol no se olvida de dar gracias a Dios. Para él era una cuestión de importancia, y dijimos que también debe serlo para nosotros, porque son muchas y muy grandes las misericordias que hemos recibido, porque son un medio para fortalecer nuestra fe al llevar nuestros corazones hacia Dios, y porque conduce al gozo en nuestras vidas cuando vemos su obra en nosotros y en los hermanos.

También dijimos: ¿Cómo podemos esperar respuestas de Dios a nuestras oraciones si vamos a seguir siendo desagradecidos? Las acciones de gracias y las peticiones han de ir juntas, y Pablo las hace ***por vosotros***, o ***por todos vosotros***, mostrándonos en este caso que ni aun los hermanos difíciles estaban fuera de su corazón. Y es que no podemos acercarnos a Dios —recuerdo— si solamente estamos centrados en nosotros mismos, si no nos interesamos por las vidas y los problemas de los hermanos, si vivimos al margen de su existencia, o si los rechazamos, despreciamos o ignoramos.

Estos hermanos en Corinto eran, por así decirlo, tremendamente *difíciles*, pero el apóstol no se olvida de ellos, y no se olvida de alabar lo bueno que hay en ellos. Y es que muchas veces, en el trato entre nosotros mismos, no solamente

falta el amor hacia el hermano y la gratitud hacia Dios, sino que surgen palabras duras de reproche e insultos que pueden hacer mucho daño, olvidándonos de que el Señor llama a esas cosas pecado y de que, en ningún caso, esos pecados quedarán sin su justa condena. Pablo, ante los hermanos *difíciles* ora con gratitud y muestra su amor a ellos; nosotros, a veces, con hermanos «*fáciles*», no mostramos amor ni gratitud, sino más bien duras palabras.

Hemos de pensar más veces en las palabras que tenemos en Mateo 5:21-24: ***Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego. Por tanto, si traes tu ofrenda al altar...***, para quitar de nuestros vocabularios, nuestros pensamientos, y nuestras vidas aquellas cosas que Dios prohíbe. Véase Efesios 4:30-32; 5:3-4.

Así pues, vemos que Pablo no comenzó esta epístola reprendiendo a los corintios por sus faltas, sino enumerando aquellas cosas que evidenciaban que también ellos eran especial objeto del favor divino y hermanos o hijos suyos en la fe. En esto vemos no solamente un ejemplo amoroso de la propia magnanimidad y bondad del apóstol, sino también una importante instrucción de cómo debemos actuar también nosotros y, sobre todo, cualquier siervo de Dios en sus tratos con aquellos (particularmente con sus propios hijos en el evangelio) que se han salido del camino.

Primero debemos tratar de llegar y fundir sus corazones con un renovado sentimiento de la bondad de Dios hacia ellos, así como de nuestro amor hacia ellos, porque solamente entonces serán capaces de percibir la maldad del pecado y el deshonor hecho a Dios por su conducta desordenada. Por

medio del recuerdo de su salvación, Pablo les recuerda la misericordia divina que los sacó ***de las tinieblas a su luz admirable*** (1 P 2:9), y les indica que él mismo había sido el instrumento usado por Dios en la conversión de ellos. Por tanto, ya que era su padre espiritual (*cf.* 1 Co 4:15), ellos debían atender con solicitud el mensaje que les estaba dando.

Pero tenemos también otro importante principio, para no olvidarlo cuando seamos ofendidos por aquellos hermanos débiles cuyas conductas son desordenadas: hemos de tener constancia en nuestras oraciones llevando ante el trono de la gracia a esos hermanos más débiles, preocupados mucho más por su salvación y la salud de sus almas que por el propio daño que nos estén haciendo, nos hagan, o nos puedan hacer a nosotros mismos.

En todo caso, si estamos preocupados por algo o nos angustiamos por algo, que sea por el honor del propio Dios y por el testimonio del evangelio que aquellos hermanos débiles están echando por tierra. El celo santo que debemos de tener es por Dios y sus cosas, dejando en sus manos todo juicio para aquellos que nos ofenden (*cf.* Ro 12:19; 1 P 2:23), pidiendo al mismo tiempo misericordia por parte de Dios y amor por parte nuestra hacia aquellos que se han descarriado.

***Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros***, son las palabras del apóstol dirigidas a aquellos hermanos. Y aunque sabemos que hemos de ser constantes en nuestras oraciones a Dios, no hemos de olvidar la misma constancia en favor de nuestros hermanos más débiles. También aquí hay una lección para los líderes, y es que no debemos olvidar en nuestras oraciones a tantas personas y hermanos que, en un momento u otro, Dios ha puesto cerca de nosotros. Así funcionaba el apóstol, y así ha quedado constatado para nuestra enseñanza.

Cuando Pablo dice: *Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros*, nos muestra que no miraba la oración como una lujuria espiritual para ser disfrutada solamente en ocasiones raras y especiales. Por el contrario, era una práctica regular en él, un deber que constantemente cumplía, y en el que buscaba nuevos suministros de la gracia, no solamente para él mismo, sino para el favor también de los demás. Y si comparamos eso con lo que aparece en Romanos 1:8, vemos que aquí introduce la palabra *siempre*, lo cual nos muestra la necesidad de la constancia, sobre todo, en favor de los débiles.

La oración ha sido correctamente denominada: *El pulso de la vida cristiana*, dando a entender el estado de salud o de enfermedad de esta. Y la oración correcta es lo que necesitamos practicar en nuestras vidas.

¡Que Dios nos ayude en esa tarea para su gloria y la bendición de todo su pueblo!

## 2

# ORACIÓN POR LOS HERMANOS MÁS DÉBILES II LA GRACIA Y EL AMOR

1 Corintios 1:4-7

Lectura introductoria: Tito 3:3-5

*Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros. Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia.*

Continuamos con el estudio de la oración que encontramos al comienzo de la Primera Carta del apóstol Pablo a los Corintios, y que hemos titulado: *Oración por los hermanos más débiles*. Ya hemos hecho un breve repaso histórico del comienzo de aquella iglesia y de la evolución de esta cuando el apóstol tuvo que dejarla. Y dijimos que, pasado un tiempo desde aquel entonces, el apóstol les escribe porque habían llegado a sus oídos los múltiples problemas que estaban surgiendo, los cuales cita, prácticamente, en cada capítulo de la carta, y los cuales también enumeramos brevemente.

Ahora bien, nos podemos hacer una pregunta: ¿Cuánto tiempo había pasado?; ¿cuánto tiempo es necesario que

transcurra para que una iglesia decaiga?; ¿cuánto tiempo hubiera sido necesario para decaer nosotros mismos si en esta iglesia hubiese estado el apóstol y después hubiese tenido que partir? La respuesta, que se obtiene a partir de los datos de la propia Escritura, es de poco más de tres años.

Si vemos la historia en el libro de Hechos, comprobaremos que Pablo salió de Corinto hacia Éfeso, acompañado de Aquila y Priscila (*cf.* Hch 18:18-19), de modo que el matrimonio permaneció allí, mientras que Pablo se embarcó hacia Cesarea, cerca de Jerusalén, porque en la capital quería pasar la fiesta (*cf.* vv. 21-22). También se nos dice que, a continuación, Pablo fue Antioquia y *después de estar allí algún tiempo, salió* hacia Galacia y Frigia (vv. 22-23).

Mientras tanto, Apolos llegó a Éfeso, y después de haber sido instruido por Aquila y Priscila, pasó a Acaya (*cf.* Hch 18:24;19:1), más concretamente a la propia Corinto. Y como era un predicador elocuente, no es de extrañar que parte de las divisiones que se produjeron en aquella iglesia fueran debidas a su propia presencia.

Después, se nos indica que Pablo volvió a Éfeso en otro viaje, su tercer viaje misionero, y allí permaneció mucho tiempo (*cf.* Hch 19:8,10; 20:31), de modo que desde allí, y tras recibir noticias de la iglesia en Corinto (*cf.* 1 Co 1:11; 16:17), les escribe esta carta, quizá por el año 54 o 55 d. C. Por tanto, habían pasado unos cuatro años desde su salida de la ciudad hasta que escribe la carta y, por tanto, un tiempo algo inferior fue el que se necesitó para que la iglesia estuviera en la lamentable situación en que se encontraba: grupos enfrentados, adulterio, fornicación, falta de disciplina, hermanos con pleitos ante extraños, problemas en los matrimonios, problemas con las comidas y bebidas, en la Cena del Señor, idolatría, desorden en los cultos, desorden en las vestimentas

y comportamientos de ciertas mujeres en el culto, abuso de los dones, falsa doctrina de la resurrección, negación de la resurrección de Cristo.... Y, por si fuera poco, rebelión y rechazo hacia el propio Pablo, fundador de la iglesia.

Y todo esto estaba sucediendo porque aquellos cristianos no solamente no habían perdido sus costumbres de antes de creer (costumbres no santas, no de acuerdo con la voluntad de Dios, y no para glorificar a Dios), sino que muchos de ellos estaban volviendo a algunas que ya habían abandonado. Los corintios eran débiles y carnales (lo cual les dice el apóstol en el capítulo 3:1-3), y para los cuales quizá fuera apropiada una de las oraciones que Pablo hizo por los creyentes en Roma, y que ya hemos considerado: ***El Dios de la paciencia y de la consolación, os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo*** (Ro 15:5-6).

Pero Pablo no hace esto, sino que se acerca indicándoles, en primer lugar, que constantemente ora por ellos y da gracias a Dios por ellos. Y se acerca alabando y no censurando. Y ya se han considerado tres principios importantes en esta oración: el primero, el de la soberanía de Dios, que salva a quien quiere, sin importar su conducta anterior, y donde quiere, por más depravado que sea el lugar; el segundo, el del amor, que debe estar siempre presente en la corrección; y el tercero, el de la constancia en la oración por los hermanos más débiles. Hoy vamos a continuar desarrollando otros, pero será tras la lectura de la Palabra y la oración a Dios.

***Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús; porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia; así como el testimonio acerca de Cristo ha***

*sido confirmado en vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo (1 Co 1:4-7).*

Oración personal a Dios.

## 1. PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

Antes de continuar con las palabras que aparecen en el pasaje leído, quiero hacer una breve observación acerca del arrepentimiento. Aquellos cristianos en Corinto se estaban equivocando en sus vidas y sus conductas, y estaban ensuciando el testimonio del evangelio. Pero, probablemente, muchos de ellos fueran delatados por sus propias conciencias cuando pecaban, si verdaderamente eran cristianos y no estaban endurecidos y, de igual modo, quizá se arrepentirían de sus conductas. Y pienso que esto sucedería en más de una ocasión: había pecado, arrepentimiento, pero, por desgracia, había nueva vuelta hacia el pecado.

Entonces, nos podemos preguntar: ¿Qué fallaba?; ¿qué sucedía para que, a pesar de las buenas intenciones y del arrepentimiento, siguieran los problemas y cada vez de forma más acuciada? Y creo que la respuesta es que no tenían una idea correcta acerca del arrepentimiento. No me voy a detener en este asunto, pero solamente quiero que leamos un pasaje que aparece en Mateo 21:28-32 y que es conocido como la parábola de los dos hijos. Dijo el Señor: *Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, vé hoy a trabajar en mi viña. Respondiendo él, dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue. Y acercándose al otro, le dijo de la misma manera; y respondiendo él, dijo: Sí, señor, voy. Y no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su*

**padre? Dijeron ellos: El primero. Jesús les dijo: De cierto os digo, que los publicanos y las rameran van delante de vosotros al reino de Dios. Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las rameran le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle.**

Aquí tenemos las propias palabras del Señor Jesucristo, y en ellas vemos que el verdadero arrepentimiento lleva consigo un cambio de conducta, que lleva a hacer la voluntad del Padre, de modo que si esto no aparece, no ha habido ese verdadero arrepentimiento y la persona sigue enfrentada con Dios y alejada de Dios.

Con toda seguridad esto es lo que sucedía en aquella iglesia en Corinto, y con toda seguridad es también lo que sucede hoy dentro de nuestras iglesias con algunos que no son conscientes de que «publicanos y rameran van delante de ellos al reino de Dios», porque ellos verdaderamente no se han arrepentido y no han creído de corazón. En aquella iglesia en Corinto, como ya vimos, había cristianos que procedían de los ambientes más degradados y pecadores, y había otros —quizá judíos pero también gentiles—, considerados como buenas personas. Pero a todos, el apóstol tiene que recordarles que el verdadero arrepentimiento se demuestra por el cambio de conducta, pues si siguen reincidiendo en sus pecados **no heredarán el reino de Dios** (1 Co 6:9). Tal como dice Juan en su primera carta, **el que practica el pecado es del diablo** (1 Jn 3:8), y Pablo les recuerda esto mismo con otros términos.

Este era el problema de entonces y este continúa siendo el problema de hoy. Pero dejemos esto y vayamos ahora con los principios que podemos seguir obteniendo en la oración que consideramos.

*El primero* que puede destacarse es que Pablo habla de Dios como de **mi Dios**. Ya hemos visto que esto mismo es lo que hace en su Carta a los Romanos, y aunque nos detuvimos a explicar todo lo que está incluido en esta expresión (volumen 1 de esta serie), creo que es bueno para nosotros volver a recordarlo, aunque sea de forma resumida.

Pablo no está mirando a Dios como a alguien lejano con el cual tiene poca relación, sino como a alguien muy cercano al cual le pertenece porque tiene seguridad de que sus pecados han sido perdonados al haber procedido, una y otra vez, a un verdadero arrepentimiento. Pablo no podría decir **mi Dios** por mucho que dijera que creía en ese Dios y en el Señor Jesucristo, ni por muchos cargos de conciencia que tuviera cuando pecara, ni por muchas buenas intenciones, si hubiera seguido con sus costumbres, persiguiendo a los cristianos y en su actitud de fariseo orgulloso.

Pablo podía hablar de **mi Dios** porque había entrado en una nueva relación de pacto con Dios, y una promesa de ese pacto era: **Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo** (Lv 26:12; 2 Co 6:16). **Mi Dios** es la expresión de una relación personal, pues Dios era el Dios de Pablo por elección eterna del propio Dios, por la obra de redención del Señor Jesucristo, pero también por el nuevo nacimiento que recibió y le comunicó nueva vida, lo cual era evidente en todos los aspectos de esta.

**Mi Dios** es también un reconocimiento de la propia decisión y elección personal de Pablo, que había tomado de forma consciente y voluntaria al propio Dios como su absoluto Señor al cual servía, como su herencia, fuera de la cual nada deseaba, y como el Objeto de su vida al cual quería glorificar en todo momento. Pablo podía decir **mi Dios** porque todos sus talentos y energías eran usados para la gloria de Dios,

consciente como era de haber sido bendecido tan ricamente, de haber sido perdonado, y de poder descansar y confiar en ese Dios que suplía todas sus necesidades.

Pablo reconocía cómo era Dios y decidió que un Dios así era digno de ser objeto de su adoración más ferviente y de su servicio más diligente. Pablo reconocía la bondad de ese Dios y vivía para ese Dios. Y puesto que podía decir *mi Dios* podía también acercarse a él para darle gracias, pues ambas cosas van unidas. Son la obediencia y la entrega incondicional a Dios —las cuales van unidas al sincero y verdadero arrepentimiento cada vez que se comete un pecado— las que nos permiten acercarnos a Dios para darle gracias, y hacerlo de un modo tan confiado como un hijo para decirle *mi Dios*.

Por tanto, no solamente hemos de incluir en nuestras oraciones las acciones de gracias aun por los hermanos más difíciles, sino que hemos de pensar si nuestra relación personal con Dios es correcta, si estamos empeñados en hacer su voluntad y procedemos al verdadero arrepentimiento, si andamos en obediencia a sus mandamientos y si, verdaderamente, estamos incluidos en el nuevo pacto en la sangre de Cristo. Hemos de poder decir con propiedad: ***Gracias doy a mi Dios.***

Y, si ponemos las dos cosas juntas: ***Gracias doy***, y las ***doy a mi Dios***, tenemos una combinación perfecta. Si Dios es Dios, ¿no habremos de darle gracias continuamente por todo y por todos? Y si, además, puedo decir *mi Dios*, y en ello van implícitas tantas bendiciones, ¿no tendré que mostrar esa gratitud de los labios con mi vida de cada día?

*El segundo principio* lo podemos obtener de las palabras ***por vosotros: Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros***, y aunque ahora diremos algo acerca de ello, creo que es bueno enmarcar la idea en un enunciado. Es el siguiente: Dios

no prospera a los que están centrados en sí mismos. Y debemos pensar en esto, si verdaderamente creemos este principio, y pensar en nuestras vidas y en el modo en que estamos viviendo.

Aquí de nuevo, Pablo nos da a todos un ejemplo, y es por eso por lo que, con razón, en esta carta y en otras nos indica: ***Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo*** (1 Co 11:1), palabras estas que van precedidas por las que encontramos en el capítulo 10:32-33, y que hacen referencia a nuestra abnegación: ***No seáis tropiezo ni a judíos, ni a gentiles, ni a la iglesia de Dios; como también yo en todas las cosas agrado a todos, no procurando mi propio beneficio, sino el de muchos, para que sean salvos.*** Pablo nos dice que sigamos su ejemplo, y si no podemos imitarlo en esta bendita práctica de dar gracias a Dios por los demás, entonces ciertamente nosotros mismos sufriremos pérdidas.

Cuando estamos centrados en nosotros mismos nos falta seguridad en nuestra fe, pues una fe verdadera nos saca de nosotros mismos, y quizá sea esta la causa por la que algunos del pueblo del Señor dudan una y otra vez si ***la gracia de Dios*** [...] ***en Cristo Jesús*** les ha sido dada también a ellos como les fue dada a aquellos corintios. El estar centrados en nosotros mismos cierra la puerta a las bendiciones de Dios, y si no vemos estas bendiciones, evidentemente, no tendremos seguridad.

En el Salmo 41:1-3 puede leerse: ***Bienaventurado el que piensa en el pobre; en el día malo lo librará Jehová. Jehová lo guardará, y le dará vida; será bienaventurado en la tierra, y no lo entregará a la voluntad de sus enemigos. Jehová lo sustentará sobre el lecho del dolor; mullirás toda su cama en su enfermedad.*** Y hemos de entender que hay muchas clases de pobreza, no solo materiales, sino también

espirituales, anímicas, de tiempo, de atención, de empatía, etc., y las bendiciones se prometen a aquellos que piensan en los pobres. Debemos examinarnos, pues, y si vemos que aún perduran en nosotros nuestras antiguas costumbres egoístas, debemos arrepentirnos de ellas y, mostrando que nuestro arrepentimiento es sincero, debemos empezar a vivir de otro modo.

Porque si no somos capaces de dar gracias y de vivir en consecuencia con la gracia de Dios que hemos recibido, ¿cómo vamos a estar agradecidos por la gracia que Dios ha derramado en *los otros*? Y si solamente estamos ocupados con nuestros propios intereses espirituales, desobedeciendo las claras palabras del Señor que encontramos en Filipenses 2:4: ***No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros***, ¿podremos esperar que Dios nos bendiga y nos prospere?

Hay tal cosa como el egoísmo natural que nos hace estar centrados en nosotros mismos, pero también hay un egoísmo espiritual que lo manifestamos cuando solo miramos, deseamos, nos alegramos o damos gracias por nuestras propias bendiciones y la gracia derramada en nosotros, sin considerar lo que Dios ha hecho y está haciendo con nuestros hermanos. La Palabra nos insta una y otra vez a funcionar de otro modo. En Romanos 12:15 leemos: ***Gozaos con los que se gozan, llorad con los que lloran***, y no es de extrañar que en esta misma carta a los corintios el apóstol use el ejemplo del cuerpo para ilustrar cómo deben ser nuestras vidas de cristianos, ***miembros del cuerpo de Cristo*** (1 Co 12:13-14,24-26), palabras también muy conocidas pero poco implementadas en multitud de ocasiones.

El tercer principio práctico para nosotros lo obtenemos de la palabra ***siempre***: ***Gracias doy a mi Dios siempre por vo-***

**sotros.** Este principio, basado en esta palabra, **siempre**, podemos enunciarlo del siguiente modo: El amor debe predominar y continuar aun a pesar de los desengaños.

Esta palabra es muy bendita y nos enseña mucho si volvemos a recordar las circunstancias que se daban en la iglesia en Corinto. Durante la ausencia del apóstol se habían producido cambios muy importantes en ella, y ninguno de ellos había sido para mejorar. Pero, a pesar de todo, y aun así, Pablo seguía amando a aquellos hermanos, y sus afectos hacia ellos no habían sido disminuidos o alterados. Había incluso algunos que habían dañado el gozo del apóstol, otros que mostraban frialdad hacia él, pero nada de eso había conseguido quitar su amor, y Pablo seguía dando gracias por ellos incluso tan frecuentemente como lo había hecho anteriormente.

Aquí de nuevo tenemos un motivo para examinar de cerca nuestros propios corazones y para no permitir que en ellos brote y se desarrolle ninguna **raíz de amargura** (He 12:15) que nos lleve a cambiar nuestras conductas hacia los hermanos difíciles (porque difíciles eran los de Corinto), o nos lleve a disminuir el amor hacia ellos. Fijémonos que estoy hablando de amor bien entendido, de amor que nos lleva a negarnos a nosotros mismos y a entregarnos a los demás a cambio de nada, sin merecimientos de la otra parte; pero no estoy hablando de sentimientos. Los sentimientos pueden cambiar, y evidentemente cambian, y la forma de manifestar el amor también puede cambiar (como vemos también en el mismo caso de Pablo en el capítulo 4:21), pero el amor debe ser siempre fiel y continuar, pues el amor (el verdadero amor) **nunca deja de ser**, y sin él nada somos ni valemos (cap. 13:1-3,8).

Hemos de entender bien esto: el amor debe permanecer siempre, pero la manifestación externa de dicho amor es la

que cambia cuando verdaderamente uno se encuentra regulado por el bien de la persona amada, de modo que no debe haber disminución en dicho amor. Es lo mismo que hace Dios con nosotros: por una parte, nos bendice dándonos muchas cosas agradables para nosotros, pero por otra, también nos bendice y nos sigue amando cuando nos disciplina, pues ***el Señor al que ama disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo*** (He 12:6). Es la misma idea que aparece en el conocido Salmo 23 cuando David, mirando el bien y la misericordia de Dios, dice: ***Tu vara y t  cayado me infundir n aliento*** (Sal 23:4).

Y no debemos pensar que esto es imposible para nosotros, pues otros hermanos que nos han precedido en la historia, aun en épocas muy difíciles, han seguido amando no solo al resto de hermanos, sino también, como dice el Señor, a sus propios enemigos. Porque, si no somos capaces de amar a *todos* los hermanos,  c mo cumpliremos el mandamiento de amar a los ***enemigos***, de bendecir ***a los que nos maldicen***, de hacer ***bien a los que nos aborrecen***, o de orar ***por los que nos ultrajan y persiguen***? (Mat 5:44). Estas palabras del Señor, y las que le siguen, continúan resonando fuertes para nosotros como cristianos, y nos muestran de nuevo la importancia de estar integrados en la Iglesia del Señor, en su propio cuerpo, como lugar que sirve para nuestro aprendizaje, desarrollo, y madurez cristiana, para luego poder enfrentarnos al mundo de fuera con un testimonio correcto.

Todos conocemos, al menos algo, de la vida de Martin Luther King, aquel pastor bautista negro, que tanto luchó por la igualdad entre negros y blancos, al que le concedieron el Premio Nobel de la paz (1964) y que fue finalmente asesinado en 1968. En uno de sus sermones dirigido a su propia congregación dijo: ***«Cuando nos hacen daño tendemos a vengarnos***

*con igual odio. Pero si esto sucede, el nuevo orden que queremos es una copia del orden antiguo [...] Diremos a nuestros enemigos: "A vuestra capacidad para infligir sufrimiento opondremos la nuestra para soportar, a vuestra fuerza física responderemos con la fuerza de nuestras almas". Y decía: «Haced lo que queráis pero continuaremos amándoos [...] metednos en la cárcel, y aún os amaremos. Arrojad bombas en nuestras casas, aterrorizad a nuestros hijos, y os amaremos todavía. Enviad en plena noche a nuestras comunidades a vuestros bandoleros para que nos apaleen y nos dejen medio muertos, y aun así os amaremos. Tened la seguridad de que os llevaremos hasta el límite de nuestra capacidad de sufrir [...] un día ganaremos la libertad, pero no será solo para nosotros».*

Este hombre entendió bien lo que significa amar **siempre**, aunque las manifestaciones de su amor cambiaban con las circunstancias. Así también Pablo, que, aunque no podía asegurar a los corintios lo que dice de los romanos en el capítulo 1:8: ***Doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo***, sigue adorando a Dios por haberlos llamado *eficazmente*: ***Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús***. No daba el apóstol gracias a Dios por la conducta de aquellos hermanos carnales, pero sí que continuaba haciéndolo porque, a pesar de todo, seguían siendo sus propios hermanos, hijos de Dios.

Por último, debemos recordar las palabras proféticas que apuntaban al ministerio del Señor Jesucristo: ***No gritará, ni alzará su voz, ni la hará oír en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare; por medio de la verdad traerá justicia. No se cansará ni desmayará, hasta que establezca en la tierra justicia; y las costas esperarán su ley*** (Is 42:2-4).

Y es que debemos dar gracias a Dios más ardientemente por aquellos que más se parecen a su Hijo, pero no debemos dejar de dar gracias por aquellos en los que solo muy ligeramente se discierne al Señor. Si el nombre de Cristo es fragante para nosotros, debemos alegrarnos dondequiera que haya sido derramado. A pesar de que todavía la imagen de Cristo pueda distinguirse muy ligeramente en sus bebés, *si puede verse*, tenemos la seguridad de que ***el que comenzó en ellos la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo*** (Fil 1:6).

¡Que Dios nos ayude a entender y a poner en práctica estos principios, tanto en la vida en general, como en nuestras vidas de oración! Dios solamente será ***mi Dios*** en la medida en que dejo de estar centrado en mí mismo, en que voy abandonando mis costumbres egoístas tanto a nivel natural como espiritual, y en que sigo amando, a pesar de todas las cosas, a los hermanos más débiles y dando gracias a Dios por ellos.

Si vamos por este camino, será para nuestra bendición, la de muchas personas y, por encima de todo, para que su Nombre sea conocido y glorificado. Amén.

### 3

## ORACIÓN POR LOS HERMANOS MÁS DÉBILES III LA GRACIA CONFIRMADA

1 Corintios 1:4-7

Lectura introductoria: Colosenses 3:1-4

*Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.*

Estamos analizando una que hemos llamado *Oración por los hermanos más débiles*, y que encontramos al principio de la primera carta de Pablo a los corintios. En relación con ella, ya hemos hablado de los problemas que surgieron en aquella iglesia poco tiempo después de constituirse, y hemos obtenido algunos principios que no vamos a volver a repetir pero que pueden verse en forma resumida en la tabla resumen al final del volumen.

En aquella iglesia había hermanos débiles y difíciles, pero Pablo seguía orando por ellos, a pesar de sus debilidades, porque reconocía que eran verdaderos hijos de Dios y que también sobre ellos su gracia había sido derramada. Dijimos

que habían pasado al menos tres años desde que Pablo dejara Corinto. En este tiempo, él había trabajado duro en otros campos, pero seguía recordando con gratitud y con gozo cómo Dios había obrado en su gracia en aquella sucia ciudad de Corinto. Era esto lo que lo confirmaba cuando se enteró de los tristes desórdenes entre ellos, pues miraba hacia atrás y daba gracias a Dios por aquella gracia que había derramado. En lugar de estar cargado con los errores y pecados de ellos, Pablo se mantuvo firme y mantuvo su mente en la verdad de que ellos también habían sido objeto de la soberana gracia de Dios. Porque aquella gracia no fue ganada por ellos, sino que les fue *dada en Cristo Jesús*, y Pablo sabía que aquellos cristianos, los que verdaderamente lo eran, no podían perderse.

Si leemos cuidadosamente la segunda carta que escribe a esta iglesia, podemos comprobar cómo su confianza estaba justificada, y cómo su esperanza fue cumplida: *Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¿qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto. Así que, aunque os escribí, no fue por causa del que cometió el agravio, ni por causa del que lo padeció, sino para que se os hiciese manifiesta nuestra solicitud que tenemos por vosotros delante de Dios. Por esto hemos sido consolados en vuestra consolación; pero mucho más nos gozamos por el gozo de Tito, que haya sido confortado su espíritu por todos vosotros. Pues si de algo me he gloriado con él respecto de vosotros, no he sido avergonzado, sino que así como en todo os hemos hablado con verdad, también nuestro gloriarnos con Tito resultó verdad. Y su cariño para con vosotros es aun más abundante, cuando se*

***acuerda de la obediencia de todos vosotros, de cómo lo recibisteis con temor y temblor. Me gozo de que en todo tengo confianza en vosotros*** (2 Co 7:9-16).

Ahora, antes de continuar, hacemos la lectura del pasaje que nos ocupa y pedimos la bendición de Dios.

***Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús; porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia; así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo*** (1 Co 1:4-7).

Oración personal a Dios.

## **1. PRINCIPIOS FUNDAMENTALES**

En el capítulo anterior nos quedamos por la mitad del versículo 4, analizando las palabras ***siempre***, y ***por vosotros***. En lo que resta de aquel, y hasta el final del versículo 7, aparecen otros aspectos que vamos a analizar más rápidamente no porque carezcan de importancia, sino porque son más bien objeto de otro tipo de estudio, o tienen menor aplicación directa en nuestras vidas de oración, o son más conocidos por todos nosotros.

***El primer principio*** que hemos de destacar es que la gracia de Dios es ***dada en Cristo Jesús***. Como se ha indicado antes, aquellos cristianos, y todos los cristianos de todas las épocas, no hicieron, ni han hecho, ni hemos hecho méritos para obtener la gracia de Dios, pues si así fuera, la gracia dejaría de ser gracia. ***También aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia. Y si por gracia, ya no es***

**por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra** (Ro 11:5-6).

Estas palabras, **la gracia de Dios**, hacen referencia, en primer lugar, a su libre y soberano favor hacia nosotros, que nos amó a pesar de ser enemigos, impíos y pecadores (*cf.* Ro 5:6-10), pero también apuntan a todas las bendiciones que proceden del propio Dios, de igual modo que hablamos así cuando recibimos favores de otras personas. Y es a este segundo sentido al que el apóstol hace referencia aquí, pues da gracias a Dios por toda la abundante gracia que había derramado en los corintios.

Y podemos observar cómo Pablo honra a Jesucristo y lo pone en su debido lugar como Mediador, pues toda gracia es dada **en Cristo Jesús**, de cuya **plenitud todos hemos recibido, y gracia sobre gracia** (Jn 1:16 LBLA). En primer lugar, la gracia de Dios llega a sus elegidos, y llega **en Cristo** desde **antes de la fundación del mundo** (Ef 1:3-5), pero después sigue llegando más gracia *por Cristo*, por medio de Cristo, en el nuevo nacimiento y a través de toda la vida cristiana, **pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo** (Jn 1:17). Y hemos de tener esto claro: que toda la gracia de Dios fluye a nosotros a través de Jesucristo.

Aquellos corintios recibieron primero la gracia de Dios en Cristo Jesús cuando fueron salvados, pero después siguieron recibiendo gracia porque fueron **enriquecidos en él** [en Cristo], **en toda palabra y en toda ciencia**, [más bien, **en todo conocimiento**], recalándose de nuevo que aquellos dones que tenían los recibían *en y por Cristo*. Por tanto, era fundamental para ellos, y también para nosotros, percibir que cualquier jactancia o cosa que sirviera para el

propio enaltecimiento debían ser eliminadas, porque el honor y el ensalzamiento deben ser colocados solo en Aquel a quien le corresponde. Es la lección de humildad que siempre hemos de continuar aprendiendo y que Pablo les indica con claridad un poco más adelante: ***Pero esto, hermanos, lo he presentado como ejemplo en mí y en Apolos por amor de vosotros, para que en nosotros aprendáis a no pensar más de lo que está escrito, no sea que por causa de uno, os envanezcáis unos contra otros. Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?*** (cap. 4:6-7).

Jesucristo, o ***Cristo Jesús***, se encuentra siempre en el centro de todo cristianismo, y desde el principio y hasta al final y, como hemos dicho en otras ocasiones, hemos de analizar nuestras vidas para ver cómo discurren en este asunto: si comprendemos que es el centro de nuestra existencia, de todo lo que hemos recibido, y que sin él todo se derrumba y queda sin sentido. De igual modo que en otras cartas, podemos comprobar aquí en la introducción de esta, el número de veces que el apóstol cita al Salvador: al menos una en cada versículo, desde el primero hasta el décimo.

Por eso, repito, porque Cristo debe ser el centro de nuestras vidas, debemos analizarnos para comprobar que realmente lo es, porque en la misma medida en que Cristo crece en nosotros, así también estaremos nosotros creciendo espiritualmente.

*El segundo principio* tiene que ver con los dones extraordinarios del Espíritu, tema este muy controvertido, propio de un estudio largo y detallado, y del que solo daremos algunos apuntes, con el convencimiento de que no hay continuidad en tales dones extraordinarios.

Pablo habla en el versículo 5 de que aquellos corintios habían sido enriquecidos **en toda palabra y en toda ciencia** (o **conocimiento**), y la referencia no es a cosas ordinarias, sino a extraordinarias, a dones extraordinarios del Espíritu. En los comienzos de la Iglesia hubo oficios extraordinarios (apóstoles y profetas), pero también hubo dones extraordinarios, y del mismo modo que no hubo sucesores para los primeros, tampoco los últimos han tenido continuidad.

En aquellas fechas, el Espíritu Santo hizo evidente su presencia con signos y señales visibles (cf. Hch 2:1-4; 10:44-46). Aquellos dones y señales extraordinarios fueron dados para el establecimiento del cristianismo y de la Iglesia, y para certificar la verdad del evangelio (cf. He 2:3-4), de modo que no hubiera ninguna duda acerca de la procedencia divina de la doctrina enseñada por los apóstoles. Y de todas las iglesias que leemos en el Nuevo Testamento, parece ser que fue en Corinto donde más abundaron estos dones, aunque también donde más se abusó de ellos.

En esta misma carta, el apóstol indica que los dones fueron dados por el **Espíritu para provecho, para edificación** (caps. 12:7; 14:12,26; y este puede ser nuestro siguiente y fundamental principio, *el tercero*), y allí había hermanos, igual que sucede en el día de hoy, que despreciaban a los que no los tenían, al mismo tiempo que estos últimos envidiaban a los primeros.

El don de la **palabra** en el que aquellos corintios habían sido **enriquecidos** y al que Pablo hace aquí referencia incluye el profetizar, pero más especialmente se refiere a la capacidad de **hablar en lenguas** (caps. 12:10; 14:4-5). El don de la **ciencia**, o el **conocimiento**, hace referencia a la capacidad, también sobrenatural, para interpretar las profecías y las lenguas extrañas. Y estos dones extraordinarios, junto a otros,

debían ejercitarse de forma ordenada para edificación de la iglesia, como concluye Pablo al final de su exhortación sobre este asunto: ***Así que, hermanos, procurad profetizar, y no impidáis el hablar lenguas; pero hágase todo decentemente y con orden*** (cap. 14:39-40).

Sin embargo, aquellos corintios no funcionaban de este modo, y en lugar de convertirse en personas cada vez más serviciales, no estaban siendo santificados por aquellos dones extraordinarios (cf. cap. 13:2). Por eso el apóstol les muestra el ***camino más excelente*** (cap. 12:31) que es el del ejercicio del amor entre ellos (cf. cap. 13).

*El cuarto principio*, que enunciamos diciendo que hay que distinguir entre los dones y el fruto del Espíritu, lo obtenemos teniendo en cuenta este versículo 5 que estamos considerando y el anterior. Ahí se aprecia que el apóstol Pablo no se regocijaba en ***el fruto del Espíritu*** que había en ellos (Gá 5:22-23), porque ciertamente carecían de él. Manifestaban de forma muy acusada ***las obras de la carne*** (Gá 5:19-21), pero les hace saber que aún continúa dando gracias a Dios por los dones extraordinarios que habían recibido. Lejos de despreciar aquellos dones como sin valor porque no estaban siendo usados correctamente, Pablo señala a Dios como la Fuente de estos, y a Cristo Jesús como el Otorgador. Así, repito, no había ningún motivo para el orgullo (cf. cap. 4:7).

Pero puesto que estas cosas quizá nos queden un poco lejanas, creo que es conveniente decir unas palabras en cuanto a los dones ordinarios, y entramos así en *el quinto principio*: los dones ordinarios son también para edificación.

Aquellos dones mencionados anteriormente por el apóstol no aparecen en la mayoría de las iglesias cristianas, pero existen otros dones, digamos, más normales y frecuentes,

que también proceden de Dios, que también hemos de reconocer, y por los cuales también hemos de darle gracias. Servir, enseñar, exhortar, repartir, el don de la pobreza, presidir, tener misericordia, etc., son dones que proceden de Dios, que han de usarse para edificación, y por los cuales hemos de dar gracias.

Evidentemente, la gracia de Dios es la cosa más excelente de todas, pero si a esta gracia se le añaden dones, la misma llega a ser más excelente. Como dijera el Señor Jesucristo, es *el templo el que santifica al oro*, y nunca el oro santifica el templo (Mt 23:17). De igual modo, es la gracia en Cristo Jesús la que santifica los dones, y estos dones deben adornar y convertir a sus poseedores en personas más útiles y serviciales, pues, en caso contrario, pueden tener los dones pero carecer del fruto del Espíritu.

Y de igual modo que con los extraordinarios, los que poseen dones ordinarios tampoco tienen razón para inflarse con ellos, ni para mirar por encima del hombro a los que no los poseen, ni tampoco para comparar despectivamente unos dones con otros considerando que algunos son más importantes, porque, en definitiva, es Dios quien hace la diferencia.

*El sexto principio* lo obtenemos de lo indicado en el versículo 6: ***El testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en [o entre] vosotros***. Este testimonio hace referencia al evangelio. En esta misma carta, en el capítulo 2:1, el apóstol habla del ***testimonio de Dios***, aunque en realidad se está refiriendo a la misma cosa: el primero hace referencia al gran Objeto del evangelio, y el segundo al Autor de este. Y el apóstol dice que este testimonio fue confirmado en ellos porque su predicación no fue solo ***con palabras persuasivas, sino con demostración del Espíritu y de poder*** (cap. 2:4).

Ahora bien, ¿quién hizo esa confirmación? Respondemos: La confirmación procede de Dios, tal como vimos en el segundo volumen de esta serie al comentar Romanos 16:25-27: ***Al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo [...] al único y sabio Dios...*** Esta confirmación en los corintios procedió de Dios, que fue el que obró en ellos para llevarlos a la fe y establecerlos en sus convicciones.

Por otra parte, si empleamos la traducción ***confirmado entre vosotros***, entonces se está haciendo alusión a los dones extraordinarios a los que se ha hecho referencia en el versículo anterior. Es como si dijera: «De igual modo que vuestra conversión y vuestros dones extraordinarios proceden de la gracia de Dios, también procede igualmente vuestra confirmación».

*El séptimo y último principio* lo obtenemos del versículo 7, y es el anhelo y deseo que hemos de tener todos los cristianos por la venida y la manifestación del Señor Jesucristo: ***De manera que nada os falta en ningún don, esperando ansiosamente la revelación*** [manifestación] ***de nuestro Señor Jesucristo*** (LBLA). El evangelio había sido confirmado en aquella iglesia porque no había otra tan llena de dones, y esta confirmación se manifiesta por la espera con entusiasmo del regreso del Redentor. Aquellos cristianos estaban expectantes con la segunda venida de Jesucristo, pues sabían que con ella vendría la resurrección de su pueblo y la consumación de su Reino.

Este era el sentir general de todos los primeros cristianos: ***Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida*** (2 Ti 4:8). ***El Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que***

**oye, diga: Ven [...] El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús** (Ap 22:17,20). Y este debería ser también nuestro sentir, ahora que dicha venida está dos mil años más cercana que en aquel entonces. Los dones y las virtudes que nos han sido dados no son sino **las primicias del Espíritu** (Ro 8:23), y deben llevarnos a esperar con ansia el regreso glorioso de Cristo y la entrada en la herencia que él nos tiene preparada.

## **2. MOTIVOS DE ORACIÓN**

Finalmente, y según todo lo que se ha comentado en relación con esta oración, debemos incluir los siguientes motivos en las nuestras, los cuales se encuentran en el cuadro resumen al final del libro.

No debemos olvidar dar gracias a Dios por su gracia derramada en todos sus hijos, independientemente de su condición espiritual, pues eso forma parte de su glorificación la cual pedimos. La salvación de cualquier alma trae gloria a Dios, y hemos de darle gracias por su gracia, y pedir, en su voluntad, que la derrame con mayor profusión, para gloria de su nombre.

No debemos olvidar dar gracias a Dios por todos sus hijos, por todos los que así han sido bendecidos y privilegiados, sin olvidarnos de la constancia y la obligación de tener presentes a los hermanos más débiles.

Hemos de pedir a Dios —sin olvidar que es también nuestro deber esforzarnos al máximo— las siguientes cosas:

Que nos ayude a preocuparnos más por las almas de los hermanos que por el daño que nos puedan hacer o haber hecho.

Que nos ayude a preocuparnos más por su honor y por el testimonio cristiano que por nuestro propio bien.

Que nos dé constancia en la oración.

Que nos dé humildad y fuerzas para dejar el egoísmo de cualquier clase.

Que nos dé amor, para amarnos «a pesar de...» desengaños y problemas.

Que nos dé deseos por la segunda venida del Señor Jesucristo, para que nuestras vidas estén centradas *en las cosas de arriba* (Col 3:2).

Y todo esto, acciones y peticiones, con el objetivo de que Dios sea glorificado mediante Jesucristo.

¡Qué así sea!

## ORACIÓN TRAS LA TRIBULACIÓN I DIOS Y SU MISERICORDIA

2 Corintios 1:3-5

Lectura introductoria: Lamentaciones 3:22-26

*Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad. Mi porción es Jehová, dijo mi alma; por tanto, en él esperaré. Bueno es Jehová a los que en él esperan, al alma que le busca. Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová.*

En este capítulo vamos a comenzar con el estudio de una nueva oración del apóstol Pablo que encontramos al comienzo de su segunda carta a los Corintios y a la que hemos dado el título de *Oración tras la tribulación*. En este caso, y como hemos podido comprobar en otras oraciones que ya se han analizado, el apóstol no se dirige a Dios, o habla de él, de cualquier modo, sino de una forma concreta y determinada, a saber: **Padre de misericordias y Dios de toda consolación**, y esto porque sus oraciones dependían de las circunstancias, problemas, o situaciones por las que pasaban los destinatarios, o incluso él mismo. Y así, cuando leemos en 2 Corintios 1:3-7 vemos que la oración, aunque dirigida a la misma iglesia, es muy distinta a la que hemos analizado en 1 Corintios 1:4-7 y que titulamos *Oración por los hermanos más débiles*.

*Oración tras la tribulación*, y la llamamos así porque en ella tenemos el corazón de Pablo después de haber pasado, precisamente, por tribulaciones o aflicciones. Y puesto que la oración comienza con las palabras: ***Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo***, hemos de darnos cuenta que el apóstol supo apreciar exactamente la necesidad de la tribulación y la aflicción en su vida, y, por eso, después de pasar por ella, terminó alabando y dando gracias a Dios.

*Oración tras la tribulación*, en la cual, por el título, ya podemos apreciar la importancia que debe tener para todo cristiano, pues, como dijo el propio Pablo, ***es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios*** (Hch 14:22). Si son necesarias, pues, las tribulaciones, habremos de obtener de ellas el ***bien*** (Ro 8:28) para poder dar de corazón gracias a Dios por ellas.

*Oración tras la tribulación*, ante la cual, sin más preámbulos, hacemos la lectura de la Palabra y pedimos la bendición de Dios.

***Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios. Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación*** (2 Co 1:3-5).

Oración personal a Dios.

## 1. INTRODUCCIÓN

Aquí tenemos, pues, la oración, pero para comprenderla, y al igual que en ocasiones anteriores, habremos de realizar una breve introducción a modo de reseña histórica de lo que sucedió y llevó a Pablo a orar de este modo.

Desde que escribiera su primera carta a la misma iglesia había pasado un tiempo y, como podemos comprender, en aquella época las comunicaciones eran mucho más lentas que en el día de hoy. En realidad, no se sabe con seguridad cuánto tiempo pasó desde que Pablo enviara su primera carta hasta que de nuevo volvió a tener noticias de ellos, pero, probablemente, transcurrió un año o poco más antes de que supiera que los corintios la habían recibido y los efectos que había producido en ellos. Y, mientras tanto, ¿quién puede ponderar lo que pasaba por su mente y su corazón en relación con aquellos hermanos?

La magnitud de la carga de las distintas iglesias en el corazón del apóstol la vemos reflejada en diferentes ocasiones. Así, en esta misma carta podemos leer: *Y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno?* (cap. 11:28-29). En otra indica lo siguiente: *Hijos míos, por quienes vuelvo sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros* (Gá 4:19). Y en otra: *No pudiendo soportarlo más, acordamos quedarnos solos en Atenas*; y otra vez: *No pudiendo soportar más, envié para informarme de vuestra fe*; y otra: *Porque ahora vivimos, si vosotros estáis firmes en el Señor* (1 Ts 3:1,5,8).

Por tanto, podemos entender que Pablo estuvo durante este tiempo, un año más o menos, muy preocupado por los cre-

yentes en Corinto y, por lo que podemos leer en la Palabra, aquella preocupación le había producido un estado especial de ansiedad o incluso de depresión.

Si volvemos al libro de Hechos de los Apóstoles —y como ya indicamos en otro estudio anterior—, vemos que fue desde la ciudad de Éfeso donde Pablo escribió su primera carta cuando se encontraba en su tercer viaje misionero. Allí, en los capítulos 19 y 20 de dicho libro, podemos leer acerca de su actividad en todas aquellas regiones de Asia, Macedonia y Acaya, así como de la oposición que encontró para la predicación del evangelio. Por ejemplo, puede leerse Hechos 19:1,8-10,21-22, y el alboroto que hubo después en la ciudad a causa de la diosa Diana y de los artífices plateros que veían peligrar sus ganancias (*cf.* Hch 19:23-41). Y así, con esto en mente, puede entenderse mejor lo que nos indica un poco más delante de la oración que nos ocupa.

Escribió: ***Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos; el cual nos libró, y nos libra, y en quien esperamos que aún nos libraré, de tan gran muerte (2 Co 1:8-10).*** Así que los problemas derivados de la predicación del evangelio, y la profunda preocupación que tenía por los corintios, afectaron la paz de la mente y el corazón del apóstol.

Como hemos dicho, su primera carta había sido enviada desde Éfeso, y al final de esta leemos varias cosas dentro del plan de actividades del apóstol (*cf.* 1 Co 16:5-11). Pablo quería visitarlos, pero antes quería pasar por Macedonia; y antes

de ello, tenía previsto continuar en Éfeso hasta la fiesta de Pentecostés. También, antes de escribir la carta, les había enviado a Timoteo para poner las cosas en orden (véase 1 Corintios 4:17), pero como no sabía si Timoteo había llegado ya antes que la carta, les indica en esta que obedezcan pacíficamente sus consejos.

Por tanto, Pablo estaba cargado por los problemas de la predicación del evangelio, cargado por la iglesia en Corinto, y cargado por Timoteo y por la propia carta que había escrito, de los cuales no tenía noticias. Éfeso se encontraba a unos 350 km de distancia de la ciudad de Corinto cuando el viaje se hacía en línea recta por mar, pero por tierra, que era por donde tenía previsto ir el apóstol, había casi 1000 km. Y los viajes, así como las noticias, no eran tan rápidos como el día de hoy.

Así que Pablo tenía una gran preocupación, pero como las noticias, tanto de Corinto como de Timoteo, no llegaban, envió a Tito con la misma finalidad: para que comprobara el progreso de aquellos cristianos, y para que volviera de nuevo a él informándole, de modo que, con sus noticias, pudiera planificar sus nuevos movimientos. Los intereses del evangelio en esta ciudad tan importante de Corinto, la prosperidad de la iglesia que Pablo había fundado, y el honor del nombre de Jesucristo que estaba siendo manchado, eran cosas que le preocupaban grandemente, además de otras.

Así, profundamente afectado, Pablo dejó Éfeso y llegó a **Troas** en su camino a Macedonia, donde parece que había organizado encontrarse con **Tito** y tener noticias de Corinto. Pero en esto se vio desilusionado de nuevo (2 Co 2:12-13), y no teniendo **reposo en su espíritu** siguió hacia adelante a **Macedonia**. Pero fijémonos en lo que sigue escribiendo: **Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelen-**

*cia del poder sea de Dios, y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal [...] Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas (cap. 4:7-11,16-18).*

¿Y qué le sucedió en Macedonia? Allí de nuevo la paz le fue negada porque no tuvo *reposo* en su *cuerpo*, siendo atribulado *en todo: De fuera, conflictos; de dentro, temores* (cap. 7:5). ¿Nos damos cuenta? Sin reposo en su espíritu y sin reposo en su cuerpo, totalmente atribulado. Pero fue allí más tarde, en Macedonia, cuando Dios alivió su incertidumbre con la llegada del esperado *Tito*, el cual le dio noticias muy favorables, asegurándole que su epístola había llegado y conseguido más de lo que él mismo deseaba, de modo que el apóstol fue grandemente consolado (*cf.* cap. 7:6-16).

Por tanto, finalmente, el corazón de Pablo fue confortado. Y fue cuando oyó que los corintios habían recibido sus amonestaciones con cristiana mansedumbre, que se habían arrepentido, que habían excomulgado a la persona incestuosa (*cf.* caps. 7:9; 2:6), y que la mayor parte de la asamblea había expresado su amor hacia él (*cf.* caps. 1:14; 7:7), que les en-

vió esta segunda epístola. Las noticias traídas por Tito no solamente aliviaron su mente, sino que también lo llenaron de gratitud hacia Dios. Por tanto, esta segunda carta a los corintios fue redactada en Macedonia (*cf.* cap. 9:2,4), después de salir de Éfeso (*cf.* Hch 20:1, quizá en el año 56 d. C.), cuando había pasado poco más de un año desde la redacción de la primera, y cuando ya también *Timoteo* se encontraba junto al apóstol (cap. 1:1).

Pero había otro problema que el apóstol tenía que encarar y que aparece también en esta carta. Era el del atrevimiento y la influencia de los falsos maestros, que estaban aumentando, con los cargos que esgrimían contra él y sus esfuerzos encaminados a minar su autoridad apostólica. Por eso escribe lo recogido en los capítulos 10:2 y 11:2-6,12-15, y esto explica el repentino cambio de un tema a otro y la destacable variación del tono en esta segunda epístola. Para la sección obediente de la iglesia, Pablo les escribe con sus más tiernos afectos, elogiando su arrepentimiento y asegurándoles que no los olvidaba y que nunca los olvidaría. Pero cuando se dirige a los que estaban corrompiendo la verdad entre ellos, golpea con una nota de severidad que no se encuentra en ninguna de sus otras epístolas.

Hasta aquí la reseña histórica que nos introduce en la oración que vamos a analizar, así como al resto de la carta. Después de ese año, o más, de angustia e incertidumbre, es cuando Pablo dice: *Bendito sea...*

## **2. PRINCIPIOS FUNDAMENTALES**

Pablo comienza en el versículo 3 con: *Bendito sea el Dios y Padre...* Esta es una expresión de alabanza a Dios, porque *bendito sea* significa, o es lo mismo que decir, *adorado sea*,

*alabado sea, glorificado sea*, etc. La oración está dirigida a Dios el Padre, el cual es aquí adorado bajo una triple apelación: **Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo**, **Padre de misericordias**, y **Dios de toda consolación**, cada una de las cuales, como se revela y es posible para nosotros, es en Cristo, es decir, en Cristo como Cabeza y en nosotros como elegidos de Dios en él.

Los tres títulos están muy íntimamente relacionados, y cada uno de ellos depende de los otros. El primero aparece de nuevo en la oración que encontramos en Efesios 1:3, de modo que dejaremos nuestros comentarios para este cuando llegemos a analizar dicha oración. Ahora bien, hemos de entender, que los dos siguientes se derivan del primero en forma consecutiva. Dios es el **Padre de misericordias** para su pueblo porque previamente es el Dios y Padre de la Cabeza de dicho pueblo, que es nuestro Señor Jesucristo. Y Dios es el **Dios de toda consolación** porque previamente es el Padre de misericordias y el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Vamos, pues, a considerar los principios que encontramos en la oración (al final de este volumen se presenta el resumen de los principios y motivos de esta), los cuales, para fijar las ideas, los enunciamos primero y luego los desarrollamos. Pero vamos a hacerlo de forma conjunta para los dos primeros porque ambos están relacionados.

*El primero* es recordar, de nuevo, la importancia de considerar los atributos y títulos divinos según las situaciones, y *el segundo* es pensar y tener presente que Dios se deleita en su misericordia, de modo análogo a lo que dijimos cuando analizamos Romanos 16:25, donde se explicó que Dios no solamente *puede* confirmarnos, sino que también *quiere* hacerlo.

Sabemos que toda la Escritura nos habla de la misericordia de Dios y nos indica que Dios es **grande en misericordia para con todos los que le invocan** (Sal 86:5). Una y otra vez nos encontramos con este atributo divino, pues **para siempre es su misericordia** (Sal 118:1-4; 136), y aunque es difícil distinguir entre la misericordia y la gracia de Dios, podemos indicar que la primera consiste en no dar lo que merece una condición de miseria o dolor que es consecuencia del pecado, o también en el amor o la bondad hacia aquellos que se encuentran en situaciones de necesidad (cf. Sal 103:8-18; Lc 10:33-34). Con la gracia se mira a Dios, y con la misericordia se mira la miseria del hombre, y la Biblia nos dice que la misericordia de Dios es **para con todos** (Sal 145:9), mientras que su gracia es solo para con los elegidos.

Pero Pablo no dice aquí solamente que Dios sea misericordioso, lo cual él sabía, sino que le da el título de **Padre de misericordias**, lo cual transmite más que la simple idea que podemos obtener considerando las dos palabras por separado. Efectivamente, Dios es nuestro Padre y, de igual modo, Dios es misericordioso, pero el indicar que Dios es **Padre de misericordias** nos lleva a pensar que estas misericordias salen de su Ser, de su naturaleza, como algo natural y consustancial para con sus hijos.

En hebreo se utiliza la palabra «padre» para indicar la primera causa o el origen de algo, el que inicia algo, el fundador de algo, o del que proviene algo. Así, vemos en Génesis 4:20-21 que **Jabal** es llamado **el padre de los que habitan en tiendas y crían ganados**, y **Jubal** **el padre de todos los que tocan arpa y flauta**, porque fueron los primeros, el origen de los que vinieron detrás. Por esta misma razón, Dios es llamado también el **Padre de los espíritus** (He 12:9), porque de él proceden todos, y el **Padre de las luces** (Stg 1:17) del que

*proviene toda buena dádiva y todo don perfecto [...] de lo alto.* En este último versículo hay una alusión al sol, del cual procede la luz para todos los planetas del sistema solar, y que también podría ser llamado el «*padre*» o fuente de dicha luz.

Y es con este sentido en el que Dios es designado apropiadamente como el ***Padre de misericordias***, porque Dios es una Fuente que no se agota, de la que nos llegan todas las misericordias. Dios es la Fuente de misericordias hacia sus hijos queridos, y Pablo se fija en este atributo de Dios, como también en el de la consolación, porque eran los más apropiados para la situación de angustia por la que acababa de pasar. ¡Y qué importante es también esto para nosotros, pensar en los atributos y títulos divinos que nos han sido mostrados para cada situación que pasemos en la vida! ¡Qué importante para nosotros es que Dios sea conocido por sus hijos!

Pero hemos de entender que hay algo más, o mucho más que esto. Si Dios es el ***Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo***, también es el Dios y Padre nuestro porque estamos unidos a Cristo (*cf.* Jn 20:17), de modo que sus misericordias no nos son negadas como tampoco le son negadas a su propio Hijo. Si Dios no fuera ***el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo***, ninguna de sus misericordias especiales llegaría a nosotros.

Pero además, de igual modo, hemos de entender con este título, ***Padre de misericordias***, que él no nos da las cosas de mala gana, sino que salen espontáneamente de él porque, como indica la Palabra, ***se deleita en misericordia*** (Miq 7:18), ***se complace*** en ella (LBLA).

Y vuelvo a repetir que es esencial para nuestras vidas que pensemos en estas cosas y que nos esforcemos por conocer cada vez más y más a Dios, porque eso supone la mayor bendición para nosotros.

En este caso especial del apóstol Pablo con los hermanos en Corinto vemos que, efectivamente, Dios había sido un ***Padre de misericordias***.

*En primer lugar*, fue la misericordia de Dios que llegó a Pablo —y que llega a todos sus hijos— la que movió al apóstol a tratar a aquellos hermanos de forma tan gentil y con tanto amor en su primera carta. Sin esa misericordia de Dios, que tanto necesitamos todos, la conducta de Pablo con aquellos hermanos hubiese sido muy distinta, de modo que, si vemos en nosotros mismos que nos falta misericordia, podemos y debemos acudir por ella a nuestro ***Padre de misericordias***. Porque no debemos olvidar las palabras del Señor en Mateo 5:7: ***Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia***. Y las de Santiago, cuando escribe: ***Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio*** (Stg 2:13).

*En segundo lugar*, fue la misericordia de Dios la que hizo que aquellos cristianos no fueran abandonados, y la que continúa haciendo que nosotros no lo seamos cuando pecamos una y otra vez y cuando somos sorprendidos en nuestras faltas. Es la misericordia de Dios la que nos lleva, de algún modo, a ser de nuevo exhortados y amonestados, cuando lo que merecemos es ser dejados sin remedio (es este uno de los significados de «misericordia» que antes se ha mencionado). Véase Lamentaciones 3:22.

*En tercer lugar*, fue también la misericordia de Dios la que hizo que aquellos corintios fueran convencidos por las reprensiones de Pablo. Esto también hemos de tenerlo presente: nuestra naturaleza carnal es de tal índole que aún las exhortaciones más amables de los hermanos son ignoradas por nosotros a menos que Dios, en su misericordia, las san-

tifique en nosotros. Con esto no quiero decir que no seamos responsables de nuestros actos, que no seamos responsables si rechazamos las palabras de exhortación de los hermanos, pero sí quiero indicar, una vez más, que es preciso que la misericordia de Dios actúe en nosotros, y por ello hemos de acudir una y otra vez al Padre de misericordias y pedir para que las derrame sobre nosotros. No hemos de olvidar lo que la propia Palabra nos indica: ***Contigo está el manantial de la vida; en tú luz veremos la luz*** (Sal 36:9).

*Finalmente, en cuarto lugar*, hemos de indicar que fue la misericordia de Dios la que produjo en aquellos hermanos la tristeza y el arrepentimiento, pues se nos dice que habían ***sido contristados según Dios***, y que la tristeza de ellos era ***según Dios*** (cap. 7:9-10). Fue la misericordia de Dios la que los llevó a llorar por sus propios pecados y la que los condujo a enderezar lo que estaba equivocado. Es siempre la bondad de Dios la que nos ***guía al arrepentimiento*** (Ro 2:4).

Por tanto, hermanos, cuando pidamos misericordia a Dios, debemos pensar que, si es nuestro Padre, es el ***Padre de misericordias***, y debemos acudir a él no solo para aliviar nuestro problema, sino también para poder tratar a los demás con misericordia, mostrando que somos hijos de misericordia, para no ser abandonados cuando lo merecemos ni abandonar a los que merecen serlo, para aceptar las exhortaciones de los demás, para ver nuestros errores, y para ser contristados según Dios.

Con esto terminamos el estudio por ahora, pero creo que con esto es suficiente para que meditemos con tranquilidad y demos gracias al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, también nuestro Padre, y nuestro Padre de misericordias.

¡Que a él sea la gloria y a nosotros su bendición!

## ORACIÓN TRAS LA TRIBULACIÓN II EL PRECIO DE NUESTRO CONSUELO

2 Corintios 1:3-5

Lectura introductoria: Isaías 53:5-7

*Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca.*

Una vez más damos gracias al *Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo* (Ef 1:3), que nos permite reunirnos en espíritu en torno a su Palabra y en su presencia para aprender de ella, para adorarlo, y para dirigirnos a él en oración. En el capítulo anterior comenzamos una nueva oración del apóstol Pablo que aparece en su segunda carta a los corintios y que titulamos *Oración tras la tribulación*. Hoy vamos a seguir con ella, pero antes os quiero hacer una observación.

Es interesante que nos paremos a comprobar cómo, en la mayoría de sus cartas, el apóstol, después de los prime-

ros versículos, comienza haciendo una oración a Dios o indicando a los destinatarios la oración que él hace a Dios por ellos. Excepto en la carta a los gálatas, en la primera carta a Timoteo, y en la carta a Tito, en las que, después del saludo, Pablo señala unas cuestiones o instrucciones muy concretas, en todas las demás el modo de proceder del apóstol es siempre el mismo: se presenta, manifiesta su deseo de que la gracia y la paz de Dios el Padre y del Señor Jesucristo sean con aquellos a los que escribe (a veces añade también la misericordia), y expresa su oración a Dios en cada caso.

Estas cosas pueden parecernos pequeños detalles, pero creo que en esto también debemos ser *imitadores* del apóstol (1 Co 11:1; Fil 3:17). Cuando él se dirigía a los hermanos, lo hacía presentándose y expresándoles, *en primer lugar*, sus mejores deseos de bendiciones de parte de Dios (esto en todos los casos, en todas las cartas) y, *en segundo lugar*, les indicaba su oración, en unos casos de acción de gracias por ellos, en otros de petición, etc., mostrando que los tenía siempre en su corazón, o simplemente dando gracias a Dios por ellos.

Y esto es lo que tenemos al comienzo de su segunda carta a los corintios, donde, después de su presentación y sus deseos, nos muestra la oración que consideramos. Hacemos la lectura de esta y pedimos la bendición de Dios.

***Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios.***

***Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación (2 Co 1:3-5).***

Oración personal a Dios.

## **1. PRINCIPIOS FUNDAMENTALES**

En el estudio anterior hicimos un breve repaso histórico de aquel año, o poco más, en que el apóstol, en su tercer viaje misionero, sufrió grandes tribulaciones debidas a los problemas propios de la predicación del evangelio y a los sufrimientos producidos, en esta ocasión, por la iglesia en Corinto, a la cual había escrito su primera carta y había enviado a Timoteo y a Tito, y de los cuales no tenía noticias. Al final de ese período, Pablo fue consolado grandemente, y fue entonces cuando escribió esta segunda carta y esta oración que muestra cómo el apóstol entendió que aquella tribulación fue necesaria en su vida, ya que terminó dando gracias a Dios por ella.

Y señalamos dos principios al comienzo de esta oración: la necesidad que tenemos de considerar los atributos y títulos de Dios según las situaciones, necesidad de que Dios no sea un Dios desconocido para nosotros, y la necesidad que tenemos de pensar que Dios es el Padre de misericordias, que se deleita en ellas y en impartirlas, y al cual hemos de dirigirnos no solamente para que resuelva nuestros problemas.

Así, dijimos que debíamos incluir en nuestras oraciones el pedir a Dios su misericordia para que seamos verdaderos hijos de misericordia que reflejemos el carácter de nuestro Padre; pedir a Dios su misericordia para que no abandonemos a otros cuando lo merecen, del mismo modo que Dios

no nos abandona a nosotros; pedir a Dios su misericordia para aceptar las exhortaciones de los hermanos echando fuera los impulsos de nuestra naturaleza carnal; y pedir a Dios su misericordia para que nuestro arrepentimiento tras las exhortaciones sea genuino y según Dios.

Ahora continuamos con los siguientes principios de la oración.

*El primero* que consideramos proviene de la siguiente adscripción a Dios, ya que el apóstol habla de él como el ***Dios de toda consolación***. Y lo enunciamos así: Dios es la Fuente de toda consolación, otra excelencia de la verdad y del Ser de Dios.

En aquella época, ninguno de los dioses paganos tenía esta cualidad adscrita a ellos, de modo que muchos eran representados como crueles y feroces, o como caprichosos, y con los mismos malos deseos que sus servidores. También en el día de hoy sucede con los falsos ídolos de muchos que se llaman cristianos: sus dioses, sus señores, sus vírgenes, o sus santos, son difíciles, quizás no caprichosos, pero sí imprevisibles, y hay que arrancarles sus consuelos con dineros o con promesas. Por eso, tanto antes como ahora, esos falsos dioses eran y son mirados como objetos de temor, o al menos con recelo, pues no son dignos de confianza ni dan seguridad, dejando siempre a sus seguidores llenos de dudas. Pero no es así con Aquel que es el ***Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación***.

Evidentemente, los cristianos hemos de tener un temor reverente hacia Dios por ser Dios, por la distancia que lo separa en todos los aspectos de nosotros sus criaturas. Pero, al mismo tiempo, si podemos decir que él es el Dios y Padre de *nuestro* Señor Jesucristo y Padre de misericordias, podemos

mirarlo como la Fuente de todos nuestros consuelos que nos dice lo siguiente: ***Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros*** (Is 66:13). ¡Y esta es otra tremenda revelación del carácter de Dios manifestado a sus hijos, otra tremenda promesa de Dios que podemos reclamar y poner ante su presencia con humildad! «Tú lo has dicho», debe ser la expresión confiada y reverente de aquel que puede dirigirse a Dios como el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Dios es inconcebible en majestad, en poder y en santidad. Dios es justo e infinito, pero también es infinito en ternura. Y si esto lo pensáramos más veces, seguro que tendríamos más motivos e impulsos para amarlo. Los cristianos seguimos, en multitud de ocasiones, buscando a Dios como los paganos buscan a sus ídolos: para encontrar alivio en nuestros tiempos de problemas y de dolor, pero con el sentimiento de que Dios es reacio para darnos consuelo, con la impresión de que este consuelo es algo que nos llegará si convencemos o incluso «engañamos» a Dios, con la impresión de que Dios está enfadado con sus hijos. Y no nos damos cuenta de que Dios no necesita ser comprado, y que muchas veces estamos haciendo de él un ídolo repugnante que poco tiene que ver con el verdadero Dios.

También sucede a veces que los cristianos no se acercan a Dios, sino que van a otras personas para contarles sus problemas con el fin de que ellas los consuelen en su dolor. Y no es que esto sea malo, pues debemos apoyarnos en los hermanos que nos pueden ayudar a sobrellevar nuestras ***cargas*** (Gá 6:2), pero tendríamos que pensar más que Dios es para sus hijos el ***Dios de toda consolación***, la Fuente de ellas, que *desea* consolarnos, y que *se glorifica* y *es glorificado* en nosotros cuando somos consolados por él.

Por tanto, como hemos dicho tantas veces, es la búsqueda de la gloria de Dios lo que trae la mayor bendición a nuestras vidas, y hemos de aprender a orar y a pedir sus consolaciones no tanto para nuestra propia tranquilidad sino para que Dios sea glorificado.

Ahora bien, este consuelo que procede de Dios tampoco hemos de entenderlo como un derecho, pues, como hemos visto, el propio Dios dejó a Pablo un tiempo en sus aflicciones. Lo que quiero decir es que hemos de tener presente este atributo del Ser de Dios, y hemos de acudir a él humildemente en busca de consuelo cada vez que lo necesitemos, con el objetivo de que él sea glorificado, y sabiendo que ese consuelo puede retardarse, no porque Dios sea reacio o necesite una promesa, sino porque hemos de aprender otras cosas durante el tiempo de aflicción. Sus palabras en este sentido son de tremendo consuelo cuando otro consuelo esperado no llega: *¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti* (Is 49:15).

En nuestro idioma, la palabra «consuelo», o «consolación», ha perdido parte de su significado original, de modo que se entiende por ella el descanso o alivio de una pena, o de una molestia o fatiga que nos aflige u oprime nuestro ánimo. En cambio, la palabra usada en griego es *parakleseos*, que significa literalmente «al lado de uno llamado», o «llamar al lado de uno», y es la misma que se usa para designar al Espíritu Santo, el *otro Consolador* que el Señor Jesucristo prometió (Jn 14:16). La palabra en castellano proviene de un término latino que es *consolare*, consolar, pero se ajusta más al significado griego la palabra confortar, que también proviene de las palabras latinas *con fortis*, y que significa confrontar juntos, o hacerlo con fuerza y con resistencia.

Por tanto, lo que hemos de entender aquí por el **Dios de toda consolación** y el modo en que hemos de mirar a este Dios, no es solamente como la Fuente de la que procede nuestra calma o tranquilidad, sino también aquella de la que procede nuestra fuerza para soportar bajo las pruebas. Si él ha prometido estar con nosotros en medio de estas, no somos fuertes en nuestra fuerza, sino en la suya. Recordemos las palabras del propio Pablo cuando dice: **Todo lo puedo en Cristo que me fortalece** (Fil 4:13); o las que nos dirige en Efesios 6:10: **Fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza**; o las que Dios mismo pronunció a Josué cuando le dijo: **Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en donde quiera que vayas** (Jos 1:9); o las de los levitas al pueblo en época de Nehemías: **El gozo de [o «en»] Jehová es vuestra fuerza** (Neh 8:10).

En definitiva, lo que se nos indica es que las consolaciones divinas son las consecuencias de las misericordias de Dios, que a su vez es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, de modo que todas ellas provienen de esa Fuente, el **Dios de toda consolación**. Y estas consolaciones tienen un sentido más bajo, que es el del natural refrigerio que podemos obtener de Dios, y un sentido más alto, que hace referencia a soportar bajo las pruebas. El consuelo de Dios es, por tanto, no solo la paz y el descanso, sino también el fortalecimiento divino de nuestra mente cuando hay un peligro de que nuestro ser llegue a estar angustiado por el miedo o la tristeza.

En esta misma carta, en el capítulo 4:7-9, puede observarse que el apóstol habla de tribulaciones, pero no de angustias; de apuros, pero no de desesperación; de persecuciones, pero no de desamparos; y de caídas, pero sin llegar a la destrucción. Este es el sentido de las consolaciones de Dios.

No vamos a detenernos ahora para explicar con detalle el significado de estas palabras, pero son las mismas —**tribulación y angustia**—, que usa el apóstol en Romanos 2:9 cuando habla del destino de los injustos. La primera tiene el sentido de ser golpeados o afligidos, pero la segunda denota una acción extrema de estrechez (de ella derivan nuestras palabras angosto, anginas, etc.) que, según hemos leído, Dios evita a sus hijos.

Y como el apóstol es consciente de esto, es por lo que también indica: ***Para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros***, pues ***tenemos este tesoro en vasos de barro***. Y es en este sentido en el que el salmista exclama también acerca de la propia Palabra que Dios nos da y en la que esperamos: ***Ella es mi consuelo en mi aflicción, porque tu dicho me ha vivificado*** (Sal 119:50).

Por tanto, hemos de entender que los consuelos de Dios pueden llegarnos por distintos caminos, y pueden servir para darnos paz, y/o para darnos fuerzas durante las aflicciones. Unas veces será el propio Dios en la persona del Espíritu Santo quien nos consuele: ***Yo, yo soy vuestro consolador. ¿Quién eres tú para que tengas temor del hombre, que es mortal, y del hijo de hombre, que es como heno?*** (Is 51:12); otras, serán los propios hermanos que Dios usa para esta tarea: ***Pero Dios, que consuela a los humildes, nos consoló con la venida de Tito*** (2 Co 7:6); otras, su propia Palabra: ***Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza*** (Ro 15:4). Pero, en todos los casos, las consolaciones provienen del ***Dios de toda consolación***.

Y vuelvo a repetir que esto es posible solo cuando podemos decir que Dios es el Padre de ***nuestro*** (no mío, sino mío y de mis hermanos) Señor Jesucristo.

Ahora bien, al hablar del Señor Jesucristo hemos de introducir el *segundo principio* que vamos a considerar en este capítulo, y es el siguiente: Solo a Cristo, de entre los hijos de Dios, le fue negada la misericordia y la consolación. Y este pensamiento y afirmación de la Escritura es tremendo. Si nos fijamos en las dos adscripciones realizadas a Dios, en los dos atributos de Dios, ***Padre de misericordias y Dios de toda consolación***, hemos de pensar en la solemnidad de que, precisamente en estos atributos, Cristo fuera abandonado por el Padre. Dios no niega la misericordia y la consolación a ninguno de sus hijos obedientes; a ninguno, excepto a Cristo. Y aquí podíamos decir con los salmistas: *Selah*, esto es, *párate a pensar*. Y con Pablo, el propio Pablo que tanto habla en esta carta de tribulaciones: ***El amor de Cristo nos constriñe*** (cap. 5:14). Y quizá todo el que lee debería pararse a meditar aquí ante Dios durante un tiempo antes de continuar.

Cuando Cristo se presenta ante Dios con nuestro pecado y es mirado por ***el Juez de toda la tierra*** (Gn 18:25), por ***el Juez de toda carne*** (Jer 25:31), no como su Hijo Unigénito sino como nuestro Fiador, Dios lo trata con una severidad santa y con una justicia inflexible. De ahí las palabras del profeta Zacarías: ***Levántate, oh espada, contra el pastor, y contra el hombre compañero mío, dice Jehová de los ejércitos. Hierre al pastor, y serán dispersadas las ovejas*** (Zac 13:7).

Cuando el profeta Isaías dice que Cristo ***no abrió su boca*** (Is 53:7), hace referencia a su actitud ante todas las indignidades, provocaciones y maltratos de los hombres. Pero cuando el Padre de misericordias retiró de él la luz de su rostro, cuando su misericordia fue retenida y sus consolaciones apartadas, Cristo abrió su boca y pronunció aquellas lastimeras palabras: ***Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desam-***

**parado?** (Mat 27:46; **abandonado:** LBLA). No hubo misericordia para él ni tampoco consolación en aquellas tres horas de tinieblas. La Fuente, entonces, quedó cegada para él. Cristo estuvo sin misericordia porque Dios le dio lo que merecían nuestros pecados, y estuvo sin consolación, sin la paz ni la fuerza del Espíritu Santo a su lado para sostenerlo. Esto, desde luego, es un misterio insondable, pero más aún que aquello fuera por ti y por mí.

Y es justamente por la ausencia de estas virtudes de Dios al no apoyar al Salvador en la Cruz, como el propio Cristo hace posible que lleguen a nosotros. Esta es la sabiduría de Dios, el **único sabio Dios** (Ro 16:27; 1 Ti 1:17; Jud 1:25), y debemos recordar siempre que si hoy nuestra copa es dulce, se debe a que la suya fue muy amarga; que Dios es para nosotros Padre de misericordias y Dios de toda consolación, porque no lo fue para su propio Hijo cuando era Fiador nuestro; que podemos tener comunión con Dios porque el propio Dios la rompió con su Hijo; y que podemos tener luz y paz en todas nuestras horas de aflicción porque Cristo pasó por aquellas terribles horas de oscuridad y de angustia. Por tanto: ***Al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre, amén.***

Estos son los principios: Dios es la Fuente de toda consolación, y a Cristo le fue negada la misericordia y la consolación de Dios.

El siguiente, *el tercero*, lo podemos enunciar así: Las pruebas son necesarias para conocer a Dios de una forma práctica y experimental. Pasemos, pues, a explicarlo.

En el siguiente versículo de la oración que estamos considerando, el 4, podemos leer: ***El cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones...*** La referencia inmediata de este pasaje tiene que ver con las experiencias por las que Pablo ha-

bía pasado recientemente. Él podía personalmente adorar a Dios como el **Padre de misericordias y Dios de toda consolación** porque así lo había experimentado. Dios había confortado y sostenido a Pablo en todos sus problemas, y ahora el apóstol puede decir lo que vemos en esta misma carta: **Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas** (2 Corintios 4:16-18; véase Romanos 5:3-5).

Cabe resaltar la diferencia entre estos versículos y aquellos otros en que nos ocupamos en 1 Corintios 1:4-7. Allí, el apóstol daba gracias a Dios por los dones de los corintios, pero no podía regocijarse por sus conductas. Pero ahora adora a Dios porque se da cuenta que su gracia hace que **todas las cosas** cooperen para el **bien** de su pueblo, de modo que las dificultades más grandes son transformadas en provecho propio (Ro 8:28). Allí, Pablo se dirigió a Dios para dar gracias como a **mi Dios**, pero ahora lo adora como **Padre de misericordias y Dios de toda consolación**. Y es que solamente pasando por el fuego o casi por **la inundación de muchas aguas** (Sal 32:6) es como podemos tener un conocimiento experimental más completo del Dios que nos dice: **Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti. Porque yo Jehová, Dios tuyo, el Santo de Israel, soy tu Salvador** (Is 43:2-3).

Muchas veces podemos hacernos la pregunta: ¿Está **Dios con nosotros**, es verdaderamente **Emanuel**? (Mt 1:23). Pero

solo hay una forma de comprobarlo, de comprobar su fidelidad y el cumplimiento de su Palabra, de estar más íntimamente familiarizados con él, y esta es en medio de las pruebas. Y es que Dios, si es nuestro Padre, ¿se alejará más de nosotros cuando más lo necesitemos, siendo como es **Padre de misericordias y Dios de toda consolación?**

**El cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones.** El alma está más capacitada para recibir el consuelo divino durante un período de prueba, porque entonces las cosas temporales y los deseos de este mundo pierden su encanto. En las circunstancias normales de la vida, no apreciamos ni las misericordias ni las consolaciones de Dios, pero sí nos percatamos de ellas y las valoramos grandemente cuando estamos en medio de las pruebas. Además, como sucede en la vida normal entre padres e hijos, el Señor manifiesta más ternura a su pueblo en tales ocasiones: ***Sí sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros*** (1 P 4:14).

Por tanto, hemos de entender que Dios tiene varios propósitos al hacer pasar a su pueblo por tribulaciones y al sustentarlo en medio de ellas. *En primer lugar*, es para su crecimiento; *en segundo lugar*, es para un mayor descubrimiento y revelación de Dios mismo a ellos; y, *en tercer lugar*, es para que ellos aprendan la suficiencia de su gracia. Y si alguien objeta: «¿No sería mejor no tener que pasar por las pruebas, que pasar y ser sustentados por Dios en ellas?», la respuesta es que no, pues, en el primer caso, tendríamos un Dios desconocido al que no podríamos glorificar.

Esto no quiere decir que pidamos a Dios que nos haga pasar por tribulaciones y aflicciones, pero cuando estemos en ellas, no olvidemos que también son para nuestro bien, para nuestro crecimiento, y para un mayor conocimiento experi-

mental del propio Dios. Para que después de las mismas podamos unirnos al apóstol en adoración y alabanza diciendo: ***Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones.***

Aprendamos, pues, a orar buscando la gloria de Dios en nuestros consuelos, y teniendo presente, hermanos, que podemos ser consolados por Dios porque nuestro Señor Jesucristo fue desamparado. Y esperemos con paciencia la llegada de dichos consuelos sabiendo que, mientras esto sucede, las aflicciones y tribulaciones son para nuestro bien y redundarán en un mayor conocimiento de Dios y de su gracia, así como en un mayor deseo nuestro de glorificarlo. ¡Que así sea!

6

**ORACIÓN TRAS LA TRIBULACIÓN III  
UNA FINALIDAD DE NUESTRO CONSUELO**

**2 Corintios 1:3-5**

**Lectura introductoria: Salmo 86:14-17**

*Oh Dios, los soberbios se levantaron contra mí,  
Y conspiración de violentos ha buscado mi vida,  
Y no te pusieron delante de sí.  
Mas tú, Señor, Dios misericordioso y clemente,  
Lento para la ira, y grande en misericordia y verdad,  
Mírame, y ten misericordia de mí;  
Da tu poder a tu siervo,  
Y guarda al hijo de tu sierva.  
Haz conmigo señal para bien,  
Y véanla los que me aborrecen, y sean avergonzados;  
Porque tú, Jehová, me ayudaste y me consolaste.*

Al continuar nuestro estudio debemos hacerlo sabiendo que ahora, en este momento de lectura, también nos encontramos en la presencia de *Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos*: el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, y debemos hacerlo con la intención de conocerle cada vez más y poder unirnos al apóstol cuando exclama: *A él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén* (Ef 3:20-21). Y no solo ahora, si-

no que siempre en todo y con todo, debemos saber que estamos en la presencia de Dios y debemos estarlo en una actitud de verdadera adoración.

Así que continuamos con la que hemos llamado *Oración tras la tribulación*, en la cual ya hemos visto varios principios fundamentales, de los que solo vamos a recordar uno, tras una breve observación.

Hablamos del consuelo de Dios en las aflicciones, del consuelo en el que él se deleita, aunque no siempre lo otorga en la forma y el tiempo que deseamos, y el consuelo que buscamos y pedimos para su gloria. Pero hemos de tener presente que también en este asunto ***Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará*** (Gá 6:7). Nadie puede, mintiendo, acercarse a Dios en busca de consuelo diciendo que lo hace para que él sea glorificado, cuando no le interesa esa gloria de Dios en otros momentos. Si es así, Dios podría decir a esa persona: «¿No te interesa glorificarme con el tiempo que te doy, con el dinero que te doy, con la salud que te doy, con los dones, y otras cosas que te doy?; ¿no te interesa glorificarme tomando tu cruz cada día, negándote a ti mismo, sirviéndome a mí y a los demás?; ¿es cierto que buscas consuelo para glorificarme?».

Esta es la observación preliminar, y en cuanto al principio a tener siempre presente es aquel que enunciamos diciendo que «de entre todos los hijos de Dios, solo a Cristo le fue negada la misericordia y la consolación».

Y ahora, con ambas cosas en mente, hacemos la lectura de la Palabra, pedimos la bendición de Dios, y continuamos con nuestro estudio.

***Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que po-***

*damos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios. Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación* (2 Co 1:3-5).

Oración personal a Dios.

## 1. PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

El *primer principio* en el estudio lo obtenemos de la segunda parte del versículo 4. Si bien se nos dice que Dios *nos consuela en todas nuestras tribulaciones*, también se añade su propósito en ello, pues es *para que podamos también nosotros consolar...* Y es fácil de enunciar: Los favores que Dios nos otorga están destinados a ser útiles a otras personas.

Como también sucede con los dones, o con cualesquiera de los múltiples beneficios y virtudes que Dios derrama sobre nosotros —que no son para que los guardemos, los escondamos o los enterremos hasta que el Señor venga—, así sus misericordias y consolaciones han de ser usadas en beneficio de los demás. Si en algún momento Dios ha sido una ayuda en mi tribulación, es para mí un privilegio, pero también una obligación, testificar a mis hermanos cuando están pasando por tribulaciones para que pongan sus ojos en el propio Dios. Si en algún momento he sido capacitado por el poder del Señor para superar las tentaciones, o he encontrado un apoyo real en las promesas divinas, o ha llegado a mí su paz, a pesar y en medio de la tribulación, tengo el privilegio y la obligación de ayudar a mis hermanos en sus aflicciones.

En definitiva, que somos consolados por Dios no para que el curso del río se pare en nosotros y desaparezca bajo tierra, sino para que siga fluyendo a través y por medio de nosotros hacia los demás.

Por tanto, y en este sentido, el mejor lugar de entrenamiento para nuestro crecimiento no es en un lecho de rosas, sino en la escuela de la adversidad, pues hay muchas lecciones espirituales que solamente pueden entenderse en el horno de la aflicción. Esto es fundamental, sobre todo, para aquellos que quieren ser pastores o dirigentes de las iglesias, pues —como dijo Lutero— el pastor se forja y se forma en la oración y en la meditación, en la aflicción, y en la tentación. No es solo cuestión de estudio.

Así que hemos de aprender a dejar el egoísmo innato, y saber que de igual modo que nos gusta que nos consuelen, se acuerden de nosotros, y nos entiendan cuando estamos en aflicción, así también les gusta y lo necesitan los demás, a los cuales solo podemos entender completamente en su dolor y su problema si hemos pasado por circunstancias idénticas. Por eso, forma parte de nuestro crecimiento en el Señor el ser atribulados, porque crecemos, conocemos más a Dios experimentalmente, y porque tras nosotros vienen otras generaciones que necesitan de nuestro consuelo y experiencia.

A ninguno de nosotros nos gusta pasar por una depresión, por ejemplo, o estar junto a una persona que pasa por una depresión, ¡pero qué importante es pasar por esa prueba para poder entender a otros cuando se encuentran en la misma situación! A los israelitas se les recordó esto cuando iban por el desierto. Se les dijo: ***Y no angustiarás al extranjero; porque vosotros sabéis cómo es el alma del extranjero, ya que extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto*** (Éxodo 23:9; véase Hebreos 5:1-2).

Y no quiero detenerme más en este principio, pero sí que hemos de tener presente que a veces juzgamos a los hermanos porque no somos capaces de ponernos en sus situaciones, bien porque nunca hemos pasado por otras similares, o bien porque no recordamos cómo actuábamos y nos sentíamos nosotros cuando estuvimos en situaciones parecidas. Debemos ser verdaderos hijos de misericordia y de consolación, y ser conocidos por ello, como lo fue *José, a quien los apóstoles pusieron por sobrenombre Bernabé (que traducido es, Hijo de consolación)* (Hch 4:36).

Así sucedió también con el apóstol Pablo. Dios lo hizo pasar por aflicciones con el fin, entre otros, de capacitarlo para poder consolar a otros afligidos del alma. Algunas de sus múltiples aflicciones podemos leerlas en los capítulos 6 y 11 de esta misma carta segunda a los corintios, de las cuales cito algunas. Él escribió: *Son ministros de Cristo? (Como si estuviera loco hablo.) Yo más; en trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náutico en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno?* (cap. 11:23-29). Pero fue tan maravillosamente sostenido en

ellas por Dios, que dice: ***Lleno estoy de consolación; sobrea-bundo de gozo en todas nuestras tribulaciones*** (cap. 7:4).

Por tanto, Dios nos consuela aquietando las tormentas de nuestras mentes, sanando los dolores de nuestros corazones, llenando el alma de paz y gozo en el creer... pero lo hace, además de para lo que se indicó en el capítulo anterior, también para que podamos ser los consoladores de otros.

Y si alguien aún sigue pensando que lo mejor es no pasar por tribulaciones, aunque eso implique un desconocimiento real de Dios y una falta de crecimiento espiritual y de capacitación para ayudar a otros, el siguiente principio en que nos vamos a detener espero que anule dichos pensamientos. Este *segundo principio* lo encontramos poniendo los ojos en el Señor Jesucristo, algo que se nos ordena hacer (cf. He 12:1-4), y hacer también en esta faceta, pues también aquí el propio Cristo nos da ejemplo.

En la carta a los hebreos podemos leer lo siguiente acerca de él: ***Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote [...] pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados*** (He 2:17-18). Estas palabras dejan claro, al igual que las que tenemos en Hebreos 5:8-10, que Cristo hubo de ser perfeccionado en su carácter para servir en su oficio de Sumo Sacerdote. Él tuvo primero que conocer lo que era el juicio y la pena, y por eso se nos indica que ***no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades***, y se nos insta a acercarnos ***confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro*** (He 4:15-16).

Este carácter *misericordioso* de nuestro Sumo Sacerdote habla de su capacidad para compadecerse de las miserias

de su pueblo, no dándonos lo que nuestros pecados merecen, y cuidándonos, sosteniéndonos y aliviando nuestras penas cuando pasamos por tribulaciones. Desde luego que, como Dios, el Hijo es misericordioso, pero ahora, si podemos decirlo así, también posee la misericordia en su naturaleza humana cuando puede recordar las tentaciones y sufrimientos por los que pasó. En esta carta, el autor se refiere al ejercicio de la misericordia en su trabajo como Sumo Sacerdote debido a lo que fue ejercitado en las aflicciones aquí en la tierra.

Y, si nos fijamos, no solamente se habla de misericordia, sino también de fidelidad —*misericordioso y fiel* (He 2:17)—, fidelidad en su cuidado constante y fidelidad en su atención a las necesidades de su pueblo, que es tan débil y lloroso. Cristo está lleno de compasión hacia su pueblo, y está listo siempre para soportarlo, para sostenerlo, para fortalecerlo, y para animarlo. Todo esto comprende la misericordia y la consolación: *Padeció siendo tentado, y es poderoso para socorrer a los que son tentados.*

Cristo ha pisado nuestra misma senda, el mismo camino que su pueblo sufriente y, por tanto, está cualificado para entender nuestras aflicciones. Hemos de dar gracias a Dios que no son los ángeles —que nunca experimentaron la pobreza o el dolor— los encargados de consolarnos, sino el mismo Cristo que conoció lo que era la debilidad, el cansancio (*cf.* Jn 4:6), el odio y la persecución de sus enemigos, la incompreensión de muchos, e incluso el abandono de los que estaban más cerca de él. Cristo sufrió las punzadas del hambre, no tuvo donde reclinar su cabeza, encontró afrentas y oprobios, y sufrió la contradicción de pecadores contra él mismo. Por tanto, ¡hemos de admirar lo bien equipado que está Cristo para empatizar con su pueblo! No somos consolados

por los ángeles, ni tampoco Cristo los socorre a ellos, sino **a la descendencia de Abraham** (He 2:16,10).

Debemos reflexionar en algunos pasajes del Antiguo Testamento, sobre todo en algunos salmos, tal como el Salmo 69:1-4, para poder apreciar las pruebas por las que Cristo pasó y para poder acercarnos a él con confianza sabiendo que está capacitado para entendernos en todo momento. Como Matthew Henry dice: «El recuerdo de sus *propias* penas y tentaciones hace que él sea consciente de las pruebas de su pueblo, y esté listo para ayudarlos». Hemos de pensar que el mismo corazón que compartió el dolor de María y de Marta por la muerte de Lázaro sigue compartiendo hoy el dolor de su pueblo. Cristo no es como muchos que, cuando son encumbrados o exaltados, se olvidan de los que aún se encuentran en la misma situación en que ellos se encontraban. Cristo ha sido exaltado a los cielos, pero **Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos** (He 13:8).

Cristo, a pesar de estar tan por encima de nosotros, es uno con nosotros en todo, excepto en nuestros pecados; y con respecto a ellos, él es nuestro **abogado [...] para con el Padre** (1 Jn 2:1). Nosotros también seremos probados en muchos modos, pero hay Uno que nos consuela, Uno que fue afligido en todas nuestras aflicciones y que puede ayudarnos en **nuestras enfermedades** (Is 53:4). ¡Este es nuestro Salvador: Dios todopoderoso, Hombre todo lleno de ternura!, pero no olvidemos que dijo: **El escarnio ha quebrantado mi corazón, y estoy acongojado. Esperé quien se compadeciese de mí, y no lo hubo; y consoladores, y ninguno hallé. Me pusieron además hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre** (Sal 69:20-21).

Ahora, aunque somos reacios a dejar este asunto de Cristo nuestro Señor, debemos continuar, y el *tercer principio* que

encontramos podemos enunciarlo así según la primera parte del versículo 5: A la vista de todo lo anterior, los cristianos debemos esperar sufrimientos en este mundo. Los cristianos no debemos esperar estar libres de sufrimientos, pues la fidelidad a Cristo, en vez de eliminarlos, más bien los intensifica (cf. Mt 5:10-12), y estamos llamados a ser **hechos conforme a su imagen** también en los sufrimientos (Ro 8:29).

Y los predicadores tenemos la obligación de recalcar esto.

Es verdad que hay paz y gozo para aquellos que toman el yugo de Cristo sobre ellos, una paz y un gozo que el mundo no conoce, pero también es cierto que todo cristiano está llamado a sufrir **penalidades como buen soldado de Jesucristo** (2 Ti 2:3). (Véase también lo que indica el apóstol a Timoteo en esta misma carta en los capítulos 1:8,12; 2:9; 3:12; 4:5).

**Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios** (Hch 14:22), y no podemos olvidar las palabras del propio Señor en Lucas 14:28-31, que nos indican la necesidad de sentarnos primero y calcular los gastos que supone ser cristianos. El Señor nos advierte, nos previene y, por tanto, como dice el apóstol Pedro, no podemos sorprendernos **del fuego de prueba** que nos sobrevenga, **como si alguna cosa extraña nos aconteciese**. Antes bien, debemos gozarnos si somos **participantes de los padecimientos de Cristo** (1 P 4:12-19).

La palabra que se traduce en 2 Corintios 1:5 como **aflicciones** es también la palabra **padecimientos**, o **sufrimientos**, **de Cristo**. ¿Y cómo es que se nos dice que abundan en nosotros estos sufrimientos de Cristo?; ¿a qué se hace referencia?

Evidentemente, a los mismos sufrimientos por los que él pasó, a la misma clase de cosas que él experimentó a mano de los hombres, aunque rara vez serán en el mismo grado. Si estamos llamados a ser semejantes a Cristo, también hemos

de serlo en este aspecto (cf. Fil 3:10), y hemos de ver estos sufrimientos como algo que se nos ha **concedido**, como un privilegio, para soportarlos voluntariamente (Fil 1:29-30). Si Cristo fue despreciado y rechazado por el mundo y nosotros vamos a Cristo, es inevitable que llevemos **su vituperio** (He 13:12-14). De igual modo, participamos también de los sufrimientos de Cristo por su Iglesia, porque esto forma parte también de nuestra semejanza a él. Y es por esto por lo que el propio Pablo escribe lo siguiente en otra de sus cartas: ***Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia [...] Porque quiero que sepáis cuán gran lucha sostengo por vosotros, y por los que están en Laodicea, y por todos los que nunca han visto mi rostro; para que sean consolados sus corazones...*** (Col 1:24;2:1-2).

El siguiente principio, *el cuarto*, relacionado con este anterior, no haría falta ni siquiera indicarlo, y es que los sufrimientos no hay que buscarlos, pero tampoco hay que intentar escapar de ellos siendo infieles al Señor. Algunos cristianos, debido a su necedad, a su fanatismo, a su soberbia, o a otras cosas, se exponen a sí mismos a sufrimientos, pero Cristo no es glorificado por ellos en este modo. Esto es una forma incorrecta de proceder. Pero aún hay otra más frecuente en nuestros días, que es el espíritu que mira escapar de los sufrimientos de Cristo aun al precio de la propia infidelidad hacia él. Y hemos de analizarnos también para no caer en ninguno de estos extremos cuando a ello seamos tentados, como lo fue Nehemías, en cuyo libro puede leerse: ***Vine luego a casa de Semaías [...] porque él estaba encerrado; el cual me dijo: Reunámonos en la casa de Dios, dentro del templo, y cerremos las puertas del templo, porque vienen para***

*matarte; sí, esta noche vendrán a matarte. Entonces dije: ¿Un hombre como yo ha de huir? ¿Y quién, que fuera como yo, entraría al templo para salvarse la vida? No entraré. Y entendí que Dios no lo había enviado, sino que hablaba aquella profecía contra mí porque [...] lo habían sobornado. Porque fue sobornado para hacerme temer así, y que pecase, y les sirviera de mal nombre con que fuera yo infamado (Neh 6:10-13).*

Y el quinto y último principio lo enunciamos así: El cristiano está unido a Cristo en los sufrimientos, pero también en las consolaciones del propio Cristo. El versículo 5 provee, en realidad, una confirmación del anterior en el que hablábamos de la obligación que tenemos de consolar a los demás. *Estamos capacitados* para poder consolar a otros porque nuestras consolaciones por Cristo son iguales a nuestros sufrimientos por Cristo: *Así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación.*

Pablo pasó ese tiempo de, aproximadamente, un año de tribulaciones a causa de Cristo y del evangelio, y por eso podía decir que en ellas estaba lleno de consolación y sobreabundaba de gozo también por el propio Cristo.

Fijémonos, si comparamos este versículo 5 con el anterior, en que se indica: *Somos consolados por Dios, y abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación.* Eso puede entenderse de dos maneras, y las dos están de acuerdo con las Escrituras. *La primera*, porque nos muestra la divinidad de Cristo, el que es Uno con el Padre y el Espíritu Santo, y así las consolaciones vienen por igual de Dios y de Cristo y del Espíritu. *La segunda*, porque nos muestra la necesidad de la mediación de Cristo, sin la cual ninguna consolación de Dios podría llegar hasta nosotros: Dios la fuente y Cristo el canal por el que fluyen las bendiciones traídas por el Espíritu Santo.

Podemos decir que tenemos aquí una rica compensación. Si debido a nuestra unión con Cristo abundan en nosotros los sufrimientos por su causa, si esta unión es la fuente de nuestros problemas, también es la fuente de nuestra consolación (cf. Jn 16:33). Y algún día será también la fuente de nuestra glorificación: ***Si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados*** (Ro 8:17). ***Si somos muertos con él, también viviremos con él; Si sufrimos*** [con él y por él], ***también reinaremos con él*** (2 Ti 2:11-12).

Lo podemos decir de otro modo: hay una proporción entre los sufrimientos de Cristo y las consolaciones de Cristo, y si queremos más de estas últimas, debemos tener más de los primeros. Cuanto más nos frunza el ceño el mundo por su causa, más gozaremos de su sonrisa; si las consolaciones materiales nos son quitadas, él nos dará las espirituales; si nuestros cuerpos son puestos en prisión, nuestras almas subirán más hacia el Cielo; si por él somos llevados a nuestras Maras, él también proveerá ***un árbol*** que endulzará cada una de nuestras ***aguas amargas*** (Éx 15:23-26).

## 2. MOTIVOS DE ORACIÓN

Finalmente, y según todo lo que se ha comentado en relación con esta oración, debemos incluir los siguientes motivos en las nuestras, los cuales se encuentran en el cuadro resumen al final del libro.

Debemos dirigirnos a Dios como al ***Padre de misericordias y Dios de toda consolación***, en las tribulaciones nuestras y en las de los hermanos.

Debemos pedir a Dios y esforzarnos por ser hijos de misericordia y consolación, para no abandonar a los que merecen serlo, para aceptar las exhortaciones, para ver nuestros errores y para ser contristados según Dios.

Pedir a Dios —sin olvidar que también es nuestro deber hacerlo— que nos haga estar atentos a las tribulaciones de los hermanos con el fin de poder consolarlos.

Pedir a Dios que nuestras tribulaciones y consuelos sirvan para conocerle mejor y para consolación y salvación de otros.

Finalmente, orar y pedir a Dios misericordia y consuelo para poder así glorificarle.

¡Que sea nuestro el empeño, y él añada su bendición!

## ORACIÓN EN LA AFLICCIÓN I EL PELIGRO DEL ORGULLO

2 Corintios 12:7-10

Lectura introductoria: 2 Crónicas 26:14-16

*Y Uzías preparó para todo el ejército escudos, lanzas, yelmos, coseletes, arcos, y hondas para tirar piedras. E hizo en Jerusalén máquinas inventadas por ingenieros, para que estuviesen en las torres y en los baluartes, para arrojar saetas y grandes piedras. Y su fama se extendió lejos, porque fue ayudado maravillosamente, hasta hacerse poderoso. Mas cuando ya era fuerte, su corazón se enaltecó para su ruina; porque se rebeló contra Jehová su Dios, entrando en el templo de Jehová para quemar incienso en el altar del incienso.*

Al seguir avanzando en el estudio de las oraciones de Pablo por los creyentes en Corinto, llegamos a otra en el capítulo 12 de su segunda carta a la que hemos dado el título de *Oración en la aflicción*. Y ya veremos el porqué de este.

Mientras tanto, si nos paramos a pensar un poco, el tiempo pasa muy rápido, y si no fuera por la bendita esperanza y seguridad que Dios ha puesto en nuestros corazones de que algún día estaremos en su presencia, y de que entonces conoceremos *como* fuimos *conocidos* (1 Co 13:12), nuestra petición a Dios debería ser que nos dejara aquí muchos años

para tener más tiempo para conocerle por medio de su Palabra. Pero no es necesario que pidamos esto, pues cuando estemos con él no habrá más necesidad de luz; entonces seremos iluminados por su gloria, **la gloria de Dios, y el Cordero** será nuestra **lumbrera** (Ap 21:23).

Por tanto, en su presencia tendremos una revelación y un conocimiento mucho más completos, y esperamos y anhelamos que llegue ese día, pero mientras que estemos en esta vida, nuestro deseo y esfuerzo tienen que estar dirigidos para llegar a decir con el profeta: **Conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová** (Os 6:3). Y es con esta intención con la que vamos a comenzar este nuevo estudio: *Oración en la aflicción*.

Leemos la Palabra y pedimos la bendición de Dios, que **el Padre de gloria nos dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de nuestro entendimiento** (Ef 1:17-18).

***Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un agujijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte*** (2 Co 12:7-10).

Oración personal a Dios.

## 1. INTRODUCCIÓN

Como hemos hecho en los estudios anteriores es conveniente considerar, en primer lugar, la ocasión o las circunstancias que condujeron al apóstol a hacer esta oración. Y en este caso, dichas circunstancias las encontramos en el contexto inmediato.

Debemos recordar que, cuando hicimos la introducción a la oración que se encuentra en el capítulo 1 de esta carta, hablamos de que en la iglesia de Corinto había dos grupos claramente diferenciados: el que podemos llamar la sección obediente en ella, a la cual el apóstol expresa su amor (*cf.* caps. 4:15;12:15), y elogia por su arrepentimiento y cambio de conducta (*cf.* cap. 7:9), y el grupo compuesto por aquellos otros falsos maestros y seguidores, que estaban corrompiendo la verdad y a los que el apóstol les dirigió unas palabras tremendamente duras (*cf.* cap. 11:13-15).

Existía, pues, en aquella iglesia, el peligro de que los creyentes se desviaran de las sanas enseñanzas de Pablo, perderían la confianza en este, y, prestando atención a las declaraciones falsas de los enemigos de Cristo, empezaran a andar por caminos equivocados. Y como esta era la situación, Pablo se vio obligado a *realizar una desagradable tarea para él*, como fue la de vindicarse a sí mismo, presentando sus credenciales y la base para reclamar su autoridad espiritual sobre ellos y su poder como apóstol.

Contrariamente a lo que sucede con la mayoría de las personas, cristianos incluidos, que se enorgullecen por sus logros, por sus dones, por sus títulos, o por multitud de cosas, para Pablo esta no era una tarea agradable y tuvo que pedir disculpas por tener que hablar acerca de sí mismo: ***¡Ojalá me toleraseis un poco de locura! Sí, toleradme*** (cap. 11:1).

Pablo hizo esto solamente por el bien de ellos, pero no porque pudiera estar disfrutando con el elogio o la alabanza propia. Del mismo modo, termina después de la oración que hemos leído, y tras la defensa que hace de sí mismo: ***Me he hecho un necio al gloriarme; vosotros me obligasteis a ello [...] aunque nada soy*** (cap. 12:11).

Y quiero recalcar lo que acabo de decir: lo normal es que todo el mundo se enorgullezca por lo que es, por lo que hace, por lo que logra, etc. El escritor, por sus libros; el músico, por sus composiciones o capacidad de tocar un instrumento; el pintor, por sus cuadros; el albañil, por sus construcciones; el atleta, por sus victorias; el predicador, por su buena oratoria; el agricultor, por sus cosechas; el cocinero, por sus buenos platos; el estudiante, por sus notas, etc., etc. Pero los cristianos no debemos ser así, pues se nos ha indicado: ***No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia...*** (Jer 9:23-24).

Esto que hizo Pablo parece ser una contradicción con lo que expresa en dos versículos anteriores: ***Mas el que se gloria, gloriése en el Señor; porque no es aprobado el que se alaba a sí mismo, sino aquel a quien Dios alaba*** (cap. 10:17-18), pero hemos de entender el problema que se estaba dando en la iglesia y la actitud de aquellos falsos maestros que se mostraban orgullosos de sí mismos. Por tanto, por una parte, el apóstol denuncia esta actitud: ***El que se gloria, gloriése en el Señor...***, pero, por otra, como sabe que no es suficiente con dicha denuncia, aun en contra de su voluntad, comienza a enumerar aspectos de su propia vida por los cuales podría estar orgulloso y que demostraban su superioridad sobre aquellos falsos maestros.

Aquí de nuevo, el apóstol nos sirve de ejemplo, y aquí de nuevo repite el principio que ya enunció en su primera carta. Allí escribió: *¿Quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?* (1 Co 4:7). Y también: *Hacedlo todo para la gloria de Dios* (1 Co 10:31). Y ahora indica de nuevo aquí: *El que se gloria, gloriase en el Señor.*

Así que esta era la situación: los enemigos de Pablo —en definitiva, enemigos del Señor Jesucristo— insistían en que Pablo era inferior a los once apóstoles que habían estado con el Señor y decían que le faltaba la característica fundamental que encontramos en Hechos 1:21-22, que no era otra sino la de haber visto al Señor resucitado. Para ellos, Pablo no podía ser apóstol porque nunca estuvo con Cristo durante el ministerio público del Señor, y porque tampoco creían que hubiera visto al Señor resucitado. Y estos cargos eran muy graves, porque, si verdaderamente Pablo no era un apóstol llamado divinamente, sería falso lo que les había dicho y escrito, (*cf.* 1 Co 1:1; 2 Co 1:1), no tenía ninguna autoridad para supervisar esta iglesia en Corinto ni ninguna otra, ni era nadie para poder regular el funcionamiento de esta y las conductas de los hermanos.

El problema era el mismo, aunque en un grado mucho mayor, que el que se da actualmente en no pocas iglesias entre personas orgullosas y falsos hermanos cuando se enfrentan a los ancianos puestos por Dios (el mismo viejo problema entre Moisés y sus hermanos Aarón y María), o bien cuando los orgullosos y falsos son los propios ancianos que se enfrentan a los verdaderos cristianos miembros de la iglesia.

Así que, debido a esta situación, el apóstol se ve obligado a hablar, y aunque en su carta anterior dice de sí mismo: *Yo*

*soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios* (1 Co 15:9), ahora, no porque haya cambiado de parecer, sino por la situación de la propia iglesia, escribe: *Pienso que en nada he sido inferior a aquellos grandes apóstoles* (2 Co 11:5), y lo repite: *En nada he sido menos que aquellos grandes apóstoles* (cap. 12:11).

Y así continúa con las palabras que podemos leer en el capítulo 11:16-23, de modo que en todo el pasaje habla acerca de su autoridad, conocimiento y gracia efectiva, aspectos en los que no era inferior a ninguno de los otros apóstoles, y mucho menos inferior a aquellos falsos maestros (compárese 11:20 con 12:15).

Después, para confirmar lo que está diciendo, pasa a enumerar las pruebas por las que ha pasado y la naturaleza de estas, para seguir demostrando que es un verdadero ministro del evangelio, muy probado y al mismo tiempo muy bendecido (*cf.* cap. 11:24-33).

También podemos comprobar que Pablo no se enorgullecía del éxito de sus trabajos como predicador del evangelio, ni se enorgullecía de las almas que habían sido salvadas bajo su predicación, ni tampoco del hecho de haber plantado tantas iglesias. Él sabía que todo ello era debido a la gracia de Dios, tal como escribió en 1 Corintios 15:10. Esta —podemos decir— era la tentación en la que el apóstol hubiera podido caer: hablar de sus éxitos. Pero en vez de hacer eso, lo que menciona es la oposición que había tenido, las persecuciones que había sufrido y los sufrimientos por los que había pasado a causa del evangelio. El apóstol muestra como credencial —por así decirlo— las cicatrices que había recibido *como buen soldado de Jesucristo* (2 Ti 2:3). La demostración de ser un verdadero siervo de Cristo era, para el apóstol,

las afrentas, las aflicciones, y el cruel trato que había recibido tanto por parte de los judíos como por parte de los gentiles.

Como escribiera también en Gálatas 1:10, no buscaba *el favor de los hombres*, sino *el de Dios*, porque era consciente de que el intentar agradar a los hombres era señal inequívoca de no ser un verdadero siervo de Cristo. Verdaderamente era un apóstol, y eso era un gran honor para él, pero la demostración de su oficio se hacía evidente por el fiel cumplimiento de este, por las cicatrices, las cuales mostraban que no era un impostor, ni un hablador, ni un orgulloso, ni un asalariado que se portaba mansamente con el fin de no perder su salario.

Aquí también, Pablo nos sirve de ejemplo a todos y, especialmente, a aquellos que somos responsables en las iglesias. Ya vimos en la oración analizada al comienzo de esta misma carta cómo los cristianos hemos de esperar tribulaciones en este mundo por ser fieles a Cristo, especialmente los responsables de las iglesias, pero también hemos de entender que son estas tribulaciones y cicatrices las que sirven como credenciales de lo que somos.

Por tanto, en este capítulo 11, el apóstol lleva a sus oponentes a su propio terreno, comparándose con ellos y —como se indica en Proverbios 26:5— respondiendo a los necios *como merece su necedad*, y mostrando que era un verdadero apóstol por sus tribulaciones y por haber sido despreciado y rechazado. Y ahora continúa en el capítulo 12, y comienza a relatar una experiencia particular suya, con la que había sido favorecido mucho más que los otros apóstoles. En 12:1 vemos que continúa con su defensa, pero parece que con otro tono, quizá más alterado: *Ciertamente no me conviene gloriarme; pero vendré a las visiones y a las revelaciones del Señor.*

Pablo sabía que cualquier motivo de orgullo podía hacerle daño (***no me conviene gloriarme***), pero sopesando el riesgo de la iglesia, entra en ese tema aun a riesgo suyo propio de caer en tentación. Haber visto al Señor resucitado era uno de los requisitos que se exigía para ser apóstol, y él ya les indicó que esto había sucedido en su caso (*cf.* 1 Co 9:1), como también lo contó en otra ocasión estando delante del rey Agripa (*cf.* Hch 26:12-19). Además, aquellos cristianos de Corinto probablemente sabían que Pablo también había tenido otra visión en relación con un tema que les concernía directamente a ellos (*cf.* Hch 18:9-11). Pero, por encima de todo esto, y para acallar las bocas de sus oponentes, Pablo comienza a relatar una experiencia que muestra de forma evidente su apostolado y el favor que tenía de Dios.

Su experiencia incomparable la narra así: ***Conozco a un hombre en Cristo que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar*** (2 Co 12:2-4).

No ha sido constatada otra experiencia como esta en la historia de los hombres, la cual suponía un honor y un privilegio muy por encima de todos los otorgados o poseídos por cualquier otra persona. Si pensamos en ella con detenimiento, nos daremos cuenta de que es imposible para nosotros concebir el favor que le fue concedido al apóstol. Ser trasladado al Paraíso de un modo que ni él mismo podía explicar, trasladado a la casa del Padre, y tener una entrada, por así decirlo, al palacio del Soberano del universo, es algo que supera todas las expectativas, toda la imaginación, y, por extensión, todos los motivos por los cuales una persona podría mostrarse orgullosa.

Por un breve tiempo, al apóstol le fue concedido estar junto a *los espíritus de los justos hechos perfectos* (He 12:23), le fue concedido ver al Cordero glorificado en el trono, y quizá oír a los serafines diciendo: *Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos* (Is 6:3). Pero aquí debemos pararnos. No es bueno que demos rienda suelta a nuestra imaginación porque, al pensar lo que no nos ha sido revelado, podemos caer en pecado. Lo único que debemos hacer aquí es asombrarnos y adorar a Dios.

Y ahora fijémonos en los versículos siguientes: *De tal hombre me gloriaré; pero de mí mismo en nada me gloriaré, sino en mis debilidades. Sin embargo, si quisiera gloriarme, no sería insensato, porque diría la verdad; pero lo dejo, para que nadie piense de mí más de lo que en mí ve, u oye de mí.* Esto también es muy hermoso y sirve de ejemplo para nosotros. Pablo podía haber seguido orgulloso, mostrando el gran favor que Dios le había dado, y podía haberlo hecho sin quedar como un necio orgulloso porque era cierto lo que contaba, pero se refrena a sí mismo porque no quería que los otros pensaran de él en tan alta manera. Pablo no quería que los otros ni nadie pusieran los ojos en él, pues eso era malo para él mismo y también para los demás, porque él podía pecar de orgullo y los demás porque dejaban de mirar a Cristo. Y si en algún caso esto fuera necesario —que lo miraran a él—, que fuera solo con el objetivo de imitarlo: *Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo* (1 Co 11:1).

Como hemos leído, él prefería que las personas lo juzgaran por lo que vieran y oyeran de él, y no que lo estimaran por las revelaciones de Dios que había tenido. (En esto vemos que sigue el ejemplo de su Señor y Maestro, el cual, en multitud de ocasiones mandó a las personas no

publicar sus milagros, para que la gente no lo siguiera solo por ellos). Por eso dice que prefería gloriarse en sus **debilidades** y en sus tribulaciones, y porque en medio de todas ellas había sido sostenido por la gracia de Dios. Y esto es algo por lo que cualquier cristiano puede también sentirse gozoso y satisfecho (no digo orgulloso, porque esta palabra siempre tiene una connotación negativa), algo por lo que puede gloriarse, por la gracia de Dios en medio y a través de ellas.

Y ahora, y así, es cuando llegamos al comienzo de la oración que vamos a estudiar: ***Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un agujón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera.***

Antes ha dicho que no quería que los otros pensaran de él más altamente de lo que vieran u oyeran de él, que no quería contar más cosas para evitar eso, pero ahora, en la oración, Pablo nos muestra los medios que Dios usó para evitarle *a él mismo* caer en eso. Pablo se encontraba en un peligro indudable, en el peligro de exaltarse a sí mismo por la extraordinaria manifestación del favor divino que había recibido. Esto es incuestionable, pues sucede en la vida natural y en la vida espiritual frente a éxitos o logros mucho más pequeños. Una persona que visita el **paraíso** y después vuelve a este mundo de pecado, *necesita* que Dios haga algo con ella para evitar que se infle. **El tercer cielo** era algo demasiado extraordinario para recordarlo desde un cuerpo de pecado y de muerte que volvía de nuevo la tierra. Y como el Señor sabía esto, trató a Pablo de acuerdo con su gracia, con el fin de mantenerlo en humildad.

## 2. PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

Esta es la introducción necesaria que nos sirve para comprender el porqué de la oración de Pablo, y de ella podemos obtener los dos primeros principios que enunciarnos (al final del libro se encuentra el cuadro con los principios y motivos de oración).

*El primer principio* lo expresamos así: el éxito, los dones, los privilegios, las manifestaciones de Dios, o sus revelaciones, traen peligros a la vida del creyente no porque esas cosas sean malas o sean pecado en sí mismas, sino porque con ellas se destapan nuestros propios pecados. Es lo mismo que dice Pablo en relación con la ley de Dios: **¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás [...] ¿Luego lo que es bueno, vino a ser muerte para mí? En ninguna manera; sino que el pecado, para mostrarse pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno, a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso** (Ro 7:7,13).

*El segundo* se deriva del anterior: como Dios nos conoce, nos trata con su gracia y en su gracia para evitarnos caer. Lo que hizo el Señor con Pablo no fue sino una nueva manifestación de su gracia, de modo que cuando Pablo lo comprendió, terminó también alabando al propio Señor y gozándose en aquello que le había dado. Fue arrebatado al Paraíso por gracia, y le **fue dado un agujón, un mensajero de Satanás**, también por gracia.

Por tanto, tenemos aquí, con estos principios, un doble motivo que debemos incluir en nuestras oraciones: *El primero*, orar para que el éxito, los dones o privilegios que se nos

hayan dado, o cualquier otra cosa que se nos conceda, no sirvan para enorgullecernos, sino que sean para la gloria de Dios. Y hemos de ser vigilantes, porque hay multitud de cosas en una lista casi interminable que pueden llevarnos al pecado del orgullo, multitud de cosas que, aun sin ser malas en sí mismas, pueden fomentar nuestro pecado. Y *el segundo*, pedir a Dios la capacidad para poder darle gracias por las aflicciones en que nos mantiene, considerando que todas ellas tienen un propósito bueno en nuestras vidas, pues ***a los que aman a Dios todas las cosas les ayudan a bien*** (Ro 8:28). Solamente cuando estemos en su presencia comprenderemos la necesidad de tantas tribulaciones y aflicciones en nuestras vidas que nos han impedido desviarnos por la senda del orgullo.

En estudios sucesivos, si Dios lo permite, y con su ayuda, seguiremos hablando de nuestro orgullo y de la gracia de Dios. Pero por lo dicho hasta aquí, creo que todos vemos la importancia de examinarnos para comprobar cómo andamos, pues el apóstol nos da ejemplo de lo que produce la fe verdadera, de las cosas por las que se gloría un verdadero cristiano.

Los cristianos falsos tienen los ojos centrados en sí mismos, en sus propias experiencias, en la seguridad que tienen de que Dios los ama o de que sus almas van a ir al Cielo, etc., y siempre están llenos de charla en cuanto a ellos mismos. Incluso cuando hablan del amor de Dios, de las bendiciones que Cristo promete a su pueblo, o incluso de la doctrina de la elección, siempre lo hacen porque esas cosas son de ellos, porque les pertenece a ellos, y porque todo los exalta a ellos. «¡Qué experiencia he tenido; qué respuesta he tenido a mi oración; qué historia puedo contar a los demás!», son las cosas que llenan sus pensamientos y sus corazones, mientras

que el verdadero cristiano desea hablar de Dios y de Cristo, y de las verdades del evangelio; entre ellas, de la gracia que el propio Dios le otorga y lo sostiene en medio de las pruebas.

Después de su primer viaje misionero, Pablo regresó a la iglesia en Antioquía que lo encomendó, y se nos dice que ***refirieron cuán grandes cosas había hecho Dios con ellos*** (Hch 14:27). Y cuando fue a Jerusalén, vuelve a repetirse: ***Refirieron todas las cosas que Dios había hecho con ellos*** (Hch 15:4). Y otra vez más adelante, de nuevo en Jerusalén, con Jacobo y los ancianos, ***les contó una por una las cosas que Dios había hecho entre los gentiles por su ministerio*** (Hch 21:19).

El cristiano verdadero desea y se goza en la hermosura de la santidad de Dios, no en la suya propia, y entiende que para progresar en su propia vida necesita de las aflicciones.

¡Que Dios nos ayude a entender esto también a nosotros, para su gloria, y bendición nuestra y de muchos!

## ORACIÓN EN LA AFLICCIÓN II EL PELIGRO DEL ORGULLO

2 Corintios 12:7-10

Lectura introductoria: Isaías 14:12-15

*¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana!  
Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones.  
Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto,  
junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el  
monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; so-  
bre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al  
Altísimo. Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados  
del abismo.*

El apóstol Pablo, escribiendo su primera carta a Timoteo, después de unos versículos iniciales donde exhorta al joven colaborador suyo, hace un paréntesis, se para un momento para contemplar la misericordia y la gracia de Dios que lo había alcanzado, y escribe: *Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero* (1 Ti 1:15), tras lo cual prorrumpe en adoración con la siguiente frase: *Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén* (1 Ti 1:17).

También este debe ser nuestro sentir cuando nos disponemos a escudriñar su Palabra: pararnos a pensar un poco en la

gracia y en la misericordia de Dios que nos ha alcanzado y que nos trae a ello, y que debería también llevarnos a decir con el apóstol: ***Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.***

Así debemos comenzar cada vez que leemos, estudiamos, o nos reunimos para oír la Palabra, en adoración y gratitud a Dios, y así debemos terminar también, una vez que la Palabra nos haya llevado a conocer cada vez más a este **Dios nuestro** que lo es ***eternamente y para siempre*** (Sal 48:14).

En el capítulo anterior comenzamos con una nueva oración que titulamos *Oración en la aflicción*, y lo dedicamos en su mayor parte a analizar las circunstancias que llevaron al apóstol a orar de esta forma. Dijimos que Pablo se vio obligado a hacer algo en contra de su propia voluntad debido a los falsos maestros que se encontraban en la iglesia en Corinto y que no tenían ningún reparo en mostrarse orgullosos por multitud de cosas. Ante ellos, el apóstol, como indica en esta misma carta, actúa como un loco, y aunque sabe que no le conviene gloriarse, lo hace con el único objetivo de preservar la buena marcha de aquella iglesia.

Ahora bien, también vimos que presenta como motivo de gloria propia no las iglesias que había fundado, las personas que habían llegado a convertirse por su predicación, o cosas similares, sino las tribulaciones y sufrimientos que había padecido por causa del evangelio y, finalmente, de forma muy resumida, expresa la inconcebible experiencia que tuvo con Dios cuando fue arrebatado al Paraíso. Pero el apóstol se da cuenta de que no le conviene seguir por dicho camino, y expresa una doble idea: por una parte, el peligro de que los creyentes pusieran los ojos en él, cosa que no quería, y por otra, lo que Dios hizo con él para evitar su exaltación y caída.

Y de todo este contexto obtuvimos dos principios: el primero, el peligro que supone para todo creyente el éxito, los dones, las bendiciones etc.; y el segundo, lo que Dios hace con nosotros para prevenirnos de caer.

Ahora vamos a continuar, entrando ya en el primer versículo de la oración, pero antes debemos leer la Palabra y pedir la bendición de Dios.

*Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un agujón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2 Co 12:7-10).*

Oración personal a Dios.

## 1. PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

El único principio que vamos a desarrollar, por lo que nos afecta a todos y por su importancia, lo obtenemos de la primera parte del versículo 7: *Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente...* Vamos, pues, a hablar del orgullo, de la exaltación propia, y el principio lo podemos enunciar así: El orgullo es un pecado que nos aseña y ante el cual hemos de ser muy vigilantes, constantemente vigilantes. Y esto ha de ser así porque, aunque para

crecer en humildad tendremos siempre la oposición de Satanás, si no lo hacemos y continuamos siendo orgullosos, nuestra situación será cada vez peor, porque el que nos resistirá será Dios mismo, como está escrito: **Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes** (Stg 4:6).

*En primer lugar, hablamos del orgullo en forma general.*

El orgullo es una forma de ser y de pensar que traemos cuando nacemos, (su causa es el pecado original), un deseo de sobresalir y de ser admirado, y que se reafirma a lo largo de la vida porque es algo que se inculca a todos los niveles en innumerables modos y ocasiones, desde la familia hasta los medios de comunicación, desde la belleza hasta los títulos u honores, desde la riqueza hasta los placeres, pasando por los viajes, las vacaciones, las actividades deportivas, y un innumerable etcétera. **La vanagloria de la vida**, que **no proviene del Padre** (1 Jn 2:16), alimenta nuestro orgullo y puede cambiar las virtudes y las bendiciones en verdaderos venenos.

El orgullo fue el ingrediente principal del pecado de nuestros primeros padres, que querían ser como Dios, de modo que a partir de ellos podemos decir que en cada pecado hay orgullo, pues todo pecado es el levantamiento de la criatura contra el Creador. Y la Biblia nos enseña que el mejor estado para nosotros es el de la humildad y el reconocimiento de nuestras imperfecciones, para lo cual tenemos que andar por el camino de pedir perdón y del arrepentimiento. Y nos dice que debemos luchar constantemente contra nuestra tendencia a la arrogancia, y que debemos ver cualquier don, o ventaja, o privilegio, como la obra de Dios en nuestras vidas. Solo Dios debe ser exaltado, y todo debe ser dirigido hacia su gloria.

A veces, las cosas por las que algunos se enorgullecen son ridículas (ahí tenemos los récords de los libros, que no hace

falta siquiera citar), y otras, incluso siniestras (malas obras o perversidades), y es este deseo de ser admirado el que convierte a algunos en héroes y a otros en villanos, pues mucha delincuencia y violencia vienen por este deseo no satisfecho. (Véase Filipenses 3:18-19). No digo que el esfuerzo en el trabajo, la excelencia, el valor, etc., sean malos en sí mismos, pero solo serán correctos cuando estén dirigidos a agradar a Dios y para su gloria, pues es lo único que hará que esas cosas sean buenas y hermosas.

Y puesto que el orgullo lo llevamos dentro y hay multitud de ocasiones y modos en que se fomenta, hemos de vigilar nuestro corazón, con constancia, diariamente, reflexionando sobre los pensamientos que hemos tenido y las acciones o actitudes que han surgido como consecuencia de estos. Este es el orden que nos pone el Señor: corazón, pensamientos y acciones, porque *del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, los hurtos* (Mt 15:19). También Santiago escribe: *Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte* (Stg 1:14-15). Y es por esta tendencia que Salomón escribió: *Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida* (Pr 4:23).

El corazón malo morirá con nosotros, y siempre está ahí, por lo que es necesario vigilar los pensamientos y acciones que produce. Un maestro no se acerca al aula de sus alumnos para poner orden y luego se va de ella durante un trimestre. Si lo hiciera así, ¿cuánto tiempo estarían los niños en sus mesas trabajando? Pronto dejarían de aprender, pronto el ruido de sus juegos llenaría los pasillos de todo el colegio y haría imposible el aprendizaje, y pronto comenzarían las peleas y disputas.

Así también, nuestro corazón es un alumno rebelde que, si no se vigila, pronto deja de aprender, pronto comienza a hacer ruido, y pronto entra en disputas. Y gran parte del ruido y las disputas que ocasiona (ira, envidia, impaciencia, amargura, malas acciones, celos, pleitos, contiendas, disensiones, etc.) es debido a que lo dejamos a su aire. Nuestra mente es como el aula del cuerpo, y de ella saldrá lo bueno y lo malo, pensamientos y acciones, pero el corazón es el alumno que está dentro de dicha aula, y en ella aprende, u ocasiona los ruidos y peleas.

Y hemos de analizarnos para ver si con nuestros buenos pensamientos Cristo es glorificado, y si contra los malos estamos luchando y queremos expulsarlos de nosotros como mocosos desvergonzados. Si no lo hacemos, vendrán luego las malas acciones. Algunos no quieren oír esto tantas veces, pero la Palabra nos llama una y otra vez al autoexamen, y a perseverar en las doctrinas. Algunos piensan que con esto se fastidia la vida, y prefieren seguir contentos camino del Infierno, pero creo que ambas cosas son fundamentales, y de ellas es bueno oír hablar, y pensar, muchas veces.

Ahora bien, hemos de saber distinguir entre cualquier obra que hacemos, que puede estar manchada de orgullo, o que, más bien, difícilmente dejará de estarlo, y aquella otra que se hace por orgullo y que podemos catalogarla como obra orgullosa. Los cristianos no debemos caer en lo segundo, pero difícilmente dejaremos de pecar en lo primero, y por eso, ya desde el Antiguo Testamento, el Señor establece sacrificios para los pecados cometidos en las cosas santas y aquellos otros realizados sin intención (*cf.* Lv 5:15,17). En esta dispensación no hay sacrificios de animales, pero hemos de dar gracias a Dios porque la sangre de Jesucristo también perdona el orgullo que puede contaminar nuestras mejores obras.

Podemos apreciar el modo en que Dios mira el orgullo si leemos Proverbios 6:16-19, donde tenemos una lista de siete cosas que **aborrece**, y que está encabezada por **los ojos altivos**. Y puesto que es algo que Dios aborrece, si no luchamos contra ese pecado, Dios hará algo en nuestras vidas. Es lo que podemos leer en Proverbios 18:12, donde se nos indica que el orgullo o la soberbia es signo seguro de algún mal próximo. Es lo que sucedió a David cuando quiso, orgulloso, hacer un censo pensando en su propia grandeza (*cf.* 2 S 24:10); es lo que sucedió a Nabucodonosor, que terminó arrastrándose sobre la tierra y comiendo **hierba como los bueyes** (Dn 4:30,33), y es lo que hizo que un ángel se convirtiera en demonio.

Por tanto, como en otros pecados, una cosa es caer y otra cosa es permanecer, y hemos de saber que Dios nunca dejará de humillar a los orgullosos, pues tras el orgullo siempre viene el quebrantamiento. Esto es lo que se nos repite una y otra vez: **Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes** (Stg 4:6; 1 P 5:5; Pr 3:34). Y en boca del Señor: **El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido** (Mt 23:12; Lc 14:11; 18:14).

Este orgullo a veces es reforzado por los halagos que se reciben de los demás y, como Pablo lo sabía, por eso intenta evitarlos y dice **que nadie piense de él más de lo que en él ve u oye** (2 Co 12:6). Por tanto, no solamente no hemos de buscar las alabanzas de otras personas, sino que hemos de recibirlas, si acaso, con vigilancia, o incluso debemos rechazarlas, y no prodigarlas nosotros sobre los demás, pues en muchos casos harán y nos harán daño. Y como este es un equilibrio difícil, habremos de estar vigilantes. También puede suceder que la búsqueda de dichas alabanzas sea lo que nos impulse a esforzarnos más porque, en realidad, quere-

mos más alabanzas y no estamos buscando la gloria de Dios. Y es que el orgullo y el amor propio nunca están lejos de todo lo que hacemos.

Y para que comprendamos cómo nos afecta esto —la opinión de los demás—, simplemente podemos pensar en cómo reaccionamos para proteger nuestra reputación cuando creemos que alguien la ataca. Nuestras reacciones simplemente muestran la alta estima y buena opinión que tenemos de nosotros mismos, ya que a veces no podemos soportar la idea de que otros piensen mal de nosotros. También aquí el apóstol nos da ejemplo, como leemos en 1 Corintios 4:1-5. Y podemos recordar que del Señor se nos dice: ***El celo de tu casa me consume*** (Jn 2:17), pero no se nos indica nada acerca de sus malas reacciones cuando era insultado, calumniado, o ultrajado, y lo fue muchas veces.

Ahora bien, la sutileza del orgullo es tan grande, que nos puede llevar a caer en despreciar las opiniones de los demás, también de forma orgullosa. Y aquí está el fino equilibrio cristiano que se nos pide: no buscar el aplauso de los demás ni depender de sus opiniones y, al mismo tiempo, no despreciarlas porque creamos estar por encima de ellas. La fe auténtica reconoce que, ambas cosas —el deseo de elogio y el orgullo al despreciar a otros— suponen un constante desafío que requieren una vigilancia diligente. Y si no lo hacemos, puede sucedernos como alguien dijo en una ocasión: «A veces nuestra conducta orgullosa es tan parecida a la de la sociedad que nos rodea que si fuéramos llevados a juicio y analizado nuestro cristianismo por nuestra humildad, probablemente nos absolverían por faltas de pruebas». Y es por esto por lo que el apóstol insiste en ello tantas veces: ***Así hablamos; no como para agradar a los hombres, sino a Dios, que prueba nuestros corazones. Porque nunca usamos de pala-***

***bras lisonjeras, como sabéis, ni encubrimos avaricia; Dios es testigo; ni buscamos gloria de los hombres; ni de vosotros, ni de otros*** (1 Ts 2:4-6).

Así que cuidémonos de las opiniones de los demás, y no cedamos a la curiosidad de querer saber lo que los demás están diciendo de nosotros, porque es poco el bien que podemos sacar de ello: si los comentarios son *buenos*, podemos pecar de orgullo; si son *críticos*, pueden desalentarnos; y si son *falsos*, pueden conducirnos a la ira. Como decía Spurgeon, debemos tener un ojo ciego y un oído sordo para volverlos hacia los rumores.

Otra forma muy sutil de autoengaño por el orgullo ocurre cuando dejamos atrás una etapa de nuestra vida en la que nos ha dominado alguna forma de pecado. Seguimos adelante y ya no tenemos aquel problema, y podemos pensar que ya todo está bien, cuando puede suceder que alguna nueva forma de pecado haya reemplazado a la antigua. Simplemente puede suceder que estemos cayendo en nuevas tentaciones que son más adecuadas para las nuevas etapas de nuestras vidas, y que, en realidad, no se haya dado en nosotros ninguna transformación.

Así que repito: hemos de estar luchando siempre, y forma parte de esta lucha nuestro rechazo a cualquier tipo de orgullo y exaltación propia. Esta lucha no puede ser en broma, pues solo se puede vencer el orgullo odiándolo verdaderamente, solo se puede vencer el amor a este con un mayor amor a Cristo. Pero no podemos ganar la batalla sin la asistencia divina y su gracia actuando en nosotros. Y si esta gracia tiene que venir en forma de aflicción, hemos de darle la bienvenida. Hemos de entender que todos los cristianos tenemos una parte no regenerada que está descontenta por el cambio de gobierno, y es necesario que Dios refuerce su gra-

cia para que nuestras corrupciones no salgan de sus madrigueras y terminen por comerse lo poco bueno que hay aún en nosotros.

Y puesto que en el estudio anterior hablamos de que el éxito, los dones, los privilegios, las manifestaciones de Dios o sus revelaciones traen peligros a nuestras vidas, es conveniente detenernos un poco en cada uno de estos asuntos. *En segundo lugar*, pues, orgullo en *aspectos particulares*, y en lo que resta del capítulo, hablaremos del orgullo por los dones.

Los dones son aquellas capacidades que el Espíritu Santo da a los creyentes para la edificación del Cuerpo de Cristo en unidad. Y al igual que hay multitud de flores distintas en el campo, Dios también ha repartido dones muy distintos para el funcionamiento de la Iglesia. Ahora bien, cuando florece el orgullo se empiezan a poner jerarquías entre hermanos y dones, y esto lleva inevitablemente a la división y a las disputas. Y como Satanás lo sabe, fomenta este tipo de orgullo, pues al hacerlo puede, con una piedra, matar dos pájaros de una vez: puede romper la unidad de la Iglesia, al tiempo que hace daño al cristiano individual.

Por orgullo, algunos cristianos no sirven con sus dones, que consideran demasiado bajos para que sirvan para algo, pecando así contra Dios y despreciando las claras advertencias del Señor en su Palabra. De igual modo, por orgullo hacemos muy poco bien a los demás con nuestros dones, cuando los usamos para ser considerados «buenos», aunque Dios nos ha dicho que no compartirá su gloria con nadie (*cf.* Is 48:11). Y hemos de pensar que los dones nos han sido dados (*cf.* 1 Co 4:7), que las riquezas son de otro, que solo somos administradores, y que, aunque impresionemos a los hombres, a Dios no vamos a hacerlo, pues él sabe de dónde pro-

vienen nuestros dones. Y también por orgullo recibimos poco provecho de los dones de otros, pues creemos que somos suficientes espiritualmente, que no necesitamos la ayuda de los demás, y si alguien intenta corregirnos, lo rechazamos y nos ponemos a la defensiva. El orgullo destruye el amor y separa, hace sufrir al Cuerpo de Cristo, y por él perdemos mucho de lo que Dios quiere darnos.

Si Dios nos hubiera dado los dones para nuestra propia satisfacción o edificación, el orgullo no sería tan malo, pero cuando usamos dichos dones para nuestra exaltación, hacemos sufrir al Cuerpo de Cristo. Donde florece el orgullo, la gracia se marchita, porque no es posible que ambas cosas prosperen en el corazón. El orgullo siempre pide más, y nos impedirá reconocer los dones de otros porque eso quitaría algo de la gloria que queremos para nosotros mismos. El orgullo hace que no podamos saborear nada que provenga del plato de otro, y hemos de luchar por mantenernos en la humildad que acepta poder ser enseñados y corregidos aun por los más pequeños. Satanás siempre intentará que nos levantemos, hermanos, pero simplemente, para que nuestra caída sea más grande. Y ya Spurgeon hablaba de aquellos que preferían, por orgullo, andar a la luz de sus propias velas rechazando la mayor luz que Dios da a otros hermanos.

Y si alguien cree que sus dones son inferiores a los de otros hermanos, piense en las siguientes palabras: los grandes dones inducen al orgullo, y en vez de envidiar a los que los tienen, debemos orar por ellos. Si no tenemos los dones, tenemos la ventaja de que recibiremos la ayuda mediante los dones de los otros sin tener la tentación al orgullo propio. El orgullo siempre quiere crecer entre los mejores dones, y si no se lucha contra él, Dios actuará en disciplina. Además, Dios llamará a cuentas, y donde hay más dones, habrá que

rendir más cuentas: **Procurad, pues, los dones mejores. Mas yo os muestro un camino aún más excelente**, el del amor (1 Co 12:31 y cap. 13)

Así que tengamos cuidado con lo que hacemos con nuestros dones y con los de los demás. Dios no puede dejar que la maleza del orgullo crezca en su huerto sin que él haga nada para arrancarla. Dios puede dejarnos caer en un gran pecado para humillarnos ante los demás, o puede usar un aguijón en la carne para pinchar el globo de nuestra soberbia. El rey Ezequías se jactó de su tesoro, y Dios envió a los caldeos para saquearlo (cf. 2 R 20:12-13,16-17). Jonás se envaneció por la calabacera, y Dios envió un gusano para secarla (cf. Jon 4:6-7,9). Y no podemos esperar que Dios no mire este pecado en nosotros cuando lo ha tratado tan severamente en otros hijos suyos.

También en relación con los dones puede surgir la envidia, y cualquier clase de envidia es rebeldía contra Dios porque significa cuestionar su propia soberanía y no confiar en su bondad. Si alguien se enfada porque Dios bendiga a otro más que a él, ¿no se le pueden aplicar las palabras del propio Señor cuando dice, en la parábola de los que fueron enviados a la viña: **¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque soy bueno?** (Mt 20:15). Con la envidia, y con su madre el orgullo o la soberbia, florecen multitud de pecados. Saúl, el primer rey de Israel, quería matar al hombre que había salvado el reino, porque no podía soportar las alabanzas a otro (cf. 1 S 18:7-9). El orgullo dio lugar a la envidia. Más tarde, el orgullo por ser rey llevó a David también a la envidia, y esta, a la mentira, el adulterio y el asesinato.

Por tanto, para vencer el orgullo habremos de pedir ayuda a Dios, pues el fundamento de nuestra fe es mayor que el de

nuestros malos deseos (*cf.* Stg 4:4-7). No podemos librar esta batalla con nuestras propias fuerzas ni inteligencia, pues no tenemos suficientes para ella. Pero Dios puede darnos más gracia que pecado tenemos, más humildad que orgullo, y si somos humildes para pedir su gracia, él hará en nosotros su obra para que no seamos orgullosos con nuestros dones, orgullosos al despreciar los de otros, u orgullosos para envidiarlos.

El apóstol Pablo también tuvo que luchar contra este orgullo, contra este deseo de ser admirado, pues, por naturaleza, era tan orgulloso y necio como lo somos todos. Por tanto, si su corazón se mantuvo humilde no fue por su propia fidelidad a la verdad, sino por la fidelidad de su Maestro, que se ocupó de él con tanta sabiduría al darle su aguijón.

Así que, hermanos, trabajemos duro y esforcémonos por el Señor, intentemos hacer grandes cosas para él, y esperemos grandes cosas de él, pero no olvidemos el peligro que nos acecha (*cf.* Ef 6:10-12), y demos gracias a Dios por sus aflicciones sabiendo que tienen un propósito.

Son muchos los que dicen que Dios no puede enviar a nadie al Infierno, pero sabiendo que Dios es Santo y Justo, sabiendo lo que nos dice acerca de cómo mira el orgullo (solo este pecado), y sabiendo cómo somos, lo increíble es que algunos podamos entrar en el Cielo. Y si esto es así, si esto es cierto porque Dios lo ha hecho posible, y miramos un poco su gracia y misericordia para con sus hijos, creo que podemos terminar como empezamos, diciendo: ***Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.***

## ORACIÓN EN LA AFLICCIÓN III EL PELIGRO DEL ORGULLO

2 Corintios 12:7-10

Lectura introductoria: Ezequiel 28:17-19

*Se enaltecíó tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra; delante de los reyes te pondré para que miren en ti. Con la multitud de tus maldades y con la iniquidad de tus contrataciones profanaste tu santuario; yo, pues, saqué fuego de en medio de ti, el cual te consumió, y te puse en ceniza sobre la tierra a los ojos de todos los que te miran. Todos los que te conocieron de entre los pueblos se maravillarán sobre ti; espanto serás, y para siempre dejarás de ser.*

El capítulo anterior lo comenzamos y terminamos dando gracias y adorando a Dios por su sublime gracia y misericordia que derramó sobre nosotros sus hijos. Y lo hicimos porque, al pararnos a pensar en el pecado de orgullo que todos tenemos (y únicamente en este pecado), decíamos que parece increíble que un Dios Santo y Justo nos lleve al Cielo y que no nos haya dejado a todos ir al Infierno. Hoy vamos a continuar hablando de este asunto que Pablo cita en la oración que estamos analizando —*Oración en la aflicción*—, pero creo que también debemos comenzar poniendo nuestros ojos en Dios, y diciendo con el apóstol Pedro: ***Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza***

***viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos...*** Y si esto no es suficiente, continúa diciendo: ***Sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero*** (1 P 1:3-5).

Por tanto, repito: ***Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo***, que nos permite estar en su presencia y acercarnos a él y a su Palabra a pesar del orgullo de nuestros pecados. Y aunque todos conocemos pasajes tales como los que dicen: ***Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*** (Mt 5:3); o: ***Miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra*** (Is 66:2); o: ***Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado*** (Sal 51:17); o: ***Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón; y salva a los contritos de espíritu*** (Sal 34:18), etc., y podríamos considerar que no es necesario hablar más de este tema, lo cierto es que muchas veces pensamos, hablamos y actuamos como si no los conociéramos, dejando suelto y sin vigilancia a nuestro corazón que tan propenso es al orgullo.

Y porque esto es así, y porque conozco algo de esta lucha en mi propia naturaleza y algo de esta lucha contra el mundo y contra Satanás, es por lo que creo conveniente seguir hablando del orgullo que a todos nos afecta, pues la gran obra de la gracia de Dios es someter nuestro orgullo.

Pero antes de emprender la tarea vamos a realizar la lectura de la Palabra que nos ocupa y a pedir la bendición de Dios.

***Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me***

*enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2 Co 12:7-10).*

Oración personal a Dios (por favor, hazla y pide su bendición en lo que luego seguirás leyendo).

## 1. INTRODUCCIÓN

Debemos recordar brevemente que Pablo hizo esta oración después de hablar —según sus propias palabras— como un loco, cuando fue obligado a gloriarse debido a la situación peligrosa que se daba en la iglesia de Corinto por la actuación de falsos maestros en ella. Pablo, ante aquellos orgullosos, habla acerca de sus trabajos y aflicciones por causa de Cristo, y después, de aquella experiencia cuando fue arrebatado al Paraíso, tras lo cual nos indica lo que Dios hizo con él para evitar su caída. Dios conocía la naturaleza de su siervo, como conoce las nuestras, y Dios actuó para guardarlo, de modo que el apóstol terminó dando gracias por aquel agujijón.

En él se estaban cumpliendo sus propias palabras cuando escribe: ***Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.*** Dios sigue obrando con su gracia en las vidas de sus hijos, pero no hemos de olvidar que esta frase del apóstol está precedida por otra que dice:

***Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor***, y es de esta ocupación y vigilancia del orgullo de la que empezamos a tratar en el capítulo anterior cuando hablamos acerca de nuestras reacciones ante las opiniones de otros, y del uso de los dones nuestros y de los demás.

Y así, recuerdo, dijimos que una forma de cuantificar el orgullo que aún tenemos es analizando cómo nos afectan las opiniones de los demás y cómo reaccionamos ante ellas, bien con violencia o bien con desprecio, cuando comprobamos que no son las que pensábamos. Y en relación con los dones, hablamos del orgullo que se rebela ante Dios al no usarlos para la edificación y la unidad de la Iglesia, del orgullo al usarlos buscando la alabanza de los demás, del orgullo de despreciar los dones de otros que puedan resultar en nuestro propio beneficio, y de los pecados derivados de todo este orgullo, tales como malos pensamientos, envidia, malicia, maledicencia, pleitos, iras, contiendas, etc.

Ahora vamos a continuar con el mismo asunto, pero deteniéndonos en otros aspectos particulares de este pecado.

## **2. PRINCIPIOS FUNDAMENTALES**

Seguimos con el mismo principio que ya enunciamos y que repito: El orgullo es un pecado que nos asedia y ante el cual hemos de ser muy vigilantes, constantemente vigilantes. Y puesto que hablamos que no solo los dones, sino también los éxitos, las virtudes, los privilegios, etc., traen peligros a nuestras vidas, vamos a detenernos para analizar algunos de ellos.

*En primer lugar*, hablamos del *orgullo por las virtudes*, por lo que Dios nos ha concedido, por lo que somos, y no tanto por lo que hacemos con esas virtudes, que fue en lo que nos detuvimos en el capítulo anterior.

El ejemplo quizá más recordado sea el del apóstol Pedro cuando se jactó de su propia virtud, y dijo: ***Aunque todos se escandalicen, yo no*** (Mr 14:29). Y después: ***Con mayor insistencia decía: Si me fuere necesario morir contigo, no te negaré*** (v. 31). Anteriormente, el Señor le había advertido cuando le dijo: ***Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte*** (Lc 22:31-32), pero Pedro creía que podía competir con el diablo, y fue derrotado antes de la salida. El mismo Señor permitió, en su misericordia, que Satanás pisoteara el valor de Pedro para demostrarle su propia naturaleza y bajarlo de las alturas del orgullo. Y todos, de un modo u otro, somos propensos a pensar como Pedro: «Aunque los demás lo hagan, aunque los demás lo piensen, aunque los demás... *yo no*». Este «*yo no*», o «*hay que ver*», u otras expresiones similares, que se compara con los demás para mostrarse orgulloso, como el fariseo que fue al Templo a orar (***te doy gracias porque no soy como los otros hombres***: Lc 18:11), precisa de una vigilancia continua, pues, en la medida en que nos apoyamos en nuestras propias virtudes, nos volvemos negligentes en el servicio, nos hacemos más débiles, y estamos prontos a caer. Las palabras de Dios a Babilonia bien pueden aplicarse a esto que hablamos: ***Tu sabiduría y tu misma ciencia te engañaron, y dijiste en tu corazón: Yo, y nadie más. Vendrá, pues, sobre ti mal, cuyo nacimiento no sabrás; caerá sobre ti quebrantamiento, el cual no podrás remediar; y destrucción que no sepa vendrá de repente sobre ti*** (Is 47:10-11).

Como dice Pablo al final de los versículos que nos ocupan, cuando vemos nuestra debilidad, cuando comprobamos que nuestra despensa está vacía y sabemos que todo lo que necesitamos es del Señor, acudimos a él en busca de sumi-

nistros (***cuando soy débil, entonces soy fuerte***). Pero cuando creemos que tenemos de sobra, nuestra caída está cercana.

Además, el orgullo por nuestra virtud nos vuelve imprudentes y temerarios, y nos lleva a meternos en problemas, incluso despreciando las claras instrucciones de la Palabra, y en situaciones en las que no deberíamos estar porque creemos que podemos manejarlas estupendamente. Hay cristianos que se aventuran en sitios donde ningún cristiano debería ir, que escuchan o ven lo que no deben, etc., y todo, porque piensan que, aunque otros traicionarían a Cristo en esas circunstancias, ellos nunca lo harían.

De igual modo, esta misma confianza arrogante en nuestra propia virtud y fuerza nos hace críticos hacia los demás, nos hace despreciar a los hermanos que admiten su debilidad, cuando no debemos olvidar las palabras que nos dicen: ***Si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre***, no solo a los hermanos, sino también a aquellas otras personas que nos rodean. Y esto ha de ser así porque continúa diciendo: ***Considerándote a ti mismo*** [pasa el apóstol del plural al singular], ***no sea que tú también seas tentado*** (Gá 6:1).

El que es consciente de haber sido salvado por gracia, y reconoce su propia debilidad e indignidad, y las siente, y sabe que vive por la gracia de su Señor, actuará con humildad por lo mucho que se le ha perdonado, de modo que también perdonará a los demás.

Ese tipo de orgullo es el que lleva también a juzgar severamente a los demás, sin darnos cuenta que el Señor nos dice: ***Eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo*** (Ro 2:1). Es el orgullo el que nos lleva a juzgar y a condenar a los demás,

y a justificarnos a nosotros mismos cuando hacemos aquello que condenamos, porque siempre nuestras circunstancias son distintas, nuestras excusas distintas, y todo distinto. El otro cae y peca, y debe ser condenado, pero *yo* no, porque mis circunstancias fueron muy distintas.

Y es que muchas veces actuamos como aquel que junto a un grupo de amigos viajeros cayeron en un hoyo del cual no tenían modo de salir; allí estaban todos hasta que alguien pasó y sacó a esa persona en cuestión. Ahora, en su nueva situación, ¿debía estar enojado con el resto que aún permanecía en el hoyo?; ¿debía enfadarse con ellos porque aún no habían salido?; ¿fue él mismo quien salió de aquella situación? El que funciona así muestra un gran orgullo, y aunque no se dé cuenta, actúa como si el ciego Bartimeo, después que el Señor le abriera los ojos, hubiera cogido un palo para golpear con él a todos los ciegos que viera por el camino.

El juzgar a los demás con dureza es sinónimo de confiar demasiado en la virtud propia, creyendo que no se puede caer, y hemos de saber que si cualquier hermano cayó hoy, yo puedo tropezar también mañana.

Pensemos en lo siguiente: ¿no es cierto que, ante las aflicciones, enfermedades o problemas en nosotros mismos, no nos gusta la idea de que Dios nos esté castigando con ellos y más bien nos consolamos pensando que nos quiere enseñar algo, pero que no está actuando en disciplina? Y cuando son estos mismos problemas en los demás, ¿no somos dados a pensar que Dios los está castigando por algún pecado oculto?; ¿no es cierto que pensamos de nosotros mismos cuando estamos «en medio de un naufragio» que nos parecemos más a Pablo que a Jonás?; ¿o en medio de «una sequía», más a Elías que a Acab?

Si pensamos que podemos ser, o que ya somos, lo bastante buenos para Dios, estamos andando por mal camino, porque la Palabra llama a esto *justicia propia* y la contrapone a la justicia de Dios en Cristo: ***Ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios*** (Ro 10:3). Incluso en el mejor de los casos, somos ***siervos inútiles*** (Lc 17:10), de modo que el que piensa que es bastante bueno para con Dios, en realidad está pensando llegar al Cielo por su propia virtud, y así hay cristianos que defienden la justificación por la fe, pero sus pensamientos y acciones contradicen esto que dicen creer. Igual que Abraham con Agar, intentan lograr la voluntad de Dios por medios carnales, y eso lo que hace es impedirles su propio crecimiento. En definitiva, que el lenguaje del orgullo anhela el pacto de las obras, aunque diga creer en el pacto de la fe.

En relación con las virtudes, también se peca de orgullo cuando la persona dice tener muy pocas, y se disfraza de humildad rechazando todo consuelo (*cf.* 1 Co 12:22). Hay algunos que piensan que son pocas sus virtudes mientras que sus pecados son muchos y demasiado grandes para vencerlos, e incluso para ser perdonados, pero eso desacredita la misericordia de Dios y los méritos de Cristo. Sería un orgullo terrible que un mendigo no aceptara las limosnas de un rico y se muriera de hambre.

Finalmente, y también en relación con la virtud, está el orgullo autosatisfecho que lleva a que la persona se exalte diciendo: «Puede que no sea perfecto, pero soy mucho mejor que la mayoría de los creyentes que conozco». Cada mirada de este tipo idolatra a uno mismo, pues igual que comenzamos la vida cristiana por gracia, continuamos en ella por gracia, y crecemos en ella también por gracia. Confiar en la vir-

tud en vez de en la gracia no es bueno, y más tarde o más temprano comprobaremos que no podemos continuar en el camino apoyados en nuestra propia virtud. Querer el yugo de la ley en vez del yugo de Cristo trae malos resultados.

Por eso, hemos de examinarnos, y hemos de examinar el pozo del cual sacamos nuestro consuelo: si de nuestras virtudes o de la gracia. Y si estamos haciéndolo de las primeras debemos saber que estas son cisternas que pronto se secarán. Dejar la gracia por la virtud es dejar la Fuente por unas *cisternas rotas* (Jer 2:13). Además, estaremos robando si actuamos así, pues nuestras virtudes nos han sido dadas y estaremos confiando en ellas como algo propio en vez de como en dones de Dios. Y podemos preguntarnos: ¿Puede consolarlos algo que hemos robado?

*En segundo lugar*, en el desarrollo del mismo principio fundamental, hablamos más brevemente del *orgullo por los privilegios*, el cual se manifiesta de múltiples formas. Puede aparecer por el éxito cristiano, tal como vemos en *los setenta* misioneros enviados por el propio Señor: volvieron impresionados por sus propias hazañas, y deseando contar los milagros que habían hecho. Pero el Señor les advirtió diciendo: *No os regocijéis de que los espíritus se os sujetan* [ni siquiera de esto] *sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos* (Lc 10:20). En otras palabras: «No te ciegue tu propia gloria cuando tengas éxito en la misión, porque habrá almas en el Infierno que también dirán: *Señor, Señor [...] en tu nombre echamos fuera demonios* (Mt 7:22)».

Puede aparecer también orgullo por el privilegio de la persecución, pues sufrir por la verdad de Dios es realmente un privilegio (*cf.* Fil 1:29). El cristiano tiene fe, pero la perseverancia es muy importante, porque sin ella la fe no dura-

ría mucho. Y de esta última, durante las persecuciones o las tribulaciones, hemos de cuidarnos para no pensar que somos nosotros mismos los que nos mantenemos con fe en ellas. Cuando estemos en estas situaciones, si Dios permite que pasemos, debemos recordarnos a nosotros mismos tres cosas: *una*, que realmente merecemos sufrir, pues hasta el propio Cristo sufrió por los pecados, y nosotros no estamos exentos de ellos; *dos*, que solo perseveramos por la gracia de Dios, y que si somos sufridores en vez de perseguidores, es por la gracia de Dios; y *tres*, que si nos atribuimos méritos por nuestros sufrimientos, entonces no podemos decir que estamos sufriendo por Cristo.

Hemos de tener claro que lo que un mártir hace para Dios no es el hecho de sufrir, sino la actitud ante el sufrimiento, pues como dice el propio Pablo, puedes entregar tu cuerpo a la hoguera y estar allí en medio del fuego con un corazón orgulloso, muriendo por ti mismo y no por Cristo (*cf.* 1 Co 13:3; mírense aquí los dos casos que se citan y el amor necesario en ellos: uno hacia las personas, y otro hacia Dios mismo). Si tu meta secreta es levantar un monumento a tu propia memoria para que la gente alabe tu fe y tu valor después de la muerte, tu ofrenda no será agradable ante Dios. El Señor no recibirá ninguna ofrenda de un corazón orgulloso, así como tampoco rechazará ninguna de un corazón humilde.

*En tercer lugar*, decimos algo del *orgullo por las bendiciones*. Si Satanás nos puede llevar al orgullo durante la persecución, también intentará hacerlo con las bendiciones. Si alguna vez Dios nos bendice de forma especial, no es difícil pensar: «Es que soy un hijo predilecto, por eso me bendice *a mí* de esta forma y no a los otros». La respuesta correcta a las bendiciones especiales de Dios debe ser la humildad y un profundo sentimiento de amor y gratitud.

Ciertamente, al igual que hizo con Pablo, Dios nos deja ver nuestra tendencia al orgullo por las pocas bendiciones extraordinarias que tenemos, pues con ellas fácilmente nos podemos inflar. Y el hecho de que Dios no nos dé más de esas bendiciones, también, ciertamente, es una bendición. Así que, de una forma u otra, dándonos o privándonos, Dios siempre está bendiciendo a sus hijos.

Entre las bendiciones de Dios está, evidentemente, también su consuelo, pero hemos de cuidarnos para no pensar que dicho consuelo viene como premio a nuestras virtudes. De nuevo, es la gracia de Dios sobre nosotros, de modo que los consuelos no indican nada acerca de nuestro grado de merecimiento. Más bien debemos verlo al revés, como el niño más débil pasa más tiempo en brazos de su madre que el fuerte.

Y si tenemos consuelos de Dios, debemos aprovechar ese tiempo de bendición para trabajar más para el Señor. El avaro pasa su tiempo contando el dinero sin invertirlo, pero el sabio hace trabajar su dinero para ganar intereses. Así también sucede espiritualmente con el que desea amontonar sus consuelos, pues terminará perdiéndolos, mientras que el que los usa para Cristo aumentará su tesoro.

El orgullo también puede asaltarnos para que pensemos que somos nosotros la fuente de nuestros propios consuelos, y dejemos de recordar que dependemos de Dios para la paz y el gozo. Si una persona intentara guardar los rayos del sol que entran en su casa cerrando las ventanas, diríamos que es un necio. Pero, de igual modo, algunos cristianos son tan necios como para apartarse de Dios cuando reciben de él el gozo y el consuelo, suponiendo que ya tienen de sobra.

El consuelo, y el resto de las bendiciones de Dios, son para mantenernos humildes, de igual modo que lo fue el maná

que daba a su pueblo Israel. Ese alimento caía diariamente, la bendición caía diariamente, y se nos dice que era así para afligir al pueblo y para probarlo, para hacerle bien (*cf.* Dt 8:16). No les daba Dios pan de pobres para humillarlos, pues también se nos dice que era *pan de nobles* [...] *trigo de los cielos* (Sal 78:24-25), pero la forma de entregárselos los mantenía humildes. Es Dios quien tenía y tiene la llave de la despensa, y es Dios quien da sus bendiciones y nos obliga a esperar en él para reconocer que solo él es la fuente de la vida, y actúa así con el fin de mantenernos en humillación y dependencia de él.

Y podríamos seguir, pues el tema del orgullo es muy amplio. Pero hemos de terminar, y lo hacemos con unos pensamientos finales: el orgullo es un pecado que nos asedia, y el orgullo carnal prepara el camino para pecados espirituales, y si no luchamos por erradicarlo, nos llevará al endurecimiento y a que Dios se aparte de nosotros (*cf.* Jue 16:20), con las consecuencias que esto trae. Por esto hemos de estar siempre vigilantes.

Del *justo Lot* nos indica el apóstol Pedro en su segunda carta que luchaba y se *afligía cada día viendo y oyendo los hechos inicuos* de los habitantes de Sodoma (2 P 2:7-8). Y podemos recordar cuáles eran esos hechos, ¿pero qué pasó con él en Zoar? Su falta de vigilancia lo llevó a la borrachera y a tener relaciones incestuosas con sus dos hijas, de las cuales nacieron los que serían los padres de dos pueblos enemigos del pueblo de Dios: los moabitas y los amonitas (*cf.* Gn 19:30-38).

Pablo era por naturaleza tan necio y orgulloso como cualquier persona. Además, le fueron concedidos dones, virtudes, éxitos, persecuciones, bendiciones, consuelos, revelaciones, etc., mucho mayores que a cualquiera de nosotros.

Por tanto, ciertamente, tuvo que luchar mucho contra su propio orgullo, pero fue Dios quien lo mantuvo en humildad dándole aquel aguijón en la carne. Y por eso, porque Dios guarda a los suyos, es por lo que debemos terminar con las palabras de Pedro con las que empezamos: ***Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postero*** (1 P 1:3-5).

En Isaías 33:21 leemos: ***Porque ciertamente allí será Jehová para con nosotros fuerte, lugar de ríos, de arroyos muy anchos, por el cual no andará galera de remos, ni por él pasará gran nave***. La comparación es muy significativa: si una ciudad está favorecida con anchos ríos se expone a ser atacada con galeras u otros barcos de guerra. Así también los cristianos por el orgullo en relación con todo lo que está implicado en nuestra propia salvación, con todo. Y aquí tenemos la promesa de Dios, pero a nosotros nos corresponde esforzarnos, vigilar, y orar. Y quizá debamos aprender a hacer esto último, diciendo como un antiguo hombre de Dios:

«Señor, si me mandas riquezas como grandes ríos, no permitas que por estos suba la galera del amor al mundo o del orgullo. Si me concedes salud en abundancia y un temperamento alegre, no dejes que la gran nave del reposo carnal y del orgullo remonte el río caudaloso. Si obtengo buenos resultados en el ministerio santo, no encuentre yo la galera de la vanidad y de la confianza en mí mismo flotando sobre las olas de mi utilidad. Y si llegase a ser tan sumamente dichoso

como para gozar la luz de tu rostro año tras año, no desprecie yo nunca a tus santos más débiles ni permitas que la vana idea de mi propia perfección suba por los anchos ríos de mi plena seguridad. Señor, dame esa bendición que enriquece y que no añade tristeza ni ayuda al pecado».

¡Que así sea en todos, para su gloria y nuestra bendición!

## ORACIÓN EN LA AFLICCIÓN IV LOS PENSAMIENTOS DE DIOS Y LOS NUESTROS

2 Corintios 12:7-10

Lectura introductoria: Hechos 8:18-20

*Cuando vio Simón que por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero, diciendo: Dadme también a mí este poder, para que cualquiera a quien yo impusiere las manos reciba el Espíritu Santo. Entonces Pedro le dijo: Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero. No tienes tú parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón.*

Llevamos unos capítulos en los que hemos realizado un *excursus* de la oración que nos ocupa, *Oración en la aflicción*, para efectuar un *incursus* en las arenas movedizas del pantano del orgullo, y lo hemos hecho porque este pecado a todos nos asedia, en todos se encuentra, por todas partes se fomenta y estimula, y Dios lo aborrece de forma especial. Y aun en este capítulo seguiremos hablando de otro aspecto de este, pero pronto saldremos de ese ambiente corrompido para mi-

rar la gracia *de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo* (Tit 2:13) que nos preserva.

Debemos recordar lo que ya escribimos: Pablo hizo esta oración después de hablar, según sus propias palabras, como un loco, cuando fue obligado a gloriarse debido a la situación peligrosa que se daba en la iglesia de Corinto por la actuación de falsos maestros en ella. Pablo, ante aquellos orgullosos, habla acerca de sus trabajos y aflicciones por causa de Cristo, y después, de aquella experiencia cuando fue arrebatado al Paraíso, tras lo cual nos indica lo que Dios hizo con él para evitar su caída. Dios conocía la naturaleza de su siervo, como conoce las nuestras, y Dios actuó para guardarlo, de modo que el apóstol terminó dando gracias por aquel aguijón.

Es el pensamiento acerca de Dios y su obra, y acerca de nuestra propia naturaleza, el que lleva a los escritores del Nuevo Testamento a incluir en sus cartas oraciones o frases de adoración y alabanza. Porque ¿quién sería suficiente para conseguir su propia salvación?; ¿y quién para guardarla, aunque esta le haya llegado por la gracia de Dios?; ¿y quién para no desviarse por el camino del orgullo que tanto aborrece el propio Dios?

De Dios es la obra, a Dios le corresponde la gloria, y a Dios hemos de dirigirnos con agradecimiento. Y para eso, y antes de comenzar con la exposición de la Palabra, podemos leer lo que escribe Judas: *A Aquél que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único Dios, nuestro Salvador, sea la gloria, la majestad, el dominio y el poder, por medio de Jesucristo nuestro Señor, desde antes de todos los siglos, ahora y por todos los siglos amén* (Jud 24-25 BT).

De uno u otro modo, estas frases de adoración y alabanza se repiten en todos los escritores del Nuevo Testamento, y es

este mismo Dios poderoso que nos guarda para presentarnos delante de su gloria el que guardó al apóstol Pablo, tan expuesto como estaba al orgullo por sus dones, virtudes, éxitos, privilegios, persecuciones, bendiciones, revelaciones, etc.

Así escribió, y es esta la oración que consideramos:

***Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un agujón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2 Co 12:7-10).***

Oración personal a Dios

## 1. INTRODUCCIÓN

Al analizar la primera parte del versículo 7, hemos hablado acerca del orgullo que nos asedia, y que hemos de vigilar constantemente. Nuestra versión (RVR 1960) lo recoge así: ***Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente***, pero creo que entendemos mejor la idea expresándola del modo siguiente: ***Y para que yo no me exaltase desmedidamente por la grandeza de las revelaciones***, pues el problema lo tengo yo, lo tenemos todos, no las revelaciones de Dios. Y con él, hemos hecho referencia al orgullo en cuanto a la dependencia de las opiniones de los demás,

tanto cuando buscamos la alabanza como cuando despreciamos las exhortaciones; del orgullo al no usar los dones que Dios nos ha dado, o al usarlos para la propia gloria, o que nos lleva a despreciar los dones de los demás. Y hemos hablado del orgullo en relación con las virtudes, que nos puede llevar a creernos superiores, a comportarnos con imprudencia y temeridad, a criticar y a juzgar a otros, a descansar en esas virtudes y no en la gracia de Dios, y a estar satisfechos con nuestra pretendida bondad. De igual modo, hemos hecho referencia al orgullo por los privilegios que tenemos como cristianos, el que puede florecer por el éxito o incluso por las persecuciones y padecimientos, y finalmente, hemos hablado del orgullo ante las bendiciones recibidas por parte de Dios, que nos pueden llevar a pensar que las tenemos porque las merecemos.

Y he dicho que pronto vamos a dejar este asunto, pero antes debemos dedicar un poco de tiempo a hablar de un tipo de orgullo, quizá el más peligroso de todos, y que podemos llamar *orgullo espiritual*.

## 2. PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

Seguimos, por tanto, con el mismo principio que obtenemos de la oración: «El orgullo es un pecado que nos asedia y ante el cual hemos de ser muy vigilantes, constantemente vigilantes». Ya se indicó en el estudio anterior que la falta de lucha contra nuestro propio orgullo carnal y la falta de vigilancia de nuestro corazón pueden conducirnos al orgullo espiritual, y con él, al endurecimiento y a no darnos cuenta que Dios se ha apartado de nosotros, tal como sucedió con Sansón, al cual también citamos. ¿Cómo es este orgullo espiritual, cómo podemos identificarlo, cómo se manifiesta?

*En primer lugar*, el orgullo espiritual es aquel que nos lleva a ver la bondad de la ley de Dios, a ver lo insuficientes que somos para cumplir dicha ley, a ver también lo pecadores que somos, pero, sin embargo, no nos lleva a ver la naturaleza odiosa del pecado, ni a rechazarlo completamente en nuestros corazones, ni a entregarnos completamente a Dios.

El orgullo espiritual es aquel que lleva a las personas a sentirse humilladas como a la fuerza, cuando en realidad no tienen humildad. Las personas así sienten lo que sentirán todos los condenados y el propio diablo en el día del juicio: convicción de pecado, humillación, y obligación de admitir que Dios tiene la razón. No podemos detenernos en ello, pero sería bueno leer las reacciones de Faraón (*cf.* Éx 9:27;10:16-17), Balaam (*cf.* Nm 22:34), Acán (*cf.* Jos 7:20), Saúl (*cf.* 1 S 15:24) y Judas (*cf.* Mt 27:4), todos los cuales reconocieron que habían pecado.

En cambio, la humildad espiritual lleva no solo al conocimiento sino también al rechazo del pecado, al abatimiento de uno mismo y al deseo de exaltar únicamente a Dios. La humildad espiritual nace de la verdadera comprensión, sentido y deseo de la hermosura de la santidad, y no del miedo al castigo, como sucedió con Simón el mago (*cf.* Hch 8:24). Y hemos de analizarnos, porque aunque tengamos grandes y maravillosas experiencias, o hagamos muchas cosas en la obra del Señor, estas no sirven para nada si nos falta la verdadera humildad que procede de la gracia de Dios.

Desde luego que los hipócritas orgullosos pretenden ser humildes, y pueden decir con buenas palabras: «Soy el más grande pecador, soy el menor de los santos, soy despreciable...», pero en el fondo esperan que los demás los tengan por santos sobresalientes. Y es fácil comprobar por dónde estamos en este camino: simplemente hemos de preguntarnos

cómo reaccionamos cuando otra persona dice de nosotros esas mismas palabras.

*En segundo lugar*, el orgullo espiritual es el que lleva a tener la propia humildad en gran estima, mientras que el verdaderamente humilde es el que se ve como un gran orgulloso. Evidentemente, esto sucede porque ambos tipos de personas tienen distintos modos de verse a sí mismas, unas tienen un *ojo bueno* y otras un *ojo maligno* (Mt 6:22-23).

Lo digo con un ejemplo: si el apóstol Pedro se hubiera arrodillado para lavar los pies de otro de los apóstoles en aquella última cena, hubiera sido un acto de humildad suyo del que, evidentemente, podría tener la tentación de mostrarse orgulloso, cuando no sería tanto lo que se habría rebajado: «Mirad lo que hice». Pero si se los hubiera lavado al Señor, ¿lo consideraríamos una muestra de humildad? Pienso que no deberíamos, y él tampoco debería verlo así a no ser que mostrara tremendamente su orgullo. Humildad fue lo que hizo el Señor con él y los otros, y Pedro, en vez de tener presente durante toda su vida este acto que no hizo y que lo podía inflar tuvo aquel otro cuando negó al Señor, juró y maldijo (cf. Mt 26:69-75). Y así, el hombre orgulloso espiritual es como Pedro lavando los pies del Señor, pues llega a pensar que confesar su falta delante de Dios y pedir perdón, en vez de ser su obligación, es ya una señal de gran humildad, y esta pretendida humildad es de gran estima para él. Incluso puede hacerlo con total falta de convencimiento, a la fuerza, creyendo que así es humilde.

En cambio, el cristiano que anda por el camino de la humildad marcado por la gracia siente que nunca se ha humillado suficientemente delante de Dios, siente que por más bajo que se agache, todavía no se ha agachado bastante, y siente que su orgullo es grande, y no su humildad. El cristia-

no humilde no cree que postrarse ante Dios sea señal de humildad, pues piensa y sabe que, precisamente, ese es el sitio que le corresponde.

Debemos, pues, examinarnos con detenimiento, pues incluso podemos estar orgullosos por el hecho de confesar que somos orgullosos. La gracia de Dios vuelve a la persona enemiga del pecado, la hace crecer en santidad, y la hace parecerse más al propio Cristo, de modo que la humildad, la benignidad, el amor, el perdón, la compasión, la misericordia, etc., tienen que crecer como cualidades en ella, pues eran virtudes del Señor. Podemos recordar sus propias palabras cuando dice: ***Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*** (Mt 11:29).

En tercer lugar, el orgullo espiritual lleva a olvidar la vigilancia de uno mismo y a olvidar el cumplimiento de los deberes cristianos que tienen que ver no con las obras externas, que pueden seguir haciéndose, sino con las internas, con el análisis de la existencia o no del fruto del Espíritu en la propia vida: ***Amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza*** (Gá 5:22-23). El orgullo espiritual lleva a la persona a pensar que, aunque falte este fruto del Espíritu en su vida y, por el contrario, manifieste las obras de la carne, tales como las ***enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas***, etc. (v. 20), es cristiana y no está en peligro del Infierno. Este modo de actuar endurece el corazón, mientras que la humildad espiritual va convirtiendo el corazón de piedra en uno de carne.

Lo repito una vez más: las Escrituras no saben nada acerca de cristianos verdaderos con espíritus orgullosos, egoístas, contenciosos, enojados, etc. Esta forma de ser, este orgullo espiritual, hace a las personas desequilibradas, mientras que la verdadera humildad muestra la belleza del balance y

la simetría (véase al final de este capítulo: «El equilibrio perfecto en Cristo Jesús»). Por ejemplo: el orgullo espiritual ama a los que lo aman, pero no a los que se oponen a él. A esto llamo desequilibrio, pero no es así la verdadera humildad. El orgullo espiritual lleva al interés por los pecados de otros, pero a la despreocupación por los suyos propios. El orgullo espiritual olvida las necesidades físicas de los demás, las de los cuerpos, o las de las almas, de modo que en algunos casos interesa solo lo primero, y en otros, solo lo segundo. Incluso en un tercer caso, no interesa ninguna de ambas cosas. Y a esto llamo desequilibrio; mientras que la persona con verdadera humildad espiritual se preocupa por ambas cosas: las necesidades físicas y espirituales de los que la rodean.

Así que, una vez más: hemos de ser muy vigilantes con nuestros propios corazones y con nosotros mismos, y la única regla válida para ello es la propia Palabra de Dios, lo que Dios nos dice, no lo que pensamos o sentimos. Hemos de preguntarnos una y otra vez: ¿Cómo vamos por el camino del perdón, de la pobreza de espíritu, de ser pacificadores y limpios de corazón, del amor hacia los demás, de la paciencia, de la mansedumbre, etc., que nos marca Dios en su Palabra? Hemos de vigilarnos y analizarnos.

Ahora bien, como en esta vigilancia y lucha somos insuficientes, cuando verdaderamente estamos empeñados en ella, cuando verdaderamente tenemos hambre y sed de justicia, hambre y sed de santidad (no la imputada que recibimos del Señor, sino la nuestra propia), Dios actúa en su gracia para sostenernos. Es lo que vemos que hizo con Pablo, tal como se encuentra recogido en la segunda parte del versículo 7: ***Me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobre-***

**manera.** Los dos principios que se derivan de esta parte podemos enunciarlos así: Cada aflicción y prueba dolorosa en las vidas de los cristianos es una misericordia de Dios; y: Dios tiene propósitos misericordiosos en dichas aflicciones.

Pablo había recibido revelaciones celestiales y otras muchas bendiciones, pero desde luego en ningún caso con el fin de promover o producir el orgullo en él mismo. No obstante, podía abusar de ellas por el pecado que moraba en su interior, y así, para que no cayera en el orgullo espiritual, para que no se volviera seguro de sí mismo haciéndose de ese modo un inútil, para que no se mirara a sí mismo como un favorito especial de Cristo, le **fue dado un aguijón en su carne.**

La palabra que se traduce como aguijón (*skolop*) también puede significar una espina, lo cual implica que era algo bastante doloroso. Además, como dice: **En mi carne**, hemos de entender que era una aflicción en el cuerpo. Y, además, puesto que Pablo oró para que dicho aguijón le fuera quitado, hemos de entender también que Dios lo mantuvo con él. También hemos de resaltar que Pablo habla de **un mensajero de Satanás**, es decir, de uno de los ángeles malvados, el cual procuraba hacer que la espina que le causaba malestar físico también lo atormentara espiritualmente, siendo, por tanto, este un caso parecido al de Job, del cual podemos recordar su enfermedad y el comportamiento de su propia mujer durante aquella.

En el caso de Pablo no se sabe en qué consistía esta espina o aguijón, habiéndose dado por lo menos doce explicaciones diferentes para esta: epilepsia, enemigos, histeria, neuralgia, depresión, malaria, lepra, problemas con el habla, etc. Quizá la más acertada sea un defecto visual que pudiera tener el apóstol, y esto a la luz de Gálatas 4:13-15, carta que

fue escrita antes que esta que estamos considerando (llevaría a una interpretación literal de «sacar los ojos»), de Hechos 23:3-5 (no reconoció al sumo sacerdote, y eso sería muy difícil para Pablo a menos que no viese correctamente), de Gálatas 6:11 (donde habla de grandes letras escritas por su propia mano), y de Romanos 16:22 (donde se dice que fue otro el que le escribió la carta). Pero tampoco hay seguridad de que el aguijón fuese este.

Lo que sí está claro es el contraste existente en este versículo: el propio Pablo que fue llevado *por Dios* al tercer cielo para que viera la luz celestial es, posteriormente, atormentado constantemente por un mensajero del príncipe de las tinieblas, hecho este también de Dios, pues nos dice: **Me fue dado**. Puede que algunos se hayan quedado con las ganas de saber más, picados por la curiosidad, pero hemos de admirar aquí la sabiduría de Dios que limita al apóstol para que no sea más explícito, porque, de este modo, su declaración se adapta mejor a cualquier caso.

Siendo como es la naturaleza humana, quiso el Espíritu Santo no darnos a conocer concretamente el carácter de este particular **aguijón en la carne**, porque entonces muchos seríamos tentados a quejarnos en nuestras aflicciones, comparándolas con las del apóstol, y diciendo: «Pablo podía gloriarse en su debilidad, en su aguijón, pero si hubiera tenido el problema y el dolor que *yo tengo, mi problema y mi dolor*, habría hablado de un modo distinto, otro gallo cantaría». Si el apóstol hubiera hablado de que tenía una enfermedad de los ojos, entonces aquellos que no tuvieran esta enfermedad, pero sí otra, por ejemplo, reumatismo, ataques de gota, tensión alta, etc., u otro problema importante en sus vidas estarían tentados a decir que *su aguijón* era mucho más duro de soportar. Así que debemos dar gracias a Dios porque ha de-

jado esto de modo indefinido, de manera que cada cristiano afligido pueda tomar consuelo pensando en la posibilidad de que su aflicción sea la misma que tuvo Pablo.

Por tanto, hemos de ver que todo lo que en nuestras personas o nuestras circunstancias sirvan para mortificar el orgullo que llevamos dentro es nuestro **aguijón en la carne**. Y hemos de pensar que dicho aguijón forma parte de la misericordia de Dios para con nosotros. En el caso de Pablo, aquel aguijón le fue dado como un favor divino, y así debemos considerar cada una de nuestras pruebas dolorosas: como una misericordia que viene de Dios, cuyo propósito es ocultar nuestro orgullo. Incluso la propia **muerte**, aun siendo **la paga del pecado** (Ro 6:23), es también una misericordia de parte de Dios. Ciertamente, puede ser una misericordia dolorosa y severa, pero misericordia al fin y al cabo, pues el verdadero cristiano debe vivir con los ojos puestos en las cosas de arriba, sabiendo que para él **el morir es ganancia** (Fil 1:21).

De este modo, cuando el apóstol dice: **Me fue dado**, nos está indicando la aceptación que tuvo, después de un tiempo, de dicha aflicción, al comprender que esta venía de Dios, sujetándose con docilidad a ella, con acción de gracias. Pero puesto que Pablo también dijo: **Para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente**, o mejor: **Y para que yo no me exaltase desmedidamente por la grandeza de las revelaciones**, nos muestra que no solamente había aceptado su aflicción como un don del Señor, sino que también se dio cuenta de la razón por la que se le había dado, a saber: el aguijón iba a hacerlo más humilde.

En el caso de Pablo, la aflicción no era para corrección, sino para prevención, y así también puede sucedernos a veces a nosotros. Dios puede quitarnos una riqueza relativa,

una cierta comodidad o bienestar, para que nuestro deseo y voluntad no se pongan en el dinero; o quitarnos la prosperidad en un negocio o en la salud, para que no nos enorgullecamos; o quitarnos a un ser querido que podemos estar idolatrando, etc. La efectividad de este aguijón para Pablo se demuestra por el hecho de que durante *catorce años* no llegó a hablar nunca de su arrebatamiento *al paraíso* (vv. 2-4), y nunca lo hubiera hecho si no se hubieran dado las circunstancias excepcionales que se daban en la iglesia de Corinto.

Hemos de observar también que habla del *mensajero de Satanás que* lo abofetea, es decir, del hecho de que Satanás intenta usar las pruebas y aflicciones que Dios trae a nuestras vidas con propósitos misericordiosos para que reneguemos de Dios o para descalificarnos en nuestro trabajo. El caso de Job que hemos recordado, o el de la mujer que aparece en Lucas 13:10-11,16, nos muestra que al diablo se le da poder para causar enfermedades en el cuerpo, pero no hemos de olvidar que Dios está siempre por encima de él y que tiene sus razones cuando permite que nos aflija.

Ya no vamos a seguir avanzando más. Solamente vuelvo a decir que Dios tiene propósitos misericordiosos en las aflicciones, y que muchas de ellas nos son dadas para mortificar el orgullo que llevamos dentro y evitar nuestra caída.

De todos modos, y a la luz de todo lo expuesto, debemos incluir otro motivo más en nuestras oraciones: pedir a Dios que nos capacite para darle gracias en medio de las aflicciones, sabiendo que estas tienen un propósito bueno para nuestras vidas; y pedirle, si es su voluntad, poder conocer dicho propósito en ellas. Así conoceremos más a Dios y lo podremos glorificar más, no solamente en el bienestar, sino también en la adversidad, y eso traerá mucha bendición a nuestras vidas.

Dios quiera que podamos tener siempre en nuestros labios y en nuestros corazones la alabanza y adoración que al principio hemos leído en la carta de Judas, pero hecha de un modo personal e individual: A aquel que es poderoso para guardarme sin caída, y presentarme sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, mi Salvador [otras versiones añaden: por medio de Jesucristo mi Señor], sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén

¡Que así sea!

## EL EQUILIBRIO PERFECTO EN CRISTO JESÚS

GRACIA ...	SIN DEBILIDAD
VERDAD...	SIN SEVERIDAD
FUERZA...	SIN VIOLENCIA
AUTORIDAD...	SIN IMPOSICIÓN
CELO...	SIN IMPRUDENCIA
PROPORCIÓN...	SIN EXAGERACIÓN
GRANDEZA...	SIN ALTIVEZ
INTEGRIDAD MORAL...	SIN FALSO PURITANISMO
FORTALEZA...	SIN OPRESIÓN
ALEGRÍA...	SIN LIGEREZAS
SOCIABILIDAD...	SIN DISIPACIÓN
ESPIRITUALIDAD...	SIN ASCETISMO
RESPONSABILIDAD...	SIN GRAN PREOCUPACIÓN
LIBERTAD...	SIN LIBERTINAJE
TRISTEZA...	SIN DEPRESIÓN
FERVOR...	SIN FANATISMO
CONOCIMIENTO...	SIN ENVANECIMIENTO
AMOR...	SIN LASCIVIA

UNIDOS AL MISMO TIEMPO Y EN LA MISMA PERSONA  
SOLO EN CRISTO JESÚS, DIOS Y HOMBRE

FORTALEZA Y PRUDENCIA  
TERNURA Y CORAJE  
AMOR Y PUREZA  
AUTORIDAD Y SERVIDUMBRE  
CABEZA Y CORAZÓN  
RAZÓN Y SENTIMIENTOS  
MANSEDUMBRE Y PODER  
HUMILDAD Y REALEZA  
IRA SANTA Y DOMINIO PROPIO  
JUSTICIA Y MISERICORDIA

## ORACIÓN EN LA AFLICCIÓN V LA GRACIA DEL SEÑOR

2 Corintios 12:7-10

Lectura introductoria: Éxodo 33:12-15

*Y dijo Moisés a Jehová: Mira, tú me dices a mí: Saca este pueblo; y tú no me has declarado a quién enviarás conmigo. Sin embargo, tú dices: Yo te he conocido por tu nombre, y has hallado también gracia en mis ojos. Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos; y mira que esta gente es pueblo tuyo. Y él dijo: Mi presencia irá contigo, y te daré descanso. Y Moisés respondió: Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí.*

Continuamos con el estudio de la que hemos llamado *Oración en la aflicción*, de la cual, con lo que hemos visto en días anteriores acerca del orgullo y de la tentación a este en que todos nos encontramos muchas veces, podemos entender mejor el porqué de dicho título. Hemos visto que fue una oración que hizo el apóstol debido a una aflicción que el propio Dios le había dado, lo que él llamó *un aguijón en mi carne*, y hemos visto también que dicha aflicción formaba parte de la misericordia de Dios para con él y que tenía el propósito de mantenerlo humilde.

El apóstol se encontraba en una condición fácil para ser tentado por el orgullo: los dones, las bendiciones, el éxito, las revelaciones, las persecuciones, etc., que Dios le había concedido tenían su parte de peligro. Por eso, y para evitar su caída, para que *no se exaltase desmedidamente*, Dios le dio *un aguijón, un mensajero de Satanás que* lo abofetea-  
ra.

Y hemos considerado algunos aspectos acerca del orgullo espiritual, aquel que no lleva a odiar el pecado ni a amar verdaderamente la santidad; aquel que puede conducir a que las personas se consideren grandes pecadores, con remordimientos, pero sin verdadero arrepentimiento; aquel que no asume las palabras de Pablo: *¡Miserable de mí!, ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?* (Ro 7:24), o las dice solo externamente. A los orgullosos espirituales se les pueden aplicar las palabras que Juan el Bautista dirigió a los fariseos: *¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento* (Mt 3:7-8). Y es que este tipo de orgullo va produciendo un endurecimiento en el corazón de la persona sin que esta se percate, tal como sucedió con Sansón o con el rey David: a este último le dolió el *corazón* cuando cortó *la orilla del manto de Saúl* (1 S 24:5), pero más tarde no tuvo escrúpulos para mirar a Betsabé con lujuria, matar a su marido y cometer adulterio.

Así que Pablo fue afligido, pero después de pasado un tiempo en el que entendió la necesidad de la aflicción, terminó dando gracias a Dios por ella. Y dijimos que nosotros habíamos de pedir también a Dios en nuestras oraciones la capacidad para darle gracias en medio de las aflicciones, sabiendo que con ellas Dios tiene buenos propósitos para nuestras vidas.

Ahora hemos de continuar con el desarrollo de los siguientes versículos y los principios que encontramos en ellos, pero antes vamos a leer la Palabra y a pedir la bendición de Dios.

***Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2 Co 12:7-10).***

Oración personal a Dios

## 1. PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

En relación con el versículo 8: ***Respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí***, el principio que encontramos puede enunciarse así: Las aflicciones nos deben llevar a orar más y a buscar más a Dios.

Esto es muy importante para nosotros, pues debido a nuestra naturaleza, cuando *todo va bien* tendemos a relajarnos y a olvidarnos poco a poco de Dios, olvidando también ***la necesidad que tenemos de orar siempre, y no desmayar*** (Lc 18:1). Y cuando *todo va mal*, también tendemos a olvidarnos de Dios intentando resolver los problemas a nuestra manera y centrados en nosotros mismos y dichos problemas.

En ambos casos estaríamos actuando mal. El agujijón de Pablo no fue en vano, sino que lo llevó a orar, y así debe ser también con nosotros.

Me detengo en esta idea un momento. Hemos dicho que muchas aflicciones tienen el propósito de controlar y disminuir nuestro orgullo, de evitar nuestra caída, y acabamos de decir que en ellas debemos orar más a Dios. Pero sucede que a veces los cristianos, en las aflicciones, en las pruebas, olvidan a Dios, que está detrás de ellas, olvidan la oración, y eligen cometer pecado antes que pasar por la aflicción. Y lo triste es que en muchas ocasiones se elige cometer, si podemos decirlo así, un pecado grande, antes que soportar en los caminos del Señor una aflicción pequeña. Para que me entendáis, un ejemplo simple de lo que digo es el de aquel que ante la escasez que Dios permite en su vida, decide robar antes que pasar por ella, olvidando que dicha escasez es un agujijón para su crecimiento en humildad. A esto es a lo que se hace referencia cuando se habla de la elección que hizo Moisés entre las riquezas de Egipto y el vituperio de Cristo: ***Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón. Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al invisible*** (He 11:24-27).

Como el conocimiento que adquirimos de Dios viene, entre otros caminos, por medio de la oración, Dios mismo nos pone en situaciones en que nos *obliga* a orar y a buscar su voluntad, y eso es lo que debemos hacer. De este modo, el propósito de sus aflicciones es doble: por una parte, mortifi-

car nuestro orgullo, llevarnos a la confianza y a la obediencia, y por otra, llevarnos a orar y, de este modo, a un mejor y mayor conocimiento de él. Lo triste es que en algunos cristianos las aflicciones producen el resultado contrario y sirven más bien para que se alejen de Dios.

Este aumento y mayor intensidad en las oraciones durante las aflicciones lo podemos ver cuando leemos las biografías de personas de Dios, cuando pensamos en los propios apóstoles y profetas, o incluso en el caso del propio Señor Jesucristo del cual se nos dice en el Evangelio de Lucas que, la noche en que iba a ser prendido, en el monte de los Olivos, ***estando en agonía, oraba más intensamente*** (Lc 22:44). Esta idea se desarrolla después en Hebreos 5:7-9.

Pero hay más detalles importantes en este versículo 8: ***Respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí.***

*En primer lugar*, podemos fijarnos en la Persona a quien Pablo dirige su oración, el Objeto de esta, que no es otro sino el Señor, el Señor Jesucristo. Cuando comenzamos estos estudios, indicamos en el primer volumen que nuestras oraciones deben ir dirigidas, mayoritariamente, al Padre, porque así nos lo enseña el Señor en la oración del padrenuestro. Pero también señalamos entonces que aparecen en el Nuevo Testamento oraciones dirigidas al propio Señor, no al Padre, al cual nosotros también podemos dirigirnos. Esta oración que nos ocupa es una de ellas, lo cual es una prueba más de la deidad de Cristo.

En Hebreos 2:18 leemos: ***Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados***, lo cual es una indicación clara de que podemos invocar al Señor en nuestras oraciones. Otros lugares donde aparece esto mismo son Hechos 1:24; 7:59-60 (el caso de

Esteban cuando estaba siendo apedreado); 9:10-14 (el último versículo nos muestra que era costumbre de los cristianos invocar al Señor); 1 Corintios 1:2 (donde se recoge la misma idea).

*En segundo lugar*, otro detalle a destacar es que Pablo hizo su petición antes de darse cuenta de la razón que el Señor tenía para afligirle, lo cual nos muestra que su naturaleza era exactamente igual que la nuestra. Pablo reaccionó rechazando el aguijón, pues los agujones no nos gustan y deseamos que sean pronto quitados. Somos criaturas racionales y sensibles, y es natural que rechacemos el sufrimiento y pidamos la liberación del dolor; es, por así decirlo, el instinto de autopreservación con que Dios nos ha dotado. Y la petición repetida de Pablo nos enseña que aquel aguijón era para él una pesada carga y nos muestra que era un hombre —como dice Santiago de Elías— *sujeto a pasiones semejantes a las nuestras* (Stg 5:17). Y esto no podemos considerarlo como pecado, aunque si no lo es, reaccionar así, tampoco es muy espiritual.

Ahora bien, cuando insistimos en la liberación y nos oponemos o rechazamos la voluntad divina, entonces sí que caemos en pecado, y mucho más cuando buscamos la liberación por caminos que Dios condena. Por tanto, ¿cómo salir de este dilema? La respuesta, una vez más, la tenemos en la gracia de Dios. En el caso de Pablo y en el nuestro, es la gracia de Dios y el poder de Dios el que triunfa sobre nuestra naturaleza, y es la gracia actuando sobre un corazón humilde la que hace que la persona acceda y se someta, sin ningún resentimiento ni resignación, a los propósitos de Dios.

Tenemos aquí, por tanto, otra razón para luchar contra el orgullo, pues si no lo hacemos, nunca llegaremos a este grado de confianza y aceptación que nos permite decir con

Pablo: ***He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación [...] en todo y por todo estoy enseñado [...] todo lo puedo en Cristo que me fortalece*** (Fil 4:11-13).

En tercer lugar, podemos decir algo también acerca de la reiteración con que Pablo hizo su petición. Algunos han argumentado que del ejemplo que tenemos aquí, donde Pablo ruega al Señor por tres veces, y del propio ejemplo de Cristo en Getsemaní, que también oró tres veces consecutivas, hemos de entender que nunca debemos pedir a Dios más de tres veces por una cosa concreta, de modo que si no nos es concedida, debemos dejar de hacerlo. Esta idea, desde luego, es contraria a las Escrituras, pues una y otra vez se nos habla de la importunidad y la reiteración de nuestras peticiones: ***Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto guardas; todo el día y toda la noche no callarán jamás. Los que os acordáis de Jehová, no reposéis, ni le deis tregua, hasta que restablezca a Jerusalén, y la ponga por alabanza en la tierra*** (Is 62:6-7). Y véase Lucas 18:1,7. Dios a menudo no contesta porque quiere probar nuestra fe y nuestra paciencia, y espera para derramar su gracia: ***Jehová esperará para tener piedad de vosotros, y por tanto, será exaltado teniendo de vosotros misericordia; porque Jehová es Dios justo; bienaventurados todos los que confían en él*** (Is 30:18).

Por tanto, no es lo importante el número de veces que hagamos una petición, sino por qué la estamos haciendo, y lo que estamos aprendiendo y madurando en el transcurso de la situación que nos lleva a aquella. De igual modo que el amado Hijo de Dios aprendió la obediencia por lo que padeció, también el propio Cristo le dio a Pablo pisar por un camino similar y ser perfeccionado por un proceso especial de aflicción.

Pasamos ahora al versículo 9: ***Y me ha dicho: bástate mi gracia [mi gracia es suficiente para tí: VRJ] porque mi po-***

***der se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo.*** De él obtenemos los dos siguientes principios también muy importantes en nuestras vidas de oración. *El primero*: Dios, a veces, no nos da lo que pedimos, para darnos cosas mejores; y *el segundo*: Debemos aprender a glorificar a Dios en las debilidades e incluso a gozarnos en ellas.

Lo primero que hemos de decir es que Pablo, a diferencia de los orgullosos espirituales en aquella iglesia, habló antes de su debilidad, (*cf.* caps.11:30;12:5) y ahora acepta que el Señor también se lo diga. No podía tener problema en ello, y lo repite sin problemas porque lo que decía no provenía de una falsa humildad.

Ahora nos fijamos en la respuesta a su oración. Cuando nos acercamos a Dios y hacemos nuestras peticiones, la respuesta de Dios no siempre está en consonancia con lo que nosotros deseamos. Y esto es así porque lo que pensamos que es bueno para nosotros puede no serlo. Como he dicho en otras ocasiones, conocemos muy poco, y estamos muy poco capacitados para percibir aquello que es verdaderamente para nuestro bien espiritual: ***Qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos*** (Ro 8:26).

A menudo, puede que pidamos por cosas temporales, mientras que Dios puede querer darnos cosas eternas; otras veces pedimos por liberación del problema, mientras que Dios puede querer darnos paciencia y humildad; otras pedimos más salud o bienestar económico, mientras que Dios quiere darnos confianza en él; y así un largo etcétera. Dios no responde de acuerdo con nuestra voluntad, sino de acuerdo con nuestro bienestar y provecho espiritual, y hemos de darle muchas gracias por ello, porque no ha dejado en nues-

tras manos nuestro propio crecimiento y desarrollo espiritual, aunque esto no quite el esfuerzo y la ocupación que hemos de tener para aquel.

De igual modo, Dios puede tener en sus planes un gran bien para su Iglesia por medio de nuestras aflicciones y debilidades. Y así, las afrentas son como el estiércol que se echa sobre la hierba, que al principio puede cubrirla, pero después hace que brote más fuerte, como sucedió con el crecimiento de la Iglesia cuando los creyentes se esparcieron debido a la persecución (*cf.* Hch 8:1). Los golpes y otras cosas pueden ser dolorosos para la carne, pero traen gozo al espíritu, como leemos en el caso de Pablo y Silas (*cf.* Hch 16:22-25); el despojo de los bienes nos lleva a mirar más nuestra herencia en los cielos (*cf.* He 10:34), un encarcelamiento puede llevarnos a conversar más con Dios (recordemos las revelaciones de Juan cuando estaba en el destierro y que tenemos en el libro del Apocalipsis), y la muerte lo único que hace es llevarnos a la gloria, dejar una choza para irnos a un palacio (podemos recordar también el caso de Esteban).

Por tanto, no debemos descorazonarnos si nuestras peticiones no son respondidas de acuerdo a nuestras expectativas. A veces el Señor responde de la forma en que lo hizo con Pablo: dándonos paz en las situaciones más difíciles: ***Bástate mi gracia; mi gracia es suficiente para ti***, suficiente para que soportes, suficiente para que permanezcas sumiso como el barro en las manos del Alfarero, suficiente para que confíes en mi sabiduría y amor, suficiente para que entiendas que yo sé lo que es mejor para ti.

El Señor habla de ***mi gracia***, y aunque en este tema tendremos que detenernos en otra ocasión, ahora podemos apuntar algo. El Señor Jesucristo puede derramar su gracia porque es el Verbo, y de ***su plenitud recibimos todos, y gra-***

*cia sobre gracia* (Jn 1:16 RVR 1995). Aquí tenemos a la Cabeza hablando a un miembro de su Cuerpo, y diciéndole: ***Mi gracia es suficiente para ti***; no que «*será*», sino que *es*. Lo que Pablo conocía de un modo teórico ahora debía conocerlo experimentalmente, pues si creemos que la gracia del Señor puede salvarnos del Infierno, ¿no será suficiente para salvarnos de caer en las pruebas insignificantes de esta vida?

Sabemos la respuesta, pero es necesario que la comprobemos, que la experimentemos, porque solo así podremos hablar como el apóstol en esta misma carta: ***Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas*** (2 Co 4:17-18). Hemos de *creer y comprobar* que quien da el aguijón también da la gracia para soportarlo, y ante las pruebas, antes de elegir salir de ellas por un camino de pecado, hemos de ir a buscar esta gracia con diligencia, según se nos indica: ***Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro*** (He 4:16). También está escrito: ***Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús*** (Fil 4:19); y otra vez: ***No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar*** (1 Co 10:13).

Debemos conocer experimentalmente esta gracia para decir con el salmista: ***El día que clamé, me respondiste; me fortaleciste con vigor en mi alma*** (Sal 138:3). Debemos conocer experimentalmente que es el Señor quien da las fuer-

zas para que las vasijas de barro puedan soportar los golpes de Satanás. Pero para conocer la gracia, la fidelidad, y el poder del Señor, hemos de *esperar* en las pruebas manteniéndonos en el camino de la obediencia (cf. Ro 8:24-25), pues, de otro modo, no solamente no conoceremos estas cosas, sino que también el propio Señor será desconocido para nosotros.

Hemos de tener presente que es la gracia de Dios en medio de la aflicción la que nos cambia en metales preciosos, de modo que el fuego y el horno son necesarios (cf. Zac 13:8-9). Y yo sé que estas cosas nos inquietan, ¿pero preferiríamos no tener ningún valor, como las piedras del campo, al precio de estar tranquilos? Pensar así es escoger la parte más despreciable, es tomar el potaje, como Esaú, y es renunciar a las bendiciones del pacto. Por eso es necesario que pensemos una y otra vez, y que aceptemos con gusto, que *es mejor ser echados en el horno que no ser echados de la presencia del Señor*.

El fuego al que el Señor nos somete refina, pero no destruye. El Señor aprecia y ama profundamente a su pueblo, dio su vida por él, y por eso está empeñado en limpiarnos de escoria. Por tanto, si somos sabios, agradeceremos el proceso de fundición en vez de rechazarlo, y hemos de analizarnos para ver *si estamos orando para que se nos quite la escoria o para que se nos saque del crisol*. El Señor sabe si el horno ha de ser calentado *siete veces más de lo* normal (Dn 3:19), pues, aunque esto a otros pueda matar (v. 22), a los suyos servirá para purificarlos y para que el propio Dios sea glorificado. Y quizá tengamos que orar como el propio Señor Jesucristo: *Si es posible pase de mí esta copa [...] pero hágase tu voluntad* (Mt 26:39,42). Hágase tu voluntad para quitar de mí la escoria, aunque el proceso de fundición no

agrade a mi naturaleza caída, y que yo pueda glorificarte en medio de dicho proceso.

Hemos de analizarnos, pues, y no de forma esporádica, para que no se nos apliquen ni se nos puedan aplicar las palabras de Jeremías al pueblo de Israel en sus días, cuando el profeta se quejaba porque las aflicciones no hicieron nada en el corazón de ellos, siendo el resultado final el rechazo del propio Dios: *Todos ellos son rebeldes, porfiados, andan chismeando; son bronce y hierro; todos ellos son corruptores. Se quemó el fuelle, por el fuego se ha consumido el plomo; en vano fundió el fundidor, pues la escoria no se ha arrancado. Plata desechada los llamarán, porque Jehová los desechó* (Jer 6:28-30).

Finalmente, hablamos algo acerca de glorificar a Dios en nuestras debilidades, según la segunda parte de este versículo 9: *Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose* [literalmente: *Para que extienda sobre mí su tienda*] *sobre mí el poder de Cristo*. En relación con esto, Calvino dijo: «El poder de Dios se muestra solamente cuando se lleva la alabanza que merece».

Esta declaración de Pablo muestra que no había en él un sometimiento forzado a Dios, una resignación porque no había otra salida, o un consentimiento externo cuando el corazón se opone. Las palabras *de buena gana (con mucho gusto, muy gustosamente)* nos muestran un gran contraste con la petición para que el aguijón fuera quitado. Cuando Pablo pensó en los propósitos de Dios con el mismo, aceptó la prueba con mucho gusto, mostrándonos que glorificar a Dios en medio de las debilidades, incluso gozándonos en ellas, debe ser nuestro objetivo, y no simplemente la resignación en el sufrimiento. A esto hemos de aspirar, y por esto hemos de orar. Repito: *Orar para someternos a la voluntad de Dios*

*con gozo, y orar para poder glorificar a Dios en las debilidades.* Como dijo un antiguo puritano: «El alma que es rica en gracia puede llevar cargas sin carga».

Aquí tenemos también una prueba con la que podemos comprobar y medir el grado de gracia que hay en nosotros y que mostramos: no es el conocimiento teórico que podamos tener del Señor o de su Palabra, sino que es la facilidad con que soportamos las aflicciones y la alegría o falta de ella que tenemos en nuestros espíritus durante ellas. Cuando los apóstoles fueron azotados, se nos indica que se marcharon **gozoso de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre** (Hch 5:40-41).

Podemos terminar con la oración de un antiguo hombre de Dios, que decía: «¡Oh, Señor, en verdad tú nos pruebas! A veces estamos a punto de derretirnos bajo la violencia de la llama, pero ese es tu camino y tu camino es el mejor. Susténtanos con tu gracia en la prueba y perfecciona el proceso de nuestra purificación, para que seamos tuyos para siempre jamás. Amén».

## ORACIÓN EN LA AFLICCIÓN VI LA DEBILIDAD Y LA FORTALEZA

2 Corintios 12:7-10

Lectura introductoria: 2 Crónicas 20:12-15

*¡Oh Dios nuestro! ¿no los juzgarás tú? Porque en nosotros no hay fuerza contra tan grande multitud que viene contra nosotros; no sabemos qué hacer, y a ti volvemos nuestros ojos. Y todo Judá estaba en pie delante de Jehová, con sus niños y sus mujeres y sus hijos. Y estaba allí Jahaziel [...] sobre el cual vino el Espíritu de Jehová en medio de la reunión; y dijo: Oíd, Judá todo, y vosotros moradores de Jerusalén, y tú, rey Josafat. Jehová os dice así: No temáis ni os amedrentéis delante de esta multitud tan grande, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios.*

Al continuar con nuestro estudio de la que hemos llamado *Oración en la aflicción* debemos dar gracias a Dios que nos ha permitido llegar hasta aquí con ella y debemos darnos cuenta de que entre la lectura del capítulo anterior y la de este podríamos haber sido llamados a su presencia. Si no lo hemos sido, es por el designio de su voluntad y, cuando lo seamos, y en el modo en que lo seamos, debemos estar listos y preparados dándole también las gracias. Y cuando digo esto es para que los que leen lo hagan, para que tú des gracias a

Dios ahora, que seguro que tienes muchos motivos para hacerlo, y no corras para continuar con la lectura.

En relación con la oración, ya hemos hablado extensamente acerca del orgullo que nos asedia, de la vigilancia constante que este precisa por nuestra parte y de lo que Dios hace en nuestras vidas con el fin de limitarlo y disminuirlo. También hemos visto cómo Dios actuó en la vida de Pablo para preservarlo, y cómo este, aunque comenzó pidiendo repetidamente que su agujón en la carne le fuese quitado, terminó dando gracias al Señor por él cuando fue consciente de los propósitos misericordiosos que había en él y con él. Y así, con el agujón, Pablo glorifica a Dios y se goza en la aflicción al comprobar cómo en ella era sostenido por su gracia.

Las aflicciones, todas ellas, provienen de un mismo Dios y son para nuestro bien, de modo que tenemos que pedirle mucho más que nos quite las escorias, y no tanto que nos saque del horno de la aflicción. En relación con esto he de decir que, en mi experiencia, hasta ahora solo un hermano se ha dirigido a mí diciéndome que ore por él en este sentido y, ciertamente, tenía y tiene bastantes aflicciones. Lo normal es que se me pida que ore para que la persona sea sacada del horno. Y hemos de cuidarnos para no querer salir de la aflicción por medio de un pecado, para no elegir cometer un pecado grande antes que soportar una aflicción pequeña.

Y Pablo terminó diciendo que se gloriaba en sus *debilidades con mucho gusto, de buena gana*, porque había comprobado que la gracia del Señor era suficiente para él en todos los momentos y circunstancias.

Hasta aquí hemos llegado; ahora nos queda detenernos en el último versículo que estamos considerando, pero antes vamos a leer la Palabra y a pedir la bendición de Dios.

*Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2 Co 12:7-10).*

Oración personal a Dios

## 1. INTRODUCCIÓN

En el último versículo que hemos leído hay dos partes diferenciadas. En la primera nos vamos a detener poco porque los principios que pueden obtenerse de ella son similares a los ya considerados. Y aquí vemos que Pablo termina diciendo que se goza en *las debilidades, afrentas*, etc., no por sí mismo, ni por ellas en sí mismas, ni por otra causa sino por su amor a Cristo. Dice: *Por amor a Cristo me gozo en las debilidades*.

Con esta expresión, el apóstol va aún más lejos de lo que indicó en el versículo anterior cuando dijo: *Me gloriaré más bien en mis debilidades*, pues una cosa es gloriarse en ellas, porque así, sobre él, puede reposar *el poder de Cristo*, y otra gozarse en ellas *por amor a Cristo*. Y el apóstol hace ambas cosas: se gloria y se goza en ellas. Se gloria porque así se manifiesta el poder de Cristo para sostenerlo y obrar a través

de alguien tan frágil como él mismo, y se goza porque en ellas se siente amado por el propio Cristo y se goza por amor a Cristo o, como también puede traducirse, **por Cristo**, o **por causa de Cristo**.

El sentido de esta expresión lo podemos comprender mejor con las siguientes preguntas: ¿Cómo puede un cristiano que dice creer que Cristo lo ama y que es el propio Cristo quien le da las aflicciones no estar gozoso en ellas como bendiciones que son?; ¿no debería gozarse en ellas por amor a Cristo?; ¿no falla algo cuando falta este gozo? O más bien, ¿no nos falta amor a Cristo cuando carecemos de dicho gozo?

Tú que lees, párate a pensar, porque, probablemente, debas pedir más gracia a Dios para que tu testimonio en las aflicciones sea distinto. El amor de Cristo no es como el amor del mundo, del cual algunos dicen: *Hay amores que matan*. En todo caso, ese amor es para matar nuestra carne y sus deseos, es para vida y no para muerte, es para purificarnos, y es **para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado** en y **por ella** (Jn 11:4). Y creo que hemos de pedir perdón por cuantas veces esto no sucede en nuestra experiencia, y debemos pedir el poder del Señor que nos lleve a glorificarlo y a gozarnos en medio de las aflicciones, por amor a Cristo.

Así que, como también se ha indicado ya, aquello ante lo que nuestra naturaleza retrocede, la fe lo acepta y se regocija por las bendiciones posteriores que se derivan de lo mismo. Es este otro ejemplo más de cómo vence la gracia de Dios, de cómo Dios puede sacar una cosa limpia de algo sucio, de cómo Dios puede sacar algo bueno de lo malo, o de cómo Dios puede hacer que tanto la ira del hombre como la enemistad de la serpiente lo alaben. Y es por eso por lo que el

salmista escribió: ***Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos*** (Sal 119:71), y el profeta Jeremías: ***Bueno le es al hombre llevar el yugo desde su juventud [...] porque el Señor no desecha para siempre [...] no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres*** (Lm 3:27,31,33).

Pero dejamos ya esta primera parte del versículo, cuyo comentario también se encuentra incluido en lo que dijimos en el capítulo anterior, y nos detenemos en la frase final de este, que dice: ***Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte***, tomando para su explicación unas ideas de Spurgeon en una predicación suya sobre este mismo versículo.

## 2. PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

Los principios que obtenemos en esa parte final son los siguientes: *El primero*, que hemos de saber distinguir entre la buena y la mala fortaleza y debilidad; y *el segundo*, que es nuestro deber fortalecernos, en un sentido bíblico, aun sabiendo que nuestra fuerza proviene del Señor.

Las palabras: ***Cuando soy débil, entonces soy fuerte***, no solo se encuentran recogidas en la Biblia, sino que también han sido escritas en las vidas de muchos santos; son estas palabras las que nos llevan a pedir las oraciones de los unos por los otros y, sobre todo, las que deben pedir todos aquellos que tienen alguna responsabilidad en las iglesias. En realidad, presentan una *paradoja* que no debe dejarnos perplejos a ninguno de nosotros, al mismo tiempo que son una *advertencia* para los que se creen fuertes, para que no olviden la flaqueza de su poder (***el que piensa estar firme, mire que no caiga***: 1 Co 10:12), y son un *consuelo* para los que se consideran débiles, para que no olviden el poder que puede existir

en su flaqueza (***todo lo puedo en Cristo que me fortalece***, si Cristo me fortalece: Fil 4:13). Destacamos varios aspectos en relación con la frase:

*En primer lugar*, hemos de saber que no es cierta en todos los sentidos en que podría leerse; es decir, no siempre pueden afirmar los cristianos que ***cuando soy débil, entonces soy fuerte***. Esto es un ejemplo más de la necesidad de analizar los textos de la Biblia en sus contextos, primero en los más cercanos, después en otros más lejanos y, finalmente, con el resto de enseñanza en ella, no como hacen algunas sectas.

Algunos son siempre débiles, pero nunca han descubierto en sí mismos nada de la fuerza de que se habla aquí o, en todo caso, solo muestran fortaleza para ser testarudos, obstinados, orgullosos y carnales. Si la terquedad es poder, o el orgullo es fortaleza, entonces algunos son campeones, pero no fuertes en ningún otro aspecto. Y hemos de guardarnos de decir que somos débiles y después contradecir nuestras propias palabras por la terquedad, el orgullo, la soberbia, la obstinación, etc., tan fuertes que podemos mostrar. Una ilustración de esto la tenemos en 2 Reyes 5:7, donde el rey de Israel, ante su debilidad, no usó un lenguaje de humildad y piedad, sino uno de falta de fe y de orgullo: ***¿Soy yo Dios, que mate y dé vida, para que éste envíe a mí a que sane un hombre de su lepra?***

Por tanto, hay un tipo de flaqueza que conviene temer, que puede introducirse en nosotros sin darnos cuenta, y que no va acompañada de poder, ni de honra, ni de virtud. Es la que podemos llamar *flaqueza en las cosas santas, flaqueza en la santidad*, la cual es solamente un mal que, si no se erradica, lleva a empeorar el carácter y a ser derrotados en la vida.

Fue esta la flaqueza de Sansón cuando hubo perdido su comunión con Dios. En aquel momento, él no pudo decir: ***Cuando soy débil, entonces soy fuerte***, sino al contrario: **«*Sansón, los filisteos sobre ti***, los filisteos de tus pecados se te echan encima», y entonces ya no pudo herirlos, ni pudo protegerse, ni guardar sus propios ojos, ni seguir en libertad, sino que tuvo que trabajar ciego dando vueltas en un molino (Jue 16:20-21). Y hemos de recordar que esta flaqueza vino sobre aquel que había herido a miles y los había dejado muertos amontonados, y sobre aquel que había llevado en sus hombros ***las puertas de la ciudad*** de Gaza (Jue 16:3).

Así que hay una debilidad en las cosas santas que nos lleva al pecado, y que, como no supone ninguna fuerza buena, hemos de luchar contra ella constantemente, no sea que también nos lleve a la destrucción. Podemos ver varios ejemplos de este caso.

*La flaqueza en la consagración y el servicio a Dios* no proporciona ni conlleva ninguna fortaleza. Los largos cabellos de Sansón mostraban su consagración a Dios, y si alguna vez llegamos a ser flacos por falta de consagración, esta flaqueza será fatal para nosotros. Así que no hemos de quedarnos tan tranquilos si vemos debilidad en este sentido, porque eso sería como el entusiasmo que podría mostrar una persona por tener un derrame cerebral, al no poder hacer las cosas como otras personas normales.

Necesitamos pensar constantemente que ***las manos caídas y las rodillas paralizadas*** no glorifican a Dios (He 12:12). Por tanto, una conciencia de nuestra debilidad es de valor solamente cuando nos mueve a ir al Señor y a agarrarnos a su suficiencia, tal como dice el apóstol: ***No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como***

**de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios** (2 Co 3:5). El Señor ha dicho: **Separados de mí nada podéis hacer**, ni mucho ni poco (Jn 15:5), pero el complemento de esto es: **Todo lo puedo en Cristo que me fortalece** (Fil 4:13). Véase Efesios 6:10; 2 Timoteo 2:1.

Por consiguiente, hemos de analizarnos para ver si estamos siendo señores de nosotros mismos, pues aunque no hagamos nada malo a los ojos de los hombres, es muy malo apartarse de la consagración y del servicio a Dios hecho con todo el corazón. Hemos de hacer todo lo mejor que podamos, y Dios perdonará lo peor que hagamos. Repito: solo somos poderosos en la medida en que aumenta nuestra consagración, y si esta falta, es normal que la gente del mundo nos diga que somos semejantes a ellos.

De igual modo, *la flaqueza en la comunión con Dios* no entraña ningún tipo de poder ni de virtud. David descuidó su comunión y pecó con Betsabé; Pedro siguió a Jesús de lejos y pronto lo negó; Jonás no quería obedecer y pasó por un naufragio; el rey Ezequías mostró sus tesoros con orgullo y pronto vio el mal en él mismo y en su propia familia. Y muchos cristianos creen que, dejando de asistir a la “casa del banquete”, no perderán su fortaleza. La comunión con Dios también se pierde por la desobediencia, y el que no obedece pronto estará lisiado en los pies como Mefi-boset y será tan ciego a las cosas santas como lo era Bartimeo. Si somos flacos en la comunión con Dios, somos flacos en todo, y la única solución para un fuego que se apaga por falta de leña es poner más leña en él.

Si queremos ser fuertes en el poder del Señor, si queremos cobijarnos bajo su omnipotencia (*cf.* Sal 121), tendremos que estar a su **sombra** (Sal 91:1), en comunión con él, porque ¿de qué sirve la sombra de una gran roca si estamos

sentados bajo el sol?; ¿de qué sirve la sombra de una gran roca si nos exponemos al calor de las tentaciones?

También hay otra flaqueza que no debemos cultivar, y es *la flaqueza en la fe*, pues, cuando la tenemos, no podemos decir que seamos poderosos en el Señor. Y si alguien pregunta cómo se aumenta la fe y pide este aumento, tal como hicieron los discípulos (*cf.* Lc 17:5), hemos de indicar que eso solo es posible con la obediencia y con las obras de fe.

Si el mensaje del evangelio fuera: *El que duda y no es bautizado, será salvo* (*cf.* Mr 16:16), habría muchos más cristianos, pero mientras que el evangelio sea el de un mensaje de fe, no podemos mirar la falta de esta en nosotros con complacencia. Por tanto, esta flaqueza en la fe es también señal de decadencia espiritual, y con ella, no seremos fuertes para la vida cristiana, llegando a dudar del poder del Señor, tal como sucedió con Marta y María. La primera dudó del poder en cuanto al tiempo: **Señor, hiede ya, porque es de cuatro días**, y la segunda en cuanto a la presencia: **Señor, si hubieses estado aquí no habría muerto mi hermano** (Jn 11:39,32).

Evidentemente, el poder no es nuestro, y Dios ha demostrado la suficiencia de ese poder a lo largo de la historia, aunque una y otra vez vemos en personas de Dios la flaqueza en este sentido, la flaqueza en su fe. El propio Moisés, a pesar de haber visto los milagros de Egipto, el paso del mar Rojo y otras tantas cosas, perdió su fuerza y flaqueó pensando que Dios no podía dar de comer carne a tanta gente en el desierto (*cf.* Nm 11:18-23). Analicemos, pues, nuestra fe, y antes de señalar las arrugas de la fe de otros, miremos primero los agujeros de la nuestra. No tengamos tan alta opinión de nosotros mismos como para pensar que nuestra propia fe no necesita de un esfuerzo constante para reconocer que el poder supremo procede de Dios.

Y, finalmente, tampoco hay ningún poder si tenemos *flaqueza en cuanto al amor*. Como sabemos, el propio apóstol, en el capítulo 13 de su primera carta a los corintios, habla de este tema. Aun **la fe obra por el amor** (Gá 5:6), y hemos de luchar y esforzarnos al máximo para amar a Dios, lo cual significa obediencia, para amar a todos los que forman la congregación junto a nosotros, y para amar a todos los que nos rodean. Si dejamos de hacer esto, no nos quepa la menor duda de que andaremos derrotados. Por tanto, hemos de dejar atrás toda flaqueza que tenga que ver con la vida espiritual, toda flaqueza característica de niños en Cristo, para ser hombres y mujeres maduros, pues este tipo de flaqueza no es la base para que se manifieste el poder del Señor.

En segundo lugar, y en relación con la frase: **Cuando soy débil, entonces soy fuerte**, puede observarse que si le damos la vuelta también es cierta, casi tan cierta como la que Pablo nos indica aquí. Si decimos: *Soy fuerte*, entonces debemos tener presente que *cuando soy fuerte, entonces soy débil*. Aquí no es necesario comentar mucho después de todo lo que hemos dicho acerca del orgullo. Solo quiero recalcar que hemos de tener también presente esta mala actitud para erradicarla cuando surja en alguno de nosotros.

Hay algunos que piensan que porque han leído tres obras, o tres libros acerca de cualquier tema de la Biblia, porque tienen un poco de conocimiento, ya saben más que nadie, y no necesitan estudiar ni considerar lo que otros cristianos a lo largo de la historia hayan dicho acerca de determinados temas. Esa fortaleza, evidentemente, lleva pronto a la caída.

Hay otros que pueden haber leído y estudiado mucho, pero les falta el poder que proviene del Espíritu Santo y, como se creen fuertes, piensan que no necesitan ser fortalecidos por el Señor. Este tipo de fortaleza es común, por desgracia,

en muchos predicadores, que acuden al púlpito sin ningún **temor y temblor**, confiando en sus propias capacidades, demasiado poderosos como para depender del Señor, cuando en el fondo son demasiado flacos para bendecir a sus congregaciones (1 Co 2:3).

Hemos de cuidar nuestra pretendida fortaleza, pues incluso la salud, si supone un orgullo para nosotros, puede sernos quitada (cf. 1 Co 10:12). Evidentemente, si alguien se cree fuerte en su propia santidad, también es flaco, ¡y ay de aquel que crea no necesitar *toda* la gracia de Dios en su vida cristiana, ay de aquel que hable de su propia perfección, de su propia belleza, de su propia humildad, de su propia modestia, etc.!

*En tercer lugar*, la tercera observación que hacemos con respecto a la frase es que, aunque encierra una gran bendición, nos muestra una experiencia que nos humilla, que nos ha de llevar a la humildad: **Cuando soy débil, entonces soy fuerte**. Todos los cristianos en verdad siempre somos débiles, pero hay ciertas temporadas en que aún lo somos más. Comenzamos la vida cristiana siendo **débiles** (Ro 5:6), y cuando queremos ser fuertes en lo que no conviene, Dios actúa para mantenernos en humildad.

Si nos fijamos en Pablo, debido a sus éxitos y revelaciones tuvo que ser mantenido en humildad, pero el Señor no le envió a Satanás, sino a un mensajero de Satanás, y no a luchar contra él como podríamos esperar, sino a abofetearle, como hace el niño más corpulento con uno más pequeño. Pablo podría incluso haberse gloriado si hubiera tenido que luchar contra el diablo, como también nos sucedería a cualquiera de nosotros, pero solo tuvo que hacerlo contra un mensajero suyo, y por un agujijón en la carne. Y esto tiene que servir para nuestra enseñanza, pues una cosa es luchar

contra una gran tentación y vencerla, y otra muy distinta estar siempre molesto por un enemigo muy pequeño que nos recuerda constantemente lo débiles que somos.

También podemos sentirnos débiles por nuestra responsabilidad ante Dios y ante los hombres, la cual es bueno sentirla, pero sin olvidar que no somos Dios ni ocupamos el lugar de Dios. De igual modo, podemos sentirnos débiles por nuestra falta de aptitud y por nuestro propio pecado, porque es en todos estos casos cuando se puede cumplir la frase del apóstol ***Cuando soy débil, entonces soy fuerte***. Hemos de recordar que necesitamos ser agachados y hundidos cada vez más, en vez de disfrutar de la propia complacencia; hemos de recordar las palabras de Juan el Bautista: ***Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe*** (Jn 3:30); y hemos de pedir a Dios que acelere esta obra suya en nuestras vidas.

*Finalmente, en cuarto lugar*, podemos destacar la bendición de la experiencia recogida en esta frase: ***Cuando soy débil, entonces soy fuerte***.

Es verdaderamente una bendición sentir la debilidad porque, como hemos visto en Pablo, esa debilidad nos lleva hacia Dios en busca de socorro. Hemos de aprender, como dice la Escritura, de los conejos, ***pueblo nada esforzado, y ponen su casa en la piedra*** (Pr 30:26), lo cual se presenta como ejemplo de sabiduría para los sabios. Ser débil, en el buen sentido, es estar vacío de uno mismo para llenarse de Dios. Por el contrario, estar todo el tiempo ocupado con nuestra debilidad es ser absorbido por uno mismo, y esto es egoísmo. Ser débil es tener conciencia de la sabiduría que necesitamos, de modo que vamos a buscarla en Dios (*cf.* Stg 1:5).

Y en cuanto a la oración, ser débil para orar es el mejor argumento que podemos presentar cuando oramos por fortaleza en este sentido, pues no hay mejor argumento ante el

amor de Dios que nuestra propia flaqueza y dolor, cuando previamente hemos hecho y estamos haciendo todo lo que nos corresponde. Cuando verdaderamente tenemos la sensación de no poder orar, pero sentimos la necesidad de hacerlo, es cuando podemos obtener del poder de Dios, de igual modo que unos padres tienen siempre más cuidado por el niño enfermo que por aquel que es robusto.

Ser débil es también el mejor argumento para acercarnos a otras personas y simpatizar con ellas, mostrándoles, si es preciso, nuestras lágrimas por sus almas sabiendo que no podemos hacer otra cosa.

Ser débil es el mejor medio de educar nuestra compasión, y la compasión es una virtud esencial en la vida cristiana; sin ella podremos llegar a decir como dijeron los discípulos del Señor ante la petición de una mujer cananea con una hija atormentada por un demonio: *Despídela, pues da voces tras nosotros* (Mt 15:23). O como dijeron en otra ocasión Jacobo y Juan: *Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consume?* (Lc 9:54). Las personas no creyentes que nos rodean son ovejas descarriadas que se han ido muy lejos y, a veces, también sucede lo mismo con los hermanos, de modo que podemos precisar ser debilitados para poder tener compasión de ellos.

Ser débil, y saberlo, es una bendición porque puede despertarnos completamente, ya que, si sabemos que no podemos hacer mucho, tendremos empeño en hacer todo lo que podamos; y si reconocemos que tenemos poco poder, esto puede llevarnos a usar todo el que tenemos.

Ser débil, en definitiva, para ser cristiano, para ser lo que el Señor quiere que seamos, es lo que nos lleva al máximo grado de fortaleza, como vemos en el propio Señor de cuyo poder dependemos. ¿Cuándo demostró Cristo ser más fuerte,

sino cuando estuvo en la máxima debilidad?; ¿cuándo hizo estremecer el reino de las tinieblas, sino cuando fue clavado en la cruz?; ¿cuándo quitó el pecado de su pueblo, sino cuando fue traspasado su corazón? (*cf.* Col 2:13-15). ¿Cuándo pisoteó a la serpiente antigua, sino cuando él mismo gustó la muerte? Su victoria tuvo lugar en su flaqueza, y así ha de ser también con los que formamos parte de su Iglesia.

El signo del poder cristiano, queridos hermanos, sigue siendo la cruz, y debemos anhelar y estar felices por menguar, porque entonces nuestro Señor y Rey podrá crecer gloriosamente.

Y terminamos, indicando otros motivos que, a la luz de todo esto, debemos incluir en nuestras oraciones, además de los señalados en capítulos anteriores: orar a Dios para saber distinguir entre la mala y la buena debilidad y fortaleza, y orar a Dios y esforzarnos por menguar, para que él sea glorificado, haciéndolo todo y soportando todo por amor a Cristo.

¡Que el Espíritu Santo de Dios nos ayude y nos guíe en esta tarea! Amén.

## ORACIÓN DE BENDICIÓN I LA VIDA CRISTOCÉNTRICA

2 Corintios 13:14

Lectura introductoria: Filipenses 1:20-24

*Con toda confianza, como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte. Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros.*

De nuevo damos gracias a Dios que permite que podamos continuar estudiando su Palabra y, en esta ocasión, una vez más, para seguir aprendiendo acerca de la oración, de nuestras oraciones, y de lo que él desea de nosotros en este aspecto de nuestras vidas, pues recuerdo —como dijimos en estudios anteriores— que estamos haciendo estos estudios, entre otras cosas, para aprender a orar, no para dejar de hacerlo. Y recalco esto porque la vida cristiana no solo tiene un aspecto negativo de dejar y despojarnos, sino otro positivo de hacer y vestirnos, y así ha de ser también en nuestras vidas de oración, porque en caso contrario puede pasarnos como a aquel hombre que barrió y adornó su casa, pero la dejó desocupa-

da, y su *postrer estado* fue *peor que el primero* (Mt 12:43-45).

En este capítulo vamos a comenzar con el análisis de una nueva oración del apóstol Pablo que se encuentra al final de su segunda carta a los corintios. Por tanto, no es necesario que hagamos un breve repaso de las circunstancias que lo rodearon, o de aquellas que lo llevaron a escribir esta carta, porque esto ya lo hemos hecho al considerar las otras oraciones que aparecen en ella. Esta que vamos a empezar a analizar se encuentra justamente en el último versículo de la carta, y es una oración a modo de despedida en la que Pablo expresa el deseo de su corazón hacia aquellos hermanos de Corinto, que no es otro sino el de las más ricas bendiciones de Dios hacia ellos. Por eso la hemos titulado *Oración de bendición*.

Así que, sin más preámbulos, hacemos la lectura de la Palabra de Dios y pedimos su bendición.

***La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén.*** (2 Co 13:14).

Oración personal a Dios

## 1. INTRODUCCIÓN

Aunque, como se ha indicado, no vamos a analizar el contexto por ser una frase final de despedida, sí que hemos creído conveniente hacer una introducción acerca de la misma.

Esta triple invocación: ***La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén***, es generalmente conocida como la Bendición Cristiana, y es una expresión usada por un gran

número de pastores o ministros de distintas denominaciones cuando finalizan los cultos. Desde luego, no hay nada que indique que Dios quiera que esta oración se emplee en las iglesias para ese fin, pero tampoco hay nada que muestre que no sea correcto hacerlo, tanto en las iglesias, como a nivel particular e individual, siempre que no se convierta en una costumbre o en una vana repetición, tal como indica el Señor en Mateo 6:7.

Si recordamos, Dios sí que ordenó en el Antiguo Testamento una fórmula de bendición para que se usara en las asambleas de Israel. Dijo Dios a Moisés: ***Habla a Aarón y a sus hijos y diles: Así bendeciréis a los hijos de Israel, diciéndoles: Jehová te bendiga, y te guarde; Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz. Y pondrán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré*** (Nm 6:23-27), pero no hay ninguna instrucción para hacer lo mismo con esta que nos ocupa. De todos modos, repito que ha sido y sigue siendo usada ampliamente, debido a su profunda *importancia doctrinal* y debido también a su conveniencia, porque estas palabras son al mismo tiempo *una confesión de la fe cristiana* (el que la pronuncia está diciendo mucho acerca de la fe que profesa) y una *declaración del privilegio* que tenemos los cristianos.

Pues bien, en relación con ella, *lo primero* que hemos de indicar es que nuestra traducción no es correcta porque falta una letra, la *y*, entre las palabras *Jesucristo* y *el amor*. La frase más acertadamente es: ***La gracia del Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros*** (RVG), es decir, que tenemos aquí lo mismo que aparece en la fórmula bautismal dada por el Señor en Mateo 28:19: ***Id, y haced discípulos a todas las na-***

***ciones, bautizándolos en el nombre del padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo***, donde la conjunción copulativa *y* es la que sirve de unión entre las tres personas divinas, indicando la igualdad entre ellas en cuanto a esencia y divinidad.

*En segundo lugar*, ya se ha indicado que esta oración de bendición es de profunda importancia doctrinal, y lo es porque contiene un breve resumen de la doctrina cristiana acerca de Dios. Es *la doctrina cristiana de Dios*, la doctrina que el propio Dios nos ha revelado en su Palabra, lo que nos diferencia de tantos otros que también dicen que creen en Dios. *La doctrina cristiana de Dios* es distinta al concepto de Dios de tantas religiones idólatras, al concepto de Dios de las religiones monoteístas, como el judaísmo o el islam, o al concepto de un Dios impersonal existente en otras muchas, como las religiones orientales. Por tanto, no basta con decir: «Creo en Dios», o: «En definitiva, solo hay un Dios, y da igual», sino que más bien habría que preguntar: «¿En qué Dios crees?».

Con estas palabras —*la doctrina cristiana de Dios*— hemos de entender que se hace referencia a la revelación que Dios ha dado acerca de sí mismo, la cual se encuentra sobre todo en el Nuevo Testamento, aunque hemos de ser muy cuidadosos para no menospreciar o desestimar lo que también nos ha sido revelado por Dios y de Dios en el Antiguo Testamento. Ya hemos dicho en otras ocasiones que hemos de guardarnos del error de pensar, como hacen algunos, que el Dios del Antiguo Testamento es de un carácter muy diferente al Dios del Nuevo, pero, por otra parte, también necesitamos ser muy cuidadosos para no querer encontrar detalles en las enseñanzas del Antiguo que solo aparecen más claramente en el Nuevo. Aquellos que estaban bajo la antigua dispensación no tenían el mismo entendimiento de algu-

nas cosas de las Escrituras que el que tenemos en el día de hoy, porque, como sabemos, ahora disponemos de la luz completa de la revelación. La declaración de 1 Juan 2:7-8 es adecuada para recordarse en este sentido: ***Las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra.***

Es un error, pues, y algunos lo han afirmado de modo blasfemo porque rechazan la inspiración de las Escrituras, que el Jehová del Antiguo Testamento no era sino un Dios tribal, y que lo que se recoge en este no son más que los puntos de vista que los hebreos tenían acerca de él. Pero también se puede caer en el error —al rechazar lo anterior, y quizá con distintos grados de conciencia— de preferir la revelación que tenemos del carácter divino en el Nuevo Testamento, despreciando la que tenemos en el Antiguo, aunque se pueda estar asegurando que ambos constituyen igualmente la Palabra de Dios.

Esta es una idea falsa, y para asegurarnos de lo que decimos, basta pensar que la severidad de Dios aparece incluso más claramente en el libro del Apocalipsis que en el de Josué, y la bondad de Dios que se muestra en el Nuevo Testamento no es superior a aquella que vemos descrita en los Salmos. Las copas de la ira de Dios que se describen en el libro del Apocalipsis son mucho más terribles que la naturaleza de las plagas que cayeron sobre Egipto y Canaán, y hemos de tener claro, no solo mentalmente, que el Dios del Sinaí y del Calvario es uno y el mismo Dios, como es también uno y el mismo Dios el autor tanto de la ley como del evangelio.

Por tanto, debemos ser muy cuidadosos con estas cosas, pues, si bien a la luz de la Palabra de Dios completa que tenemos hoy estamos más capacitados para comprender lo que se dice de Dios en los primeros libros de la Biblia, al mismo

tiempo hemos de entender que en esos libros no está todo, y que los creyentes de aquella época no conocían tanto como nosotros.

Veamos un ejemplo de esto que decimos: Dios había dejado claro al pueblo de Israel que era uno, y que no había más dioses: ***Oye Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es*** (Dt 6:4), y eso en claro contraste con el politeísmo idólatra de las naciones vecinas. Pero, probablemente, los judíos no llegaron a reconocer que pudiera haber tres personas distintas en la Deidad, aunque no falten pasajes en el Antiguo Testamento que hablen de ello, tales como Isaías 44:6; 48:12,15-17. Por otra parte, tampoco tenemos argumentos para dudar que los santos de aquellos tiempos —no la nación entera, sino los santos individuales— no tuvieran cierto conocimiento del Dios trino, aunque quizá no tan completo como el que tenemos hoy día.

Las tres personas han llegado a ser ahora mejor conocidas para los creyentes, y han llegado a serlo especialmente en sus oficios y operaciones de cada una de ellas en el pacto. En Proverbios 4:18 podemos leer: ***Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto***, y estas palabras tienen un cumplimiento personal e individual en cada creyente en cuanto al crecimiento en santidad, así como un cumplimiento colectivo en la Iglesia, en cuanto al grado de luz recibido del propio Dios.

## 2. PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

Vayamos ahora a los principios que pueden obtenerse de la oración y que, como con las anteriores, se encuentran resumidos junto a los motivos de oración en la tabla que se presenta al final del libro.

*El primer principio*, el único en que nos vamos a detener en este capítulo, tiene que ver con la propia revelación cristiana, y lo enunciamos así: Solo podemos conocer a Dios por medio del Señor Jesucristo. Decimos esto, en primer lugar, porque se comienza hablando del Señor Jesucristo en esta oración, y no del Padre como tenemos en la fórmula bautismal de Mateo a la que hemos hecho referencia, ni del Espíritu, como en el pasaje de 1 Corintios 12:4-6. Y este principio es claro porque fue enunciado por él mismo: ***Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar*** (Mt 11:27); o de otra forma: ***Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí*** (Jn 14:6). El Nuevo Testamento deja claro que nadie puede acercarse al Padre excepto por la mediación de Cristo, y nadie puede tener un conocimiento vital y espiritual del Padre excepto por la revelación sobrenatural que hace Cristo en el alma. De igual modo, también es claro que nadie acude a Cristo si el Padre no lo trae por medio del Espíritu Santo (*cf.* Jn 6:44-45,65).

Esta es otra declaración del Nuevo Testamento: ***Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo*** (He 1:1-2). Antes, en la era anterior, la revelación fue incompleta, pero ahora conocemos todo lo que Dios quería mostrarnos acerca de sí mismo; antes, la revelación fue dada por medio de instrumentos tales como los profetas, pero ahora ha sido en la persona del propio Hijo. Dios se ha manifestado en el Hijo y por medio del Hijo encarnado, y podemos tener acceso a Dios solamente a través de este Mediador, por medio del cual llega la revelación cristiana completa nosotros. La gran misión de Cristo

como Profeta de su Iglesia fue la de dar a conocer de un modo más completo a Dios.

Es lo que leemos en Juan 1:1,14,18: ***En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios [...] y aquel Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad [...]. A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer;*** de modo que el mismo título que se le da, *el Verbo, la Palabra*, denota o expresa esto que estamos diciendo.

*En primer lugar*, porque una palabra sirve para manifestar algo, es un medio de *manifestación*. Nuestros pensamientos solo los conocemos nosotros, pero en el momento en que los hablamos con palabras, llegan a ser conocidos por otros. Por tanto, las palabras hacen que los pensamientos invisibles puedan ser conocidos. Y esto es, precisamente, lo que el Señor Jesucristo ha hecho, pues él ha ***manifestado en carne*** al Dios invisible (1 Ti 3:16).

*En segundo lugar*, porque una palabra es también un medio de *comunicación*, pues por las palabras informamos a los demás, damos a conocer a los demás nuestra voluntad, o suministramos información y conocimiento. También es así con Cristo, como la Palabra, como nos expresa la mente completa de Dios, la voluntad de Dios, su vida y su amor.

*Finalmente*, porque una palabra es también un medio de *revelación*, pues mediante nuestras palabras mostramos nuestro carácter, tanto moral como intelectual, y mostramos todo nuestro ser interior. El propio Señor Jesucristo dijo que ***de la abundancia del corazón habla la boca***, y también nos indicó: ***Por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado*** (Mt 12:34-37), porque ellas revelarán

y atestiguarán lo que hemos sido y lo que somos. Así también, Cristo ha revelado a Dios completamente, y nos ha mostrado su poder, su paciencia, su sabiduría, su bondad, su fidelidad, su justicia, su gracia, su santidad y su corazón. Por eso se dice de él que es *la imagen del Dios invisible* (Col 1:15), *el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia* (He 1:3).

Así que Cristo es el Revelador del Padre, y lo es por dos razones: primera, porque al estar en el seno del Padre puede hacerlo con toda propiedad y autoridad, porque lo conoce; y, segunda, porque es también Dios con el Padre, y solo Dios puede revelar bien a Dios. Por eso, al final de su ministerio dijo aquellas palabras a Felipe: *El que me ha visto a mí ha visto al Padre* (Jn 14:9), lo cual no se refiere solo a una visión física, sino a una visión espiritual que solo puede tenerse con los ojos de un conocimiento alumbrado divinamente, que lleva a exclamar, con Tomás: *¡Señor mío, y Dios mío!* (Jn 20:28).

Cristo es el Revelador del Padre, y al Padre dijo al final de sus días: *He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste [...] y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún* (Jn 17:6,26).

En esto del *nombre de Dios*, también algunos han sembrado confusión, pensando que solo indica el nombre en sí (los mal llamados testigos cristianos de Jehová defienden que son los únicos cristianos porque son los únicos que llevan el nombre de Jehová). Pero lo que el Señor está diciendo es que ha dado a conocer cómo es Dios en su plenitud, su majestad, su incomprendible infinitud, su existencia eterna, su ser, tres en uno y uno en tres, el infinito Dios que no puede ser completamente conocido por una inteligencia finita por más espiritual que sea, y que no será conocido completamente ni

aun en la eternidad. Dar a conocer el nombre de Dios es también manifestar su amor a su Iglesia, su relación con ella mediante el pacto en Cristo, y su unión y comunión con ella por gracia.

Cristo también reveló al Padre por su encarnación, por su vida santa, por su cumplimiento de la ley, por su predicación, por sus milagros, por sus sufrimientos y muerte, por su resurrección triunfante, y por su ascensión. También lo hizo por su Espíritu, que es el que nos abre el entendimiento para comprender las Escrituras (*cf.* Lc 24:45).

En definitiva, Dios se revela a nosotros en Cristo, por Cristo y por medio de Cristo. Al comienzo de la carta a los hebreos, de la cual tomamos una cita anterior no hay duda de que se está hablando de Cristo como el Hijo encarnado, pues a continuación se dice: ***Habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo.*** Por tanto, podemos concluir que, a través de Cristo, ha sido hecha una clara y total manifestación del Padre, de modo que esa gloria de Dios se manifiesta a su Iglesia para que esta la conozca, disfrute de ella, y Dios sea glorificado.

Todo esto se encuentra recogido y resumido en una declaración hecha en esta misma carta: ***Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*** (2 Co 4:6).

Y de todo esto obtenemos dos importantes aplicaciones para nosotros. *Primera*, que la revelación de lo que Dios es se ha hecho en la persona de Cristo, de modo que aquellos que rehúsan ver a Dios en el Redentor, aquellos que niegan de uno u otro modo la divinidad de Cristo, no pueden tener un verdadero conocimiento de Dios. Para ellos, su Dios no

pasa de ser un ídolo fabricado en sus propias mentes, pues rechazan su revelación en Cristo. *La segunda* es que, como la gloria de Dios es espiritual, solamente puede discernirse espiritualmente. O, dicho de otro modo, como Dios es luz, solamente podemos verlo a la luz que él mismo nos da (*cf.* Sal 36:9), solo podemos verlo si estamos en su luz (*cf.* 1 Jn 1:5-7), por lo que es necesario que Dios brille en nuestros corazones para darnos ese conocimiento real y experimental de sí mismo.

Este conocimiento de Dios no es una simple aprehensión mental, como la que adquirimos cuando una persona comunica algo a otra (este conocimiento es el que tenían los judíos en los tiempos del Señor, y el Señor dice que no les valía para nada: *cf.* Jn 8:54-55), ni es tampoco el resultado de nuestra voluntad, nuestro deseo, o de algún esfuerzo hecho por nosotros mismos. Este conocimiento de Dios es la consecuencia que se produce en nosotros por el nuevo nacimiento, por una creación divina, como cuando al principio de este mundo dijo Dios: *Sea la luz; y fue la luz* (Gn 1:3). Del mismo modo que Dios creó la luz, también despertó las almas muertas de sus elegidos, llamándolos *de las tinieblas a su luz admirable* (1 P 2:9; *cf.* Col 1:12-14), y así, los cristianos también llegan a brillar con la gracia y la verdad que existen en la faz o persona de Jesucristo.

Y para que esto sea posible, para que este milagro se produzca en nuestras vidas, es necesario el poder de Dios, necesario que Dios mande, que alumbre nuestros corazones por la operación del Espíritu Santo.

Y con todo esto terminamos dando respuesta a una importante pregunta que muchos se plantean: «¿Cómo podemos obtener un mejor conocimiento de Dios, un conocimiento de Dios más profundo y completo, un conocimiento de Dios

que afecte más nuestras vidas, un conocimiento de Dios que nos lleve a alumbrar más?».

Evidentemente la respuesta es: ocupando más el corazón con el Señor Jesucristo, estudiando y meditando más en todo lo que se ha revelado de él en la Biblia, en todo lo que tiene que ver con su maravillosa persona y su gran obra, dándonos cuenta de nuestra dependencia por completo del Espíritu Santo, y yendo a él una y otra vez para tomar de las cosas de Cristo, y para que nos muestre las cosas de Cristo: ***Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber*** (Jn 16:14).

Si verdaderamente queremos conocer más a Dios, tendremos que abstenernos de todas las cosas que contristan al Espíritu Santo, de todas aquellas que le dificultan su trabajo en nosotros.

Si verdaderamente queremos conocer más a Dios, nada puede sustituir nuestra relación personal con Cristo, o nada puede hacerse en lugar de alimentar esa relación personal. Es solamente cuando vemos con los ojos de la fe y del amor la gloria del Señor en la Palabra, que somos ***transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor*** (2 Co 3:18).

Por tanto, pidamos a Dios que nos conceda un mayor conocimiento de él, que sea este un motivo importante en nuestras oraciones, para que podamos glorificarlo y no estemos haciéndonos un ídolo de él.

¡Y que Dios nos ayude a imitar al apóstol para hacer nuestra mayor ambición y esfuerzo el conocer a Cristo (cf. Fil. 3:7-8), porque conociendo a Cristo estaremos conociendo al Dios Trino, y así seremos transformados de gloria en gloria!

¡Que así sea!

## ORACIÓN DE BENDICIÓN II EL DIOS TRINO

2 Corintios 13:14

Lectura introductoria: Hebreos 9:13-14

*Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?*

Siempre que nos acercamos a la Palabra de Dios nos acercamos al propio Dios, *aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos* (Hch 17:27-28), y bien sea en un culto de oración, de edificación, o de comunión, o bien cuando lo hacemos individualmente como ahora, debemos comenzar fijando nuestros ojos en este Dios que tan ricamente nos ha bendecido y dándole gracias por todo. Y al comenzar este capítulo, podemos usar para ello unas frases de la propia Palabra, en esta ocasión escritas por el mismo apóstol Pablo del cual estamos analizando una de sus oraciones, y que se encuentra al principio de su carta los efesios. Dice allí: *Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo,*

***según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad*** (Ef 1:3-5).

Así debemos comenzar nuestros cultos, así también debemos terminar, así debemos hacer cuando nos acercamos a él y a su Palabra, y esta debe ser también nuestra actitud en todo momento del día, en todas las ocasiones y circunstancias, pues el propio Dios nos indica que debemos dar ***gracias en todo*** y que debemos orar ***sin cesar*** (1 Ts 5:17-18). Y es precisamente con este motivo, para aprender a orar y a acercarnos a Dios, con el que estamos realizando estos estudios sobre las oraciones de los apóstoles que encontramos en el Nuevo Testamento.

En el capítulo anterior comenzamos con el comentario de la que llamamos *Oración de bendición*, que se encuentra en el último versículo de 2 Corintios. Con ella vamos a continuar, después de hacer la lectura de esta y de pedir la bendición de Dios.

***La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén*** (2 Co 13:14).

Oración personal a Dios (la cual te insto, querido lector, a hacer, y a hacer por ti mismo, porque creo que eso es mejor que escribir una oración para que la leas).

## **1. PRINCIPIOS FUNDAMENTALES**

Aquí tenemos, como dijimos, una oración que puede usarse en múltiples ocasiones siempre que no se convierta en una

vana repetición (*cf.* Mt 6:7), una oración que encierra una gran doctrina, al mismo tiempo que es una confesión de nuestra fe y de los privilegios que tenemos como cristianos. Y vimos, por el modo en que comienza, que solo podemos conocer a Dios por medio y a través del Señor Jesucristo, y que como ese conocimiento nos llega por la obra del Espíritu Santo, debemos analizar cómo va nuestra vida de obediencia a la guía y a la comunión con dicho Espíritu. Y son esa relación y conocimiento los que nos irán transformando *de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor* (2 Co 3:18).

Ahora continuamos con los siguientes principios de la oración. (Todos se encuentran recogidos en la tabla expuesta al final del libro).

*El primero* que abordamos podemos enunciarlo así: Los cristianos creen en la Santísima Trinidad y reconocen al Dios trino. Y al decir esto hemos de hacerlo con cabezas inclinadas y corazones reverentes, porque la tierra a la que nos acercamos es inefablemente santa. El tema que nos ocupa es el de mayor trascendencia porque tiene que ver con la majestad infinita y gloriosa del Dios único.

Esta oración está estrechamente ligada con otras dos cosas que aparecen en las Escrituras: el propio bautismo del Señor Jesucristo, y la fórmula bautismal que el mismo Señor dio a sus discípulos.

En relación con la primera de ellas, podemos observar lo que se nos indica en el Evangelio según Mateo, en el cual, como sabemos, tenemos una escena en donde las tres personas de la Deidad se manifestaron juntas abiertamente, y lo hicieron en conexión o en relación con la obra de la redención. Juan el Bautista había venido predicando el arrepentimiento para con Dios y la fe en su Cordero que podía quitar

el pecado del mundo: **En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado** (Mt 3:1-2); y: **El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo** (Jn 1:29).

Pero también Juan había hecho una mención definida del Espíritu Santo: **Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego** (Mt 3:11). Por tanto, el propio Juan ya estaba hablando de la Trinidad, pero fue cuando el Señor Jesucristo se presentó para ser bautizado en el Jordán por aquel precursor suyo, en aquel acto en que se manifestaba como nuestro Garante que sabía que la muerte era su deuda por nosotros y aceptaba públicamente aquel camino que habría de terminar en la cruz, y cuando salió de aquella tumba simbólica (cf. Ro 6:3-4), que **los cielos le fueron abiertos**, que **el Espíritu de Dios descendió como paloma** y vino **sobre él** para ungirle en su trabajo sacerdotal (cf. Hch 10:37-38), y que se oyó de forma audible la voz del Padre que decía: **Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia** (Mt 3:16-17).

Es por esta complacencia o contentamiento del Padre, por lo que luego el Señor pudo decir: **Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar** (Jn 10:17).

Por tanto, en el bautismo de Cristo, al mismo tiempo que él aceptaba de forma simbólica la cruz y se comprometía a morir en ella, también el Padre mostraba su complacencia en el Hijo y la aceptación de su sufrimiento, y el Espíritu Santo vino sobre él a fin de ungirlo para dicho trabajo.

La naturaleza humana de Cristo necesitaba ser equipada por el Espíritu Santo para su trabajo redentor (**Porque aquel**

**a quien Dios ha enviado habla las palabras de Dios, pues Él da el Espíritu sin medida:** Jn 3:34 LBLA), y del mismo modo que él fue enviado y ungido por dicho Espíritu, así también envió a los suyos: **Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo** (Jn 20:21-22; de nuevo aparecen las tres personas divinas).

Más tarde —y es la segunda cosa con la que se relaciona esta *Oración de bendición cristiana*—, Cristo dio la gran comisión a sus discípulos diciendo: **Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos** (después que ellos hayan conocido y hayan llegado a ser discípulos o cristianos) **en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo** (Mt 28:18-19).

Bautizar *en el Nombre* significa bautizar *hacia* Dios, y el nombre, o más bien, los nombres de Dios en el nuevo pacto son *el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo*. Ahora Dios se ha revelado completamente a nosotros, y lo ha hecho como un Dios en tres personas. El propio Cristo, del que dijimos en el capítulo anterior que era el Revelador de Dios (*cf.* Jn 17:6,26), ahora culmina su enseñanza respecto a Dios y ordena el bautismo con esta fórmula especial para que sea la confesión inicial de fe de todo aquel que entra en su Reino. No solo consiste en decir «creo», o «soy cristiano», sino en manifestar públicamente, en el momento del bautismo y como doctrina fundamental del cristianismo, que se cree en un Dios trino.

Por tanto, está *Oración de bendición cristiana* enuncia una de nuestras doctrinas básicas, uno de los pilares de nuestra fe, de modo que nadie que rechace la doctrina de la Trinidad o no quiera reconocer al Dios trino, puede ser lla-

mado o considerado cristiano. Es por eso por lo que todos los cristianos deben ser bautizados ***en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo***.

Esta doctrina de la Trinidad se encuentra en la base de toda la enseñanza del Nuevo Testamento y, aunque no aparezca explícitamente esta palabra, *Trinidad*, no quiere decir que no esté implícita en dicha enseñanza. No es necesario buscar las citas, pero todos recordaremos que el Señor Jesucristo dijo ser igual a Dios, ser uno con el Padre, y habló también acerca del Espíritu, el otro Consolador, como que era también una persona divina. De igual modo, los apóstoles también proclamaron esta doctrina por todas partes y reconocieron esta triple distinción en las personas de la Deidad, siendo este misterio el que ellos predicaban.

El propio Señor Jesucristo dijo en una ocasión: ***Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien has enviado*** (Jn 17:3). Y este ***único Dios verdadero*** al que hace referencia el Señor Jesucristo es revelado —sobre todo en el Nuevo Testamento— como Padre, Hijo y Espíritu Santo, y es revelado y conocido en Jesucristo y a través de Jesucristo, el único Mediador.

Por todo esto, repito, porque el verdadero Dios subsiste en tres personas iguales en esencia y en eternidad, es por lo que cualquiera que adora a alguien que no sea el trino Dios está rindiendo homenaje a un ídolo producto de su propia imaginación, y cualquiera que rechaza a una de estas personas o a la deidad de alguna de ellas, Padre, Hijo o Espíritu Santo, no puede ser un verdadero cristiano.

Desde luego que esta doctrina es uno de los misterios de nuestra fe, como lo es también el del nacimiento virginal de Cristo o el de la resurrección de nuestros cuerpos. No sabemos cómo estas cosas son posibles, no entendemos cómo

pueden ser o suceder, pero las creemos por fe, pues la fe no consiste en creer solo aquello que pueda entenderse: Dios es demasiado grande para nuestra inteligencia, aunque esto no implique que no debamos pensar o usar nuestras mentes hasta el límite de estas. La fe cristiana acepta que la primera verdad que se nos presenta es acerca del ser de Dios, y esto lo creemos no por descubrimiento o razonamiento propio, sino porque él así nos lo ha revelado en su Palabra. El **Dios vivo y verdadero** (1 Ts 1:9; Jer 10:10) se ha dado a conocer a sí mismo en esta triple relación de Padre, Hijo y Espíritu Santo, y esto se encuentra por encima de la razón.

Por tanto, cualquier objeción a esta doctrina debe desecharse, siendo necesaria una condición de confianza en la revelación que tenemos en nuestras manos. Más aún, incluso como un escritor cristiano ha dicho: «Si la Biblia no presentara alturas más allá del poder que la razón pueda escalar, si no contuviera profundidades insondables para la más viva agudeza mental, este escritor (sigue diciendo el autor al que se hace referencia) la habría descartado por no ser más que el fruto de una producción humana y una impostura».

Algunos quieren encerrar a Dios en sus propias mentes, y no dudan en mantener y seguir herejías de todo tipo, pero, por nuestra parte, como cristianos, hemos de entender que no podríamos honrar a un Dios que pudiera medirse por nuestro intelecto, como tampoco podríamos hacerlo por medio de una imagen que nuestras manos fabricaran.

Y esto es lo que nos lleva a decir que cada vez que intentemos hablar acerca de la revelación que Dios ha hecho de sí mismo en tres personas, debemos hacerlo con cabezas inclinadas y corazones reverentes, porque la tierra a la que nos acercamos es inefablemente santa. El tema que nos ocupa es el de mayor trascendencia porque tiene que ver con la majes-

tad infinita y gloriosa del Dios único, de modo que todo nuestro conocimiento de este está supeditado a lo que Dios ha querido revelarnos de sí mismo en esta santa Palabra. Toda la ciencia, toda la filosofía, toda la experiencia, toda la observación, toda la inteligencia, o toda la especulación no pueden en este campo aumentar nuestro conocimiento ni una tilde.

La divina Trinidad es una Trinidad en unidad; esto quiere decir que no hay tres dioses, sino tres personas coexistiendo por unión esencial en el único y divino ser del Dios verdadero. Estas tres personas son iguales en su ser y en su gloria, de modo que ninguna de ellas es antes o después que las otras, y ninguna de ellas es mayor o menor que las otras, aunque en la obra de la redención podemos hablar de subordinación de unas personas divinas a otras. Por ejemplo, en esta obra de redención, es el Padre quien envía al Hijo al mundo. El Hijo no envía al Padre. De igual modo, la Escritura dice que el Padre engendró al Hijo, no el Hijo al Padre. De igual modo, el Espíritu Santo es enviado por el Padre y el Hijo juntos, y procede de ambos. El Espíritu Santo no envía al Padre ni al Hijo, ni tampoco el Hijo ni el Padre proceden del Espíritu Santo. En la obra de la redención, así como el Hijo está subordinado al Padre, el Espíritu Santo está subordinado tanto al Padre como al Hijo. Pero esta subordinación en la redención no significa ser inferior: el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo son iguales en gloria, dignidad, esencia, poder y valía, y ninguna persona es mayor o menor que otra.

Ahora bien, por la revelación *del pacto eterno* (He 13:20), cada una de ellas se ha manifestado a nosotros, y es nuestro deber creer y conocer, y es nuestro privilegio saber cómo estas tres personas están comprometidas con nosotros e interesadas en nosotros, aunque no podamos comprender el misterio de su subsistencia. Hemos de dar el mismo honor

a las tres personas de la Deidad, y no hemos de olvidar a ninguna de ellas en detrimento de las otras. Otro escritor cristiano decía: «No hay vestigio de cristianismo donde la verdad de la Trinidad no es conocida ni aceptada; no hay vestigio de santidad en el corazón donde la Trinidad no es reconocida; no hay ninguna visión clara de ninguna doctrina de la gracia a menos que sea alumbrada con el telescopio de la verdad de la Trinidad aplicado al ojo de la fe para que aquella doctrina pueda verse a través de él».

Por todo esto, una de las señales más evidentes y graves de decadencia en las iglesias que se llaman cristianas y en los países cristianos es la falta de conocimiento y reconocimiento del trino Dios. Algunos solo miran al Padre, otros ponen todo su acento en el Hijo, y otros solamente lo hacen en las manifestaciones del Espíritu Santo. Y aunque muchos *cristianos* dan gracias a Dios y dicen creer en el Todopoderoso, su creencia y sus palabras son iguales a las de un judío ortodoxo o un musulmán. En muchos seminarios no se hace hincapié en la absoluta deidad de Cristo o del Espíritu Santo, y en muchas de nuestras vidas devocionales también olvidamos que nos dirigimos a un Dios trino y creemos en él.

Ahora, una vez establecida la importancia de esta doctrina esencial, podemos enunciar dos nuevos principios relacionados con ella. *El segundo*, en el orden de este capítulo, es que la obra de nuestra salvación es de las tres personas divinas, y *el tercero*, que nuestras necesidades son cubiertas por las tres personas divinas.

Comentamos ahora estos principios un poco más brevemente.

En relación con *el segundo*, hemos de resaltar que no hay salvación posible para nadie excepto por la obra del Dios trino. Mirar al Señor Jesucristo como nuestro Salvador exclu-

yendo las obras y operaciones tanto del Padre como del Espíritu Santo es un grave error. Hemos comenzado el capítulo dando gracias a Dios con una oración que aparece en la carta a los efesios, y en ella, si se lee completa, vemos que el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo acordaron un pacto eterno en el que el Hijo vendría a encarnarse con el fin de redimir a los pecadores (*cf.* Ef 1:3-4,6-7,13-14).

Decimos, y lo decimos correctamente, que Jesucristo es nuestro Salvador, pero la salvación también se atribuye al Padre: ***No te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios, quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos*** (2 Timoteo 1:8-9; véase 1 Timoteo 1:1; 2:3; 4:10; Tito 1:3-4; 2:10,13; etc.), de modo que podemos decir que el Padre fue nuestro Salvador mucho antes de que Cristo muriera con este fin, y así debemos también darle gracias por su salvación.

De igual modo, es necesaria la obra del Espíritu Santo para aplicar a los corazones de los elegidos de Dios la buena noticia de que Cristo murió por ellos. Es el Espíritu quien convence a los hombres de pecado y quien imparte la fe salvadora (*cf.* Jn 16:8). Por eso también la salvación se le atribuye a él: ***Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad*** (2 Ts 2:13). Una lectura atenta de Tito 3:4-6 muestra a las tres personas divinas juntas en esta obra: ***Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de jus-***

*ticia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador.* Aquí, **Dios nuestro Salvador** hace referencia al Padre, *el lavamiento de la regeneración y la renovación* son del Espíritu Santo y, finalmente, todo fue derramado **en nosotros abundantemente** por Jesucristo nuestro Salvador.

*Finalmente*, en relación con *el tercer principio*, el que tiene que ver con nuestras necesidades, vemos también que la doctrina de la Trinidad es fundamental porque son las tres personas divinas quienes las suplen.

Necesitamos, como leemos en la oración que nos ocupa, **la gracia del Señor Jesucristo**, y necesitamos acudir a él constantemente para obtener de la **plenitud** de gracia que hay en él y que está guardada para nosotros (Jn 1:16). Si deseamos **gracia para el oportuno socorro**, hemos de acudir al **trono** donde está sentado el Mediador (He 4:16).

Necesitamos también **el amor de Dios** no porque Dios no nos ame, sino en el sentido de nuevas manifestaciones suyas y nuestras de dicho amor, (*cf.* Ro 5:5), nuevas aprehensiones de este, pues se nos ordena: **Conservaos en el amor de Dios** (Jud 21).

Finalmente, tenemos también necesidad de **la comunión del Espíritu Santo**, del fortalecimiento con poder y de la renovación diaria del **hombre interior** (2 Co 4:16; Efe. 3:16), porque ¿qué sería de nuestras vidas de oración si el Espíritu Santo no nos ayudara **en nuestra debilidad** e intercediera **por los santos conforme a la voluntad de Dios** (Ro 8:26-27)?

Por eso, Samuel Rutherford escribió: «No sé a cuál de las tres personas divinas amo más. Pero lo que si sé es que amo y necesito a las tres».

## *Oración de bendición II*

Y terminamos, a la vista de todo lo anterior, indicando otros dos motivos que debemos incluir en nuestras oraciones: *Primero*, una tremenda gratitud y adoración a cada una de las personas del Dios trino y santo por sus distintas obras y operaciones en nosotros; y *segundo*, peticiones para un mayor conocimiento de este Dios trino y una mayor conciencia de su presencia en nosotros (véase Juan 14:17,23), y no tanto de peticiones por sus dones.

¡Que así sea, para su gloria y nuestra bendición!

## ORACIÓN DE BENDICIÓN III MOSTRANDO AL TRINO DIOS

2 Corintios 13:14

Lectura introductoria: Génesis 1:26-28,31

*Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla [...]. Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera.*

Muchas veces hemos indicado que cada vez que nos reunimos en la presencia de Dios, o nos acercamos a su Palabra, debemos mostrar una actitud de gratitud y adoración hacia él, y no solo entonces, sino también en los distintos momentos y circunstancias de cada día. Tenemos muchos motivos para hacerlo, pero uno de ellos es también —y no debe olvidarse— el que podamos disponer de su revelación escrita recogida en la Biblia. En ella tenemos lo que Dios ha querido mostrarnos acerca de sí mismo, y aunque algunas de sus cosas estén por encima de nuestra capacidad de razonamiento y entendimiento, hemos de aceptarlas por fe, y hemos de defenderlas como parte fundamental de nuestro cristianismo.

Desde el comienzo mismo de la Iglesia cristiana fueron surgiendo herejías de todo tipo en contra de la revelación que tenemos en la Palabra, y en la mayor parte de los casos, por el deseo de las personas de querer encerrar a Dios en sus propias mentes pequeñas, finitas y pecadoras.

El tema que estamos tratando desde hace un par de capítulos en la que hemos llamado *Oración de bendición*, el de la Santísima Trinidad, el que Dios se haya revelado como uno en ser y esencia y como tres personas en subsistencia —no un Dios dividido, sino único, aunque tres personas divinas— es uno de los grandes misterios de nuestra fe que supera nuestras mentes, pero que hemos de creer, enseñar y defender, porque forma parte de la fe cristiana y del cristianismo.

Es por este y otros asuntos por lo que Judas escribe en su carta: *Amados, por la gran solicitud que tenía [...] me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardentemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos. Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo [...] éstos son los que causan divisiones; los sensuales que no tienen al Espíritu.* [Pablo habla así de ellos en Filipenses 3:18-19: *Son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que solo piensan en lo terrenal*]. *Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna* (Jud 3-4,19-21).

Como puede comprobarse, una y otra vez se hace referencia a la Santísima Trinidad, en la cual hemos de creer, así co-

mo reconocerla, y por la que hemos de contender ardientemente, porque, como dijimos el día anterior, la obra de nuestra salvación es de las tres personas divinas, y todas nuestras necesidades son cubiertas por las tres personas divinas.

En este capítulo vamos a seguir considerando otros aspectos que tienen que ver con el ser de Dios en tres personas y la relación con nuestras propias vidas, pero antes debemos hacer la lectura y dirigirnos a Dios en oración.

***La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén*** (2 Co 13:14).

Oración personal a Dios

## 1. PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

Como ya se ha indicado, en esta oración de bendición el apóstol invoca a la Santísima Trinidad como la fuente de gracia, amor y comunión. Y esta triple corriente que nos llega —como un río que procede de un manantial pero que se divide en tres brazos— no debe pasarse por alto, así como tampoco los nombres y el orden de las operaciones.

En cuanto a *los nombres*, si prestamos atención, vemos que las personas divinas no se designan aquí como el Hijo, el Padre y el Espíritu Santo, sino como el Señor Jesucristo, Dios y el Espíritu Santo, y hay una razón para ello. Y esta es porque lo que tenemos en nuestro texto no es primariamente una confesión de fe, aunque la encierra (como en Mateo 28:19), ni una doxología (oración que glorifica a Dios, y en particular a las tres personas divinas, como en Judas 24-25), sino una bendición.

La diferencia estriba en lo siguiente: en una confesión de fe se intenta especificar concretamente el objeto de la fe; una doxología es una expresión de alabanza; y una bendición, como esta que analizamos, es una petición a Dios. En la primera se expresa lo que se cree, es decir, lo que se tiene en la mente. Con la segunda, se expresa lo que sale del propio corazón hacia Dios. Y con la tercera, se expresa lo que descien- de de Dios a los creyentes. Como un autor cristiano escribió: *«La bendición no nos muestra el tema desde el punto de vista de la teología, sino desde la experiencia. No tiene que ver con definiciones, ni con la contemplación de la gloria de Dios en su deidad, sino con lo que él hace y lleva a cabo en el alma»*.

Por tanto, no tenemos aquí la doctrina de la Trinidad en la forma más explícita, pero sí se nos muestra que la doctrina de la Trinidad es de una importancia fundamental para la existencia de la santidad en nuestras vidas y para el progreso de dicha santidad, porque de la fuente de la Trinidad es de donde llegan a nosotros las corrientes de la gracia, el amor y la comunión.

La santidad de vida puede resumirse en estas tres pala- bras: gracia, amor y comunión, y las tres unidas, de modo que la gracia sin amor o sin comunión ni existe ni es santi- dad, como tampoco el amor solo o la comunión sola ni existen ni son sinónimos de santidad. Y este no es un tema con el que se pueda especular tanto como con la doctrina de la Trinidad en sí, sino que es uno del que depende toda nuestra vida cristiana y las bendiciones que pueden llegar a ella. Y por esta importancia, es llamativo resaltar que aquellos que rechazan la verdad de la Trinidad, o que sin rechazarla viven de espaldas a ella, rara vez muestran crecimiento en estas virtudes de gracia, amor y comunión.

En cuanto a *las operaciones*, esta oración de bendición resume el gran privilegio que tenemos los cristianos con estas tres grandes palabras del evangelio: gracia, amor, y comunión, de modo que cada una de ellas se atribuye a una persona de la Deidad, cada una procede de la operación u obra de cada persona divina. Ahora bien, es difícil trazar el límite entre ellas y, como decíamos el día anterior, hemos de ser muy cuidadosos para no concebir a Dios como tres dioses en lugar de un único Dios.

Así, del mismo modo que se indicó que la salvación es de las tres personas, aunque hablamos de que el Hijo es nuestro Salvador, la gracia que aquí se le atribuye también es de Dios y del Espíritu Santo (***Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo*** —Ro 1:7—; ***derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración***: Zac 12:10). De igual modo, el amor que aquí se atribuye a Dios el Padre también es del Hijo y del Espíritu (***porque el amor de Cristo nos constriñe*** —2 Corintios 5:14; véase Gálatas 2:20—; ***el Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente***: Stg 4:5). Y la comunión que aquí se pide del Espíritu también es con el Padre y con el Hijo (***nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo*** —1 Jn 1:3—; ***la comunión íntima de Jehová es con los que le temen***: Sal 25:14). Cada una de las bendiciones, pues, pertenece al único Dios, pero a cada persona se le asigna aquí una de ellas.

Ahora pasamos a los principios de la oración, los cuales, como en otras ocasiones, iremos enunciando para luego explicarlos. Y *el primero* es el siguiente: Todas las virtudes de Dios nos llegan a través del Mediador, nuestro Señor Jesucristo.

Es difícil resumir brevemente cada una de las palabras que designan las bendiciones pedidas, pero habremos de decir algo de cada una de ellas.

*Gracia* es una gran palabra del evangelio, y aquí se habla del Señor Jesucristo, y no del Hijo, porque en el plan de redención todas las virtudes nos llegan a nosotros a través de este nuestro **Señor Jesucristo**. No solo a través del Hijo, sino por medio del Hijo encarnado. Particularmente, la palabra *gracia* es muy usada por el apóstol Pablo en sus epístolas, y aunque con ella expresa algo que viene también del Padre, es frecuente que termine las mismas con el deseo: **La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros**, o variando ligeramente la expresión, diciendo: **Con vuestro espíritu**, o algo parecido (1 Co 16:23; Gá 6:18; Ef 6:24; Fil 4:23; 1 Ts 5:28; 2 Ts 3:18; 2 Ti 4:22; Flm 1:25; Tit 3:15; He 13:25 [si la escribió Pablo]).

La *gracia*, como sabemos, es una palabra que designa más que misericordia y mucho más que amor. Si nos fijamos en la justicia de Dios, esta justicia pide integridad y rectitud, y no la tenemos. Si miramos su misericordia estaremos prestando atención a su piedad o compasión hacia nosotros, que no nos da lo que merecemos. En cuanto al amor, este busca correspondencia, apreciación y respuesta. Pero la gracia no pide nada, ni exige ningún mérito, sino que fluye sin restricción y sin reserva a aquellos que no tienen bondad para pedirla ni para merecerla, ni derecho a ser así exaltados.

La *gracia* busca al que no es apto, al que no es digno, de modo que podemos decir que es amor combinado con misericordia y compasión, y se extiende hacia el culpable, hacia el desgraciado, y hacia el rebelde. Y como sabemos también, la gracia es la única esperanza para los pecadores, pues si la salvación no viniera por gracia, no podríamos tenerla nunca. Sin ella, no puede haber reconciliación, ni perdón ni paz.

Y cuando el apóstol pide que *la gracia del Señor Jesucristo* sea con *todos vosotros*, está poniendo los ojos en aquel que era Dios y hombre al mismo tiempo, Mediador entre Dios y los hombres, *divino* porque es el *Señor*, o más bien el *Señor de señores* (Ap 17:14; véase Deuteronomio 10:17; Salmo 136:3; 1 Timoteo 6:15), *humano* porque es *Jesús* y, además, en su oficio, porque es el *Cristo*, el Ungido, el Mesías prometido.

Y es a esta persona divina, en nuestra naturaleza, y hecho *cabeza de su iglesia* (Ef 1:22), al que el apóstol invoca para todos sus hermanos creyentes. Y lo hace en primer lugar porque también en primer lugar necesitamos —porque es nuestra primera necesidad— que *su gracia* sea con todos nosotros. La necesitamos para el comienzo de la vida cristiana: *Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos* (2 Co 8:9); y la seguimos necesitando a lo largo de toda ella, *pues de su plenitud recibimos todos gracia sobre gracia* (Jn 1:16 N-C).

Aquí está su infinita condescendencia, tomando la condición *de siervo y hecho semejante a los hombres* (Fil 2:7) por amor a nosotros, pero, aunque con nuestra naturaleza, fue visto lleno de gracia y de verdad: *Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad* (Jn 1:14 LBLA).

En esta oración, pues, el significado de la palabra *gracia* pasa de ser un atributo del carácter de Dios a un poder y energía en las vidas de los cristianos. Por eso se nos dice que en el *trono de la gracia* podemos *alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro* (He 4:16), que *el corazón* se afirma [se establece] *con la gracia* (He 13:9), y que

por la gracia somos capacitados para servir **a Dios agradándole con temor y reverencia** (He 12:28).

Es también en la **gracia que es en Cristo Jesús** (2 Ti 2:1), donde podemos encontrar las fuerzas, y él nos asegura su competencia para que podamos soportar bajo todas las aflicciones y persecuciones por medio de la promesa que también hemos analizado: **Bástate mi gracia** [mi gracia es suficiente para ti] **porque mi poder se perfecciona en la debilidad** (2 Co 12:9). Por eso se nos exhorta a crecer **en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo** (2 P 3:18).

Todos estos pasajes hablan, pues, del poder divino en el alma como la operación de la gracia en conexión con el Señor Jesucristo como su Fuente.

*El segundo* principio lo enunciamos así: El amor del Padre hacia sus hijos, nosotros los creyentes, es eterno, pero el amor y la buena voluntad de Dios como Gobernador y Juez del universo llegan tras la gracia mediadora por la obra de Cristo.

En la oración que nos ocupa, el amor de Dios viene en segundo lugar: **Y el amor de Dios**. Y se encuentra en esta posición porque es este el lugar que ocupa en la experiencia cristiana y también en la economía de la redención. Es evidente —como la Biblia así lo muestra en multitud de pasajes— que Dios el Padre ha amado a sus hijos **con amor eterno** (Jer 31:3; cf. Ef 1:4-5), pero ha sido la gracia mediadora de Cristo, su obra, la que ha dejado vía libre para el amor de Dios hacia su pueblo, la que ha quitado la ira de Dios sobre ellos y la que los ha reconciliado (cf. Ef 2:3-9; Col 1:20-22; 2 Co 5:19).

Debemos observar que no se hace referencia al *amor del Padre*, el cual, como hemos indicado, nunca cambió o dis-

minuyó para su pueblo, sino al **amor de Dios** considerado como el Gobernador y Juez de ellos. El amor de Dios es el que comenzó la redención (*cf.* Jn 3:16; Ro 5:8), pero es por medio de la gracia del Señor Jesucristo y tras ella como hemos llegado a conocer ese amor y a gozar del perdón, la reconciliación, la justificación, etc. La muerte de Cristo como satisfacción por nuestros pecados era necesaria para llevarnos a Dios, ***el justo por los injustos, para llevarnos a Dios*** (1 P 3:18), y para poder participar de este amor de Dios.

Todas las manifestaciones del amor de Dios hacia nosotros estaban condicionadas al sacrificio de Cristo. Y ahora, el apóstol pone sus ojos en ese amor de Dios y pide no solo que tengamos nuevas manifestaciones del mismo, sino que también aprehendamos, es decir, comprendamos interiormente cada vez más ese ***amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado*** (Ro 5:5), para que interioricemos en qué ***consiste el amor*** (1 Jn 4:10), y para que vivamos conforme a ese amor de Dios que ha sido derramado en nosotros: ***Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros*** (1 Jn 4:11).

Finalmente, *el tercer* principio lo podemos enunciar así: La comunión o comunicación del Espíritu es lo que nos trae los beneficios de la obra de mediación del Señor Jesucristo.

***Y la comunión del Espíritu Santo*** es el tercer deseo que expresa Pablo en su oración. Y es que hemos de entender que así como la obra de Cristo hacia Dios era para quitar su ira como Juez procurando su amor y favor hacia nosotros, la misma obra hacia nosotros era para traernos el don del Espíritu Santo. La palabra griega traducida aquí como ***co-***

**munión** también puede traducirse como *comunicación*, *tener en común*, y podemos entender la idea como comunión y comunicación *del* Espíritu (indicando procedencia) o comunión y comunicación *con* el Espíritu (indicando cercanía).

Si tomamos el significado de *comunicación*, sabemos que fue el Espíritu Santo y su comunicación *con* nosotros (en el sentido de hablarnos, procedencia) y *a* nosotros (en el sentido de don, cercanía), lo que hizo posible la obra de regeneración que nos llevó al arrepentimiento y la fe, y mediante la cual llegamos ***a ser participantes de la naturaleza divina*** (2 P 1:4). Sin esta comunicación del Espíritu Santo, nunca hubiéramos podido apropiarnos personal y experimentalmente de los beneficios de la obra mediadora de Cristo. ***Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición [...] para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu*** (Gá 3:13-14; véase Juan 14:16-17,26; 16:7-11,13-14). Por tanto, la comunicación del Espíritu a su pueblo y con su pueblo es uno de los objetivos principales de la muerte de Cristo.

Pero la palabra griega, tal como la tenemos traducida, también significa, efectivamente, *comunión*, lo cual implica «asociación, compañerismo». Y esto quiere decir que es el Espíritu Santo quien comparte con nosotros las cosas de Dios (cercanía): ***Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu***

***del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido*** (1 Co 2:10-12).

Y este es el orden de la oración: la gracia trae al amor, y el amor lleva a la comunión. Y como decíamos antes, tenemos aquí el orden en la experiencia cristiana, pues solamente cuando somos conscientes de la gracia y del amor de Dios y crecemos en dicho conocimiento, al mismo tiempo que en dichas virtudes, es cuando verdaderamente podemos tener una comunión real con el propio Dios. A través de Cristo vamos a Dios y Dios el Padre viene a nosotros. Y a través de ambos vamos a la permanente presencia y comunión con el Consolador.

Esta expresión —***la comunión del Espíritu Santo***— nos muestra, una vez más, que el Espíritu Santo es una persona divina, porque no se puede tener comunión o comunicación, como dicen algunos herejes, con una fuerza o una influencia. Si hay una comunión o comunicación hay una relación, una conversación y, por tanto, debemos tener cuidado para no entristecerlo o contristarle (*cf.* Ef 4:30). Como hemos también indicado, la mención separada y contigua de cada una de las tres personas eternas nos enseña que a cada una de ellas debemos conceder igual honor, gloria y alabanza.

Finalmente, nos fijamos en la expresión: ***Sean con todos vosotros. La gracia del Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros.***

Evidentemente, pues, no está aquí el apóstol orando solo por los dones de la gracia, el amor y la comunión, aparte de las personas divinas de las que proceden, sino que más bien lo que pide es que la presencia del trino Dios se note en las

almas y en las vidas de los que forman parte de su pueblo. Ya hemos indicado también que el Nuevo Testamento enseña que la divina Trinidad está presente en el corazón del creyente (cf. Jn 14:17,23). En el cristiano mora el trino Dios: el Señor Jesucristo como la fuente de toda gracia, Dios el Padre como el manantial de todo amor, y el Espíritu Santo para mantener la comunión y dar fuerzas para las cosas espirituales.

Y con todo esto, terminamos mirándonos a nosotros mismos y a nuestras vidas de oración. Y podemos preguntarnos: ¿Hay algún propósito para que el trino Dios haga su morada en nosotros? Y la respuesta es: Sí. Decimos normalmente que el cristiano es hecho **conforme a la imagen de su Hijo** (Ro 8:29), pero puesto que es el Hijo en la persona del Señor Jesucristo el que nos muestra a Dios (cf. Jn 1:18), podemos decir también que somos hechos a la imagen de Dios, a aquella imagen que se deterioró completamente debido al pecado en Edén.

La gracia del Señor Jesucristo le llevó a gustar la muerte vicaria por su pueblo, y esta gracia tiene el propósito de producir un espíritu de sacrificio y abnegación en nosotros, de tal modo que sea cierto en nuestras vidas lo que nos indica Juan en su primera carta: **... él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos** (1 Jn 3:16). ¡Y cuánto hay aquí para cada uno de nosotros como maridos, mujeres, hijos, padres, hermanos, etc.! ¡Y cuánto necesitamos esta gracia para ello! ¿Vamos a pedirla?; ¿vamos a esforzarnos?

El Señor nos dice: **De gracia recibisteis, dad de gracia** (Mt 10:8), y el apóstol nos indica en esta misma carta: **Os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios** (2 Co 6:1). Y recuerdo que dijimos antes que la

gracia no pide nada, no exige nada, sino que fluye al que no la pide ni la merece, y busca al indigno, al culpable o al rebelde.

La sociedad, queridos todos, se desmorona, ¿pero cómo están nuestros matrimonios? ¡Maridos!, que Dios no nos diga: «Habéis llenado mi *altar de lágrimas*» (Mal 2:13), porque olvidemos que nuestras *oraciones* tienen *estorbo* cuando no tratamos a nuestras mujeres como a vasos más frágiles (1 P 3:7). ¡Maridos!, si somos cristianos Dios ha puesto sus leyes en nuestras mentes y las ha escrito en nuestros corazones (cf. He 8:10), y no se nos deben aplicar aquellas palabras de Esteban: *¡Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos* (Hch 7:51).

Los maridos necesitamos gracia, pero también las mujeres, los hijos, los padres, los hermanos...; porque *lo que a vosotros digo, a todos lo digo* (Mt 13:37).

En cuanto al amor de Dios, si verdaderamente lo conocemos, nos llevará a vivir una vida de verdadero amor, pues el que diga: *Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?* [...] *y sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte* (1 Jn 4:20; 3:14). Por eso continúa el apóstol diciendo: *Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad* (1 Jn 3:18).

Y si queremos saber cómo es el amor del que se nos habla y que se nos pide manifestar, también se nos ha dicho: *El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, más se goza de la verdad.*

***Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.  
El amor nunca deja de ser*** (1 Co 13:4-8).

Si conocemos el amor de Dios porque somos de su pueblo, ese amor mora en su pueblo para que podamos vivir la vida de amor que a Dios le agrada. Y repito al igual que con la gracia: ¡Cuánto hay aquí para cada uno de nosotros como maridos, mujeres, hijos, padres, hermanos, etc.! ¡Y cuánto necesitamos este amor para ello! ¿Vamos a pedirlo?; ¿vamos a esforzarnos?

Finalmente, algo parecido podemos decir con respecto a la comunión del Espíritu Santo. Él no va a compartir con nosotros las riquezas de Dios a menos que las pasemos por encima de nosotros mismos y a través de nosotros mismos para tener una mayor comunión con el propio Dios y con los hermanos. Y, de nuevo: ¡Cuánto hay aquí para cada uno de nosotros como maridos, mujeres, hijos, padres, hermanos, etc.! ¡Y cuánto necesitamos esta comunión para ello! ¿Vamos a pedirla?; ¿vamos a esforzarnos?

Podemos, pues, indicar, que esta triple bendición que se pide, esta triple petición, es con la intención última de que pueda manifestarse en nosotros esta triple gracia: *Gracia, amor y comunión*, y con el objetivo de que la presencia del único y trino Dios pueda mostrarse a través de nosotros, para su gloria, y la bendición nuestra y de los que nos rodean.

Para concluir, y por todo lo anterior, creo que es fácil deducir los siguientes motivos que debemos incluir en nuestras oraciones:

Orar con gratitud y adoración a cada una de las personas del Dios trino y santo por sus distintas obras y operaciones.

Orar por un mayor conocimiento del Dios trino.

Orar por una mayor conciencia de la presencia de Dios en nuestras vidas, y no tanto por sus dones.

Orar y esforzarnos por mostrar nosotros gracia, amor y comunión con los demás, es decir, por reflejar al trino Dios en nuestras vidas.

Orar con propiedad, sabiendo lo que pedimos, por nosotros y por los hermanos, y para la gloria de Dios, como hace el apóstol: ***La gracia del Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén.***

¡Que así sea, y que Dios nos ayude en esta tarea!

## ORACIÓN POR LOS HERMANOS MÁS DÉBILES

*<sup>4</sup>Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús; <sup>5</sup>porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia; <sup>6</sup>así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, <sup>7</sup>de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo (1 Co 1:4-7).*

Vers.

### Principios de la oración

- 4** Dios puede hacer su obra donde más abunde el pecado.  
El amor debe estar siempre presente en la corrección.  
Es necesaria la constancia en la oración por los más débiles.  
Necesitamos que Dios sea *mi Dios*.  
Dios no prospera a los que están centrados en sí mismos.  
Hay egoísmo espiritual, igual que hay egoísmo natural.  
El amor debe predominar y continuar aun a pesar de los desengaños.  
La gracia de Dios se da en Cristo Jesús.
- 5** No hay continuidad en los dones extraordinarios.  
Los dones son dados por el Espíritu para edificación.  
Hay que distinguir entre los dones y el fruto del Espíritu.  
Hay dones ordinarios que también son para edificación.
- 6-7** La confirmación procede de Dios.  
Debemos esperar y anhelar la manifestación del Señor.

### Motivos de la oración

Dar gracias a Dios por su gracia derramada en todos sus hijos.  
Dar gracias a Dios por todos, aún por los más débiles.  
Pedir a Dios, sin olvidar que es nuestro deber hacerlo:  
Que nos ayude a preocuparnos más por las almas de los hermanos que por el daño que nos puedan hacer, más por su honor y por el testimonio cristiano que por nuestro propio bien.  
Que nos dé constancia en la oración.  
Que nos dé humildad y fuerzas para dejar el egoísmo innato.  
Que nos dé más amor, para amarnos «a pesar de...».  
Que nos dé deseos por la segunda venida del Señor.



### ORACIÓN TRAS LA TRIBULACIÓN

<sup>3</sup>*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación,* <sup>4</sup>*el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios.* <sup>5</sup>*Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación* (2 Co 1:3-5).

**Vers.**

#### **Principios de la oración**

- 3** Considerar los atributos y títulos divinos según las situaciones.  
Dios se deleita en su misericordia.  
Dios es la Fuente de toda consolación.  
Solo a Cristo, de entre los hijos de Dios, le fue negada la misericordia y la consolación.
- 4** Las pruebas son necesarias para conocer a Dios de una forma práctica y experimental.  
Los favores que Dios nos otorga están destinados a ser útiles para otras personas.  
También aquí el propio Cristo nos da ejemplo.
- 5** Los cristianos debemos esperar sufrimientos en este mundo.  
Los sufrimientos no hay que buscarlos, pero tampoco hay que intentar escapar de ellos siendo infieles al Señor.  
El cristiano está unido a Cristo en los sufrimientos de Cristo y en las consolaciones del propio Cristo.

#### **Motivos de la oración**

Orar y esforzarnos por ser hijos de misericordia y consolación: para no abandonar a los que merecen serlo, para aceptar las exhortaciones, para ver nuestros errores, y para ser contrastados según Dios.

Orar, dirigiéndonos al ***Padre de misericordias y Dios de toda consolación***, en las tribulaciones nuestras y de los hermanos.

Orar y pedir a Dios consuelo para poder así glorificarle.

Pedir a Dios, sin olvidar que es nuestro deber, que nos haga atentos a las tribulaciones de los hermanos con el fin de poder consolarlos.

Pedir a Dios que nuestras tribulaciones y consuelos sirvan para consolación y salvación de otros.



## ORACIÓN EN LA AFLICCIÓN

*<sup>7</sup>Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetea, para que no me enaltezca sobremanera; <sup>8</sup>respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. <sup>9</sup>Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. <sup>10</sup>Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2 Co 12:7-10).*

**Vers.**

### Principios de la oración

**Contexto.** El éxito, los dones, los privilegios, las manifestaciones de Dios o sus revelaciones acarrear peligros a la vida del creyente. Dios nos trata con su gracia y en su gracia para prevenimos de caer.

**7** El orgullo es un pecado que nos asedia y que hay que vigilar siempre.

Cada aflicción y prueba dolorosa en las vidas de los cristianos es una misericordia de Dios.

Dios tiene propósitos misericordiosos en nuestras aflicciones.

**8** Las aflicciones nos deben inducir a orar y a buscar más a Dios.

**9** Dios, a veces, no nos da lo que pedimos, para darnos cosas mejores.

Debemos glorificar a Dios en las debilidades, y gozarnos en ellas.

**10** Hemos de distinguir entre la buena y la mala fortaleza y debilidad.

Es un deber fortalecernos, aunque nuestra fuerza proviene del Señor.

### Motivos de la oración

Orar para que el éxito, los dones, privilegios, manifestaciones de Dios o sus revelaciones no nos enorgullezcan y sean para gloria suya.

Orar para poder dar gracias a Dios por las aflicciones, sabiendo que tienen un propósito bueno para nuestras vidas.

Orar para saber los propósitos de Dios en nuestras aflicciones.

Orar para estar sometidos a la voluntad de Dios con **gozo**.

Orar para poder glorificar a Dios en las **debilidades**.

Orar para distinguir entre la mala y la buena debilidad y fortaleza.

Orar y esforzarnos por la gloria de Dios y **por amor a Cristo**.







## ORACIÓN POR LOS HERMANOS MÁS DÉBILES

*<sup>4</sup>Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús; <sup>5</sup>porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia; <sup>6</sup>así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, <sup>7</sup>de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo (1 Co 1:4-7).*

Vers.

### Principios de la oración

- 4 Dios puede hacer su obra donde más abunde el pecado.  
El amor debe estar siempre presente en la corrección.  
Es necesaria la constancia en la oración por los más débiles.  
Necesitamos que Dios sea *mi Dios*.  
Dios no prospera a los que están centrados en sí mismos.  
Hay egoísmo espiritual, igual que hay egoísmo natural.  
El amor debe predominar y continuar aun a pesar de los desengaños.  
La gracia de Dios se da en Cristo Jesús.
- 5 No hay continuidad en los dones extraordinarios.  
Los dones son dados por el Espíritu para edificación.  
Hay que distinguir entre los dones y el fruto del Espíritu.  
Hay dones ordinarios que también son para edificación.
- 6-7 La confirmación procede de Dios.  
Debemos esperar y anhelar la manifestación del Señor.

### Motivos de la oración

- Dar gracias a Dios por su gracia derramada en todos sus hijos.  
Dar gracias a Dios por todos, aún por los más débiles.  
Pedir a Dios, sin olvidar que es nuestro deber hacerlo:  
Que nos ayude a preocuparnos más por las almas de los hermanos que por el daño que nos puedan hacer, más por su honor y por el testimonio cristiano que por nuestro propio bien.  
Que nos dé constancia en la oración.  
Que nos dé humildad y fuerzas para dejar el egoísmo innato.  
Que nos dé más amor, para amarnos «a pesar de...».  
Que nos dé deseos por la segunda venida del Señor.





### ORACIÓN TRAS LA TRIBULACIÓN

<sup>3</sup>*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación,* <sup>4</sup>*el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios.* <sup>5</sup>*Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación* (2 Co 1:3-5).

Vers.

#### Principios de la oración

- 3 Considerar los atributos y títulos divinos según las situaciones.  
Dios se deleita en su misericordia.  
Dios es la Fuente de toda consolación.  
Solo a Cristo, de entre los hijos de Dios, le fue negada la misericordia y la consolación.
- 4 Las pruebas son necesarias para conocer a Dios de una forma práctica y experimental.  
Los favores que Dios nos otorga están destinados a ser útiles para otras personas.  
También aquí el propio Cristo nos da ejemplo.
- 5 Los cristianos debemos esperar sufrimientos en este mundo.  
Los sufrimientos no hay que buscarlos, pero tampoco hay que intentar escapar de ellos siendo infieles al Señor.  
El cristiano está unido a Cristo en los sufrimientos de Cristo y en las consolaciones del propio Cristo.

#### Motivos de la oración

Orar y esforzarnos por ser hijos de misericordia y consolación: para no abandonar a los que merecen serlo, para aceptar las exhortaciones, para ver nuestros errores, y para ser contrastados según Dios.

Orar, dirigiéndonos al *Padre de misericordias y Dios de toda consolación*, en las tribulaciones nuestras y de los hermanos.

Orar y pedir a Dios consuelo para poder así glorificarle.

Pedir a Dios, sin olvidar que es nuestro deber, que nos haga atentos a las tribulaciones de los hermanos con el fin de poder consolarlos.

Pedir a Dios que nuestras tribulaciones y consuelos sirvan para consolación y salvación de otros.





## ORACIÓN EN LA AFLICCIÓN

*<sup>7</sup>Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetea, para que no me enaltezca sobremanera; <sup>8</sup>respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. <sup>9</sup>Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. <sup>10</sup>Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2 Co 12:7-10).*

**Vers.**

### Principios de la oración

**Contexto.** El éxito, los dones, los privilegios, las manifestaciones de Dios o sus revelaciones acarrearán peligros a la vida del creyente. Dios nos trata con su gracia y en su gracia para prevenirnos de caer.

**7** El orgullo es un pecado que nos asedia y que hay que vigilar siempre.

Cada aflicción y prueba dolorosa en las vidas de los cristianos es una misericordia de Dios.

Dios tiene propósitos misericordiosos en nuestras aflicciones.

**8** Las aflicciones nos deben inducir a orar y a buscar más a Dios.

**9** Dios, a veces, no nos da lo que pedimos, para darnos cosas mejores.

Debemos glorificar a Dios en las debilidades, y gozarnos en ellas.

**10** Hemos de distinguir entre la buena y la mala fortaleza y debilidad.

Es un deber fortalecernos, aunque nuestra fuerza proviene del Señor.

### Motivos de la oración

Orar para que el éxito, los dones, privilegios, manifestaciones de Dios o sus revelaciones no nos enorgullezcan y sean para gloria suya.

Orar para poder dar gracias a Dios por las aflicciones, sabiendo que tienen un propósito bueno para nuestras vidas.

Orar para saber los propósitos de Dios en nuestras aflicciones.

Orar para estar sometidos a la voluntad de Dios con **gozo**.

Orar para poder glorificar a Dios en las **debilidades**.

Orar para distinguir entre la mala y la buena debilidad y fortaleza.

Orar y esforzarnos por la gloria de Dios y **por amor a Cristo**.





## ORACIÓN DE BENDICIÓN

***14** La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén. (2 Co 13:14).*

### **Vers. Principios de la oración**

- 14** Solo podemos por conocer a Dios medio del Señor Jesucristo.  
Los cristianos creen y reconocen al Dios trino.  
La obra de nuestra salvación es de las tres personas divinas.  
Nuestras necesidades son cubiertas por las tres personas divinas.  
Todas las virtudes de Dios nos llegan a través del Mediador, nuestro Señor Jesucristo.  
El amor del Padre hacia sus hijos es eterno, pero el amor y la buena voluntad de Dios como Gobernador y Juez llegan tras la gracia mediadora por la obra de Cristo.  
La comunión o comunicación del Espíritu es lo que nos proporciona los beneficios de la obra de mediación del Señor Jesucristo.

### **Motivos de la oración**

Orar con gratitud y adoración a cada una de las personas del Dios trino y santo por sus distintas obras y operaciones.

Orar por un mayor conocimiento del Dios trino.

Orar por una mayor conciencia de la presencia de Dios en nuestras vidas, y no tanto por sus dones.

Orar y esforzarnos por mostrar nosotros gracia, amor y comunión con los demás, es decir, por reflejar al trino Dios en nuestras vidas.

Orar con propiedad, sabiendo lo que pedimos, por nosotros y por los hermanos, y para la gloria de Dios, como hace el apóstol: ***La gracia del Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén.***



